

Heinz Delam

La sima del Diablo



Lectulandia

Carlos inicia su viaje a Canarias creyendo que le esperan unas vacaciones normales, pero se equivoca. Todo cambia cuando conoce a Yraya, una joven inteligente y atractiva que vive obsesionada por descubrir las causas de la misteriosa muerte de su abuelo. Juntos inician una investigación que los llevará a adentrarse en una espeluznante cadena de crímenes relacionados con una antigua leyenda. Y la clave del enigma se oculta tras un viejo código secreto que hoy día nadie sabe descifrar.

Lectulandia

Heinz Delam

La sima del Diablo

ePub r1.0

Titivillus 09.03.2018

Heinz Delam, 2012
Diseño de cubierta: Clayton Bastiani

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Magnolia, por todo...
Mi agradecimiento a Armando,
que me ayudó a descubrir el embrujo de las islas.

INTRODUCCIÓN

«Yo sabía que esta historia sólo podía existir en la mente de un loco; sin embargo, la estaba aceptando como si fuera real. Y es que la diferencia entre cordura y desvarío es pura cuestión de punto de vista».

FREDERIK VAN GAELENS

Las profundidades del mar verde

Para entender bien los extraños sucesos que voy a relatar a continuación, será preciso que retrocedamos en el tiempo hasta situarnos en una calurosa noche de principios de verano, cuando me disponía a cerrar las maletas para salir de vacaciones. Y lo que es rutina para muchos, para mí resultaba excepcional: por primera vez en varios años, mi familia había decidido volver a viajar.

Todo había surgido de forma repentina, porque un antiguo amigo de mi padre, tan fanático de la astronomía como él, acababa de reaparecer después de mucho tiempo de silencio; ahora vivía en las islas Canarias, y estaba empeñado en que le visitásemos. Yo sospechaba que lo de las vacaciones no era más que un pretexto, y que la clave del asunto era un eclipse de Sol que tendría lugar durante nuestra estancia: un fenómeno que podía contemplarse de forma privilegiada desde esa zona. Eso es lo que tanto había entusiasmado a mi progenitor, que rápidamente lo había dispuesto todo. Mi hermana pequeña estaba estudiando varias asignaturas que le quedaban para septiembre, lo cual le permitiría librarse. Yo, en cambio, no tenía ningún pretexto. Disgustado por la perspectiva, me había encerrado en mi habitación para preparar el equipaje; aparte de la ropa de playa y otras tonterías propias de cualquier veraneo, me concentré en escoger el material necesario para practicar mi afición favorita. Con sumo cuidado coloqué, bien rodeados de ropa para que no se estropearan, los libros de claves, mis sobados cuadernos de trabajo y el elemento más importante: la Juli, mi vieja calculadora programable. Con todo eso esperaba combatir el tedio y dar los últimos toques al proyecto de descodificación que estaba a punto de rematar.

Una vez todo bien comprobado y en su sitio, me aproximé a la ventana en busca de un poco de frescor; pero fui golpeado por una bocanada ardiente que emanaba del asfalto y el cemento recalentados. La bochornosa noche de la gran ciudad ofrecía un espectáculo insólito, con la maraña de edificios y tejados envueltos en una densa calima e iluminados por la luz fantasmagórica de la luna llena. Me parecía increíble

pensar lo lejos que me hallaría de todo aquello apenas unas horas más tarde. Respiré hondo y dediqué una última mirada de despedida a las calles y edificios de mi mundo cotidiano: a pesar del cielo despejado, el aire estaba cargado de ozono y de electricidad estática, y una sucesión de relámpagos en el horizonte presagiaba la inminencia de una formidable tormenta. Aquella visión irreal se me antojó un mal augurio, y tuve la inexplicable sensación de que algo tremendo estaba a punto de suceder.

Y no me equivocaba.

CAPÍTULO 1

YRAYA Y «BARDI»

A media mañana, el *airbus* de Iberia se posó con suavidad en la pista del aeropuerto de Gando, en Gran Canaria. Lo primero que me llamó la atención fue la temperatura, muy agradable en comparación con el sofocante calor que habíamos dejado atrás en el continente. También me chocó la pureza del aire, impregnado de cierto aroma marino entremezclado con el discreto perfume de flores desconocidas. Nada más pisar la terminal del aeropuerto, mi padre nos recordó que debíamos ajustar nuestros relojes a la hora local.

—¿No viene a recogernos tu amigo David? —le pregunté entonces.

—Debería, pero no tengáis prisa. —Se encogió de hombros—. David siempre ha sido un poco imprevisible, así que no os preocupéis por él. Aparecerá cuando menos lo esperemos.

Al cabo de unos minutos, en efecto, un hombre corpulento se fue acercando a nosotros con paso desgarrado.

—¡David! —exclamó mi padre al reconocerle.

—¡Qué bien os veo a todos! —proclamó y, tras abrazar a mi padre y a mi madre, se volvió hacia mí—: Tú debes de ser Carlitos...

Asentí despacio con la cabeza, y entonces me fijé en el rostro de aquel hombre: un recuerdo remoto despertó en mi memoria.

—¡Hola! —saludé indeciso.

—¿Te acuerdas de mí? —se extrañó, al tiempo que me estrujaba con una efusión un poco excesiva—. La verdad es que yo nunca habría podido reconocerte. ¡Menudo hombretón estás hecho! La última vez que te vi eras un mocoso que pasaba horas descifrando extraños jeroglíficos de dibujitos alineados...

—Supongo que sería cuando me dio por intentar descifrar el *lineal A*^[1].

—Ya me ha dicho tu padre que sigues con esas aficiones... Pero vayamos hacia la salida, que yo os ayudaré con las maletas.

A pesar de la vaguedad de mis recuerdos, me di cuenta de que David también había cambiado: parecía más gordo y su piel se había apergaminado alrededor de la boca de labios finos, que ahora semejava una grieta en una vieja pared. Su pelo escaso ya blanqueaba por algunas zonas, pero la mirada de sus ojos hundidos seguía siendo tan penetrante como un estilete, y tuve que apartar la vista de ellos para no sentirme incómodo.

—Os pido perdón por la tardanza —se disculpó mientras introducía nuestro equipaje en el maletero de un viejo Mercedes color verde—; acabo de llegar de la isla de El Hierro y no he tenido tiempo ni de avisar... Y lo malo es que debo marcharme

otra vez esta misma tarde... Llevo una temporada espantosa.

—¿Sigues en la policía? —preguntó mi madre.

—Desde luego, sigo en ella. —Abrió la puerta y nos hizo una seña con la mano—. ¡Vamos, subid! Os llevaré al hotel y por el camino os lo iré explicando todo; precisamente, trabajo en una comisaría muy cerca de allí.

David conducía a la máxima velocidad que le permitía el viejo automóvil, y el paisaje costero desfilaba a nuestro alrededor como una cinta de tonos cambiantes mientras su voz rasposa nos ponía al corriente de los problemas:

—Estoy tan liado que ya ni siquiera tengo tiempo para la astronomía —se lamentaba.

—Sí que debes de estar liado —se compadeció mi padre—. Supongo que será por culpa de esos perros.

—¿Eh? Ah, sí, los perros. Menudo quebradero de cabeza, esos animales. —Inclinó la cabeza con gesto apesadumbrado—. Me temo que no voy a poder ocuparme de vosotros en los próximos días...

—Es una lástima —opinó mi madre.

—Por lo menos trabajas en tu especialidad —añadió mi padre.

—¿Qué es eso de los perros? —quise saber yo.

—¿No te has enterado? Hay una manada de perros asilvestrados que andan sueltos por ahí, matando ganado y sembrando el pánico. Creo que incluso han herido a alguien, ¿no es así, David?

—Peor que eso: ya hay muertes. Hace dos noches atacaron una finca y cosieron a dentelladas a una pobre anciana y a su nieto de nueve años. La abuela murió en el acto, y el chaval está ingresado en la UVI, con muy mal pronóstico...

—¿Y eso ha sido aquí, en Gran Canaria? —pregunté lleno de inquietud.

—Sí, en esta isla.

Miré por la ventanilla con aprensión, pero el sol de la mañana iluminaba un paisaje alegre y colorido que invitaba al optimismo.

—Me imagino que no son más que pobres perros domésticos que han sido abandonados por sus dueños —sugirió mi madre—. ¿No se puede dar caza a esos animales sin hacerles daño? Tú eres especialista en eso.

—El problema es encontrarlos. —Cada vez más nervioso, David daba bruscos volantazos para sortear el tráfico—. Por eso estamos tan agobiados: no sabemos dónde se ocultan. Suponemos que tienen su guarida en alguna cueva o barranco, lejos de la ciudad y de los lugares habitados... Es como buscar una aguja en un pajar.

Dirigí nuevamente la mirada hacia el exterior: nubes bajas se agolpaban en el horizonte y lamían las faldas de las altas cumbres del interior de la isla. De repente, se me antojaron portadoras de una amenaza desconocida.

Tras un grato recorrido bordeando los muelles deportivos y el puerto, llegamos a

nuestro hotel, en realidad uno de esos que las guías turísticas califican de *aparthotel*. David nos ayudó a descargar las maletas y se despidió sin entrar en el edificio:

—Si necesitáis cualquier cosa, ya sabéis mi número de móvil, aunque a veces lo llevo desconectado.

—No te preocupes —dijo mi madre—, sobreviviremos. Y gracias por todo. Espero que tengas suerte con tu cacería de perros.

—¡Dios te oiga!

David cerró la portezuela de su coche y agitó la mano a través de la ventanilla abierta.

—¡Aguarda un momento! —gritó mi padre—. ¡Supongo que por lo menos te escaparás el día del eclipse!

No obtuvo respuesta, porque el Mercedes se alejaba ya a toda marcha.

—Subamos —propuso entonces mi padre con resignación.

Minutos más tarde entramos en lo que sería nuestro hogar durante los días siguientes. Además del consabido dormitorio y el cuarto de baño, los apartamentos estaban dotados de una pequeña cocina con electrodomésticos y un diminuto salón con televisión y vídeo. Desde las ventanas se divisaba el paseo de las Canteras; al fondo, las aguas tranquilas de la playa del mismo nombre reflejaban ahora las nubes. Un par de gaviotas hicieron una pasada en vuelo rasante sobre las palmeras, y de pronto me sentí ridículo al recordar los temores que me habían atormentado durante el viaje.

Por la tarde me entretuve ayudando a mis padres a deshacer las maletas y a colgar la ropa en los armarios. A eso de las cinco y media nos subieron una cama suplementaria —la mía—, que quedó instalada en el saloncito, junto a la ventana. Mis padres ocuparon el dormitorio principal, y al anochecer ya estábamos todos acomodados y con el territorio de cada uno bien delimitado.

A las nueve bajamos a cenar en uno de los incontables restaurantes próximos al hotel, un local pequeño al que se accedía subiendo una escalinata de madera. El cansancio del viaje hacía mella visible en los rostros de todos, y no me extrañó que a la vuelta mis padres se metieran enseguida en la cama, sin encender siquiera la televisión. Yo me quedé levantado. Por alguna razón, lo que menos me apetecía era dormir, y permanecí un rato asomado a la ventana: lo que desde allí se divisaba me provocó una punzada extraña, una sensación que no supe identificar porque era nueva para mí. Me invadía una euforia que me impulsaba a salir, a recorrerlo todo, a hablar con la gente. Aquel aguijón irresistible me obligaba a explorar... Les dije a mis padres que quería bajar un momento para pasear hasta la playa.

—Es muy tarde y estamos todos muy cansados —protestó mi padre con voz somnolienta—. Ya tendrás tiempo de inspeccionar los alrededores mañana.

—Déjale que vaya —intercedió mi madre—. Estamos de vacaciones.

—Está bien —concedió mi progenitor, demasiado fatigado para discutir—. Pero llévate la llave y no hagas ruido al volver.

Me guardé la *Juli* en el bolsillo (por si me daba por repasar mi programa sentado en la mesa de alguna terraza) y cerré la puerta con suavidad. No sabía que cuando volviera a abrir aquella puerta, mi vida habría cambiado.

Nada más salir del hotel fui recibido por la brisa fresca y agradable que soplaba desde el mar, y me pareció una invitación a deambular por el paseo, a mezclarme con la gente que transitaba por allí. Así, mi errático caminar acabó conduciéndome hasta la playa. Una playa tan diferente ahora, bañada en una penumbra que desdibujaba los contornos de las cosas y les otorgaba un aspecto irreal. Caminé un buen rato siguiendo la línea espumosa, alejándome cada vez más hacia el sur hasta llegar a la prolongación del paseo, en obras en aquella época. La zona, alejada de los altísimos postes coronados de luminarias, resultaba oscura y se hallaba sembrada de grandes zanjias y construcciones de hormigón sin acabar. Pero la oscuridad no era total: reinaba una débil claridad que procedía de la iluminada fachada del auditorio Alfredo Krauss, situado no lejos de allí. Miré a mi alrededor y llegué a una conclusión obvia:

Por allí se aventuraba muy poca gente.

Hacía varios minutos que me había cruzado con el último corredor solitario, un joven atlético que pasó a mi lado saboreando la brisa fresca y la caricia de la arena en sus pies descalzos. Ya ni siquiera se veían parejas acarameladas al amparo de las sombras. Me senté en la arena, muy cerca del agua, y dejé vagar mis sentidos hacia el misterioso y amortiguado romper de las olas en la barra, un arrecife natural que protege esa playa de los intempestivos cambios de humor del océano Atlántico, y que tan sólo deja pasar unas ondas suaves y domesticadas. Quedé ensimismado, presa de esa fascinación que en el ser humano provoca la contemplación de espectáculos hechizantes como el fuego o el agua embravecida. Fue entonces cuando sentí en mi nuca el húmedo y ardiente aliento de un animal grande.

Me quedé paralizado.

El ser que estaba a mi espalda tampoco se movía, pero su poderoso resuello continuaba acariciándome el cogote. Tardé largos segundos en recuperar el control de mis músculos y, muy lentamente, giré la cabeza. Lo que vi me horrorizó aún más: las fauces entreabiertas de una fiera terrible bostezaban a pocos centímetros de mis narices.

Se trataba de un perrazo enorme, el can de aspecto más aterrador de cuantos había visto en mi vida. Por mi mente cruzaron como un relámpago las inquietantes noticias comentadas por David durante el trayecto desde el aeropuerto:

Perros que mataban ganado.

Perros que mataban personas.

Mi corazón latía con tal fuerza que temí que se escapara de mi pecho en cualquier

momento. Pensé en mi familia, en mis padres durmiendo a pierna suelta no lejos de allí, en la seguridad del hotel, ignorantes del drama que iba a privarles de su hijo. Traté de levantarme y salir corriendo, pero ninguno de mis músculos se dignó obedecer mis órdenes. Intenté gritar, aunque el silencio fue lo único que escapó de mi boca. Ni siquiera pude cerrar los ojos, que permanecían clavados en el hocico del animal: unos belfos colgantes y húmedos de donde no tardarían en surgir los poderosos colmillos que rasgarían mi piel y se clavarían profundamente en mi carne...

Durante interminables segundos, el monstruo se dedicó a explorar mi cara con su hocico mojado, mientras el denso aliento que exhalaba se introducía de lleno en mis pulmones, asfixiándome. Luego separó las poderosas quijadas, y una lengua inmensa y cálida me bañó el rostro desde la barbilla hasta la frente.

—¡Quieto, *Bardi*! —gritó una voz suave aunque autoritaria—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

El sabueso se apartó dócilmente y se mantuvo atento a la llegada de una figura esbelta y grácil que se apresuraba hacia nosotros, recortándose frente a las lejanas luces del paseo. Era una chica. Mi salvación dependía ahora de una muchacha de cuya silueta arropada por la penumbra apenas podía extraer algunos detalles vagos: una espesa melena agitada por la brisa, los contornos de un cuerpo juvenil que se movía con agilidad y una voz dulce teñida de melodioso acento.

Y a pesar del terror que sentía hacia el perro, esa voz me produjo cierta emoción agradable que actuó como un bálsamo sobre mis nervios a flor de piel, que se serenaron un poco.

—Disculpe a *Bardi*. —Parecía muy apurada—. Nunca suele comportarse así.

Con inmenso alivio, observé cómo mi ángel salvador apartaba con suma facilidad la descomunal masa de músculos cubiertos de pelo que había estado a punto de matarme, aunque sólo fuera de miedo. Una vez alejado el peligro, me hice cargo de lo ridículo de mi postura, y traté de recuperar la dignidad poniéndome en pie con un movimiento elegante... Pero mis músculos fallaron y no lo conseguí. Creí morir de vergüenza cuando ella tuvo que sujetar mi brazo y ayudarme; me temblaban las piernas por el pánico que acababa de padecer, y deseé con toda mi alma que ella no lo notase. Pero lo notó.

—Siento muchísimo el susto que te ha dado mi perro. —La chica empezó a tutearme—. No lo entiendo. *Bardi* es muy desconfiado y nunca se acerca a personas extrañas... Mira, parece que le gustas...

Con supremo horror, comprobé que el animal se había acercado de nuevo y empezaba a lamerme la pierna. Tuve que realizar un esfuerzo sobrehumano para mantenerme quieto, hasta que ella volvió a apartarlo con brusquedad.

—¡Ya está bien, *Bardi*! ¿No ves que no le gustan los perros?

Apenas podía creer que el terrible animal se dejara manejar con sumisión por una criatura tan dulce. Y mucho menos que aquel monstruo pudiera llamarse *Bardi*.

—No es que no me gusten los perros —preferí mentir con tal de hacerme el valiente—. Es que nunca había visto uno tan... tan impresionante.

—Es de una raza propia de las islas —respondió ella con satisfacción—. Es un presa canario.

Nunca había oído hablar de esa raza, aunque la verdad es que no sabía nada de perros. Y entonces ocurrió algo que jamás hubiese imaginado posible: haciendo de tripas corazón, extendí una mano insegura para acariciar el lomo del animal, y éste respondió arrimándose de nuevo y apoyando su enorme corpachón en mis piernas vacilantes. La joven desconocida parecía igual de sorprendida. Agarró la correa del animal y los tres comenzamos a caminar despacio hacia las luces.

—Estos perros son de una casta especial —me explicó—. Antiguamente se usaban para sujetar las reses y también para peleas de perros. Tienen fama de ser peligrosos, pero si los tratas con cariño pueden ser tan mansos y bondadosos como cualquier otro.

Al observar la poderosa silueta del can, su enorme cabeza y la potencia latente en cada uno de sus movimientos, pensé que las palabras *manso* y *bondadoso* no eran quizá las que mejor se ajustaban a su aspecto. Pero enseguida recordé los lametazos de la fiera y tuve que reconocer que a veces las apariencias engañan.

Pronto llegamos al límite de la arena con el cemento, y las luces del paseo me permitieron al fin distinguir con claridad a mis dos acompañantes: *Bardi* no era tan grande como me había parecido en la penumbra, siendo su silueta maciza y su enorme cabeza las que habían propiciado esa ilusión. Me extrañó ver algunas marcas en el hocico y las orejas que parecían heridas recientes, aunque eso no impedía que fuera el perro de aspecto más imponente de todos los que podía recordar, con un curioso pelaje atigrado que despedía reflejos verdosos a la luz de las farolas. Sin embargo, tengo que confesar que toda mi atención quedó pronto centrada en la dueña del animal: su espesa y larga melena de color negro azabache, que los caprichos del viento arremolinaban en torno a su rostro, me impedía admirarlo en su totalidad, aunque dejaba entrever fugaces retazos de una belleza enigmática, un complicado rompecabezas que luego trataría en vano de recomponer durante horas de insomnio. Vestía unos pantalones cortos deshilachados y una sencilla camiseta ceñida que ponía de relieve la curva delicada de sus senos. Las piernas, largas y bien formadas, acababan en unos pies embutidos en zapatillas deportivas de color oscuro. Comprendí que llegaba el momento de la separación, y eso me provocó un sentimiento de inesperada angustia. No podía creer que en pocos minutos pudiera sentirme tan atraído por la desconocida dueña de tan inquietante perro. Ella se acercó y me besó fugazmente en la mejilla. Una sola vez. Me aclaró que el beso único es costumbre de las islas.

—Espero que no guardes un mal recuerdo de Canarias por nuestra culpa —se excusó de nuevo.

—Al con... trario... —alcancé a tartamudear. Sus intensos ojos oscuros me tenían

hipnotizado.

—Me llamo Yraya.

—Yo... Yo me llamo Carlos...

Me sentía estúpido. Tragué saliva sin encontrar una sola frase ocurrente, ningún pretexto que me permitiera prolongar aquellos momentos. Busqué sin conseguirlo palabras que no sonaran ridículas, manidas o absurdas, pero mi cerebro no funcionaba. Estaba bloqueado, demasiado atareado en procesar la avalancha de sentimientos desconcertantes que me invadía. Por fortuna, la joven habló antes de que el silencio se tornara demasiado embarazoso:

—Se nota que vienes de la Península. ¿Estás de vacaciones?

—Sí. He llegado hoy mismo con mi familia.

—Espero que te gusten nuestras islas. Sería bueno que alguien de la tierra os las enseñara. ¿Tienes amigos aquí?

—No. Todavía no conozco a nadie...

Sonrió. Parecía satisfecha con mi respuesta.

—Pues ahora ya conoces a alguien...

La muchacha se disponía a añadir algo más, cuando un acontecimiento inesperado quebró la magia del momento: un violento tirón de la correa que sujetaba al perro apartó a Yraya de mi lado con brusquedad. El animal se había puesto rígido y tenso, fija la mirada hacia la oscuridad que acabábamos de abandonar.

—Tranquilo, *Bardi* —susurró Yraya en tono apaciguante—. Ven y deja eso.

Pero el perro permanecía ajeno a todo lo que no fuera el motivo de su atención. De su boca escapó un único y ronco ladrido, tan grave y poderoso como el propio *Bardi*. La chica tiraba con fuerza de la correa, pero el perro estaba anclado al suelo.

—Ha visto algo —me explicó Yraya, señalando hacia la oscuridad de las obras—. Seguramente otro perro.

Me aproximé hasta ambos y esforcé sin éxito la vista hacia las sombras. Al tocar el lomo del perro, me sorprendió la tremenda tensión acumulada en su cuerpo erizado, convertido en una potente carga a punto de explotar. A pesar de mi empeño, yo seguía sin poder distinguir nada; pero, de algún modo, el perro me transmitía lo que estaba viendo. De repente, la brisa marina pareció enfriarse y un súbito estremecimiento me recorrió el cuerpo, calando hasta la médula de mis huesos. Yraya también debió de sentirlo, porque se apretujó contra *Bardi* y contra mí, formando los tres un ente único y solidario. Los sonidos que llegaban del paseo y el lejano romper de las olas enmudecieron de pronto, y quedamos aislados del resto del mundo por una cortina de silencio sepulcral. A pesar de no poder discernir nada concreto supe, con igual certeza que si lo estuviese viendo, que allí delante había algo.

Y de alguna manera comprendí que ese algo era perverso y nos observaba también a nosotros.

CAPÍTULO 2

EL MISTERIO DE LA LLAVE

La tensión cedió tan repentinamente como se había iniciado: los músculos de *Bardi* se relajaron, y la brisa recobró su temperatura, algo fresca pero agradable. De nuevo escuchamos el murmullo de la ciudad que palpitaba a nuestras espaldas, y quedó claro que, fuera lo que fuese, aquello que había estado frente a nosotros ya se había ido. Aunque yo ni siquiera estaba seguro de haber llegado a ver algo, en mi mente flotaba una imagen imprecisa, tal vez imaginaria o quizá resultado de una sensación percibida a través del lomo erizado de *Bardi*; en cualquier caso, la figura semejaba un animal negro y peludo, tal vez un oso o un perro grande, recortándose contra el fondo oscuro del mar. Pero cada vez que intentaba concentrarme en los detalles de la visión, sus contornos opacos desaparecían en un abismo de negrura que mi memoria era incapaz de colmar. Convencido de haber sido víctima de una alucinación propiciada por el miedo, preferí no decir nada. Mientras nos apresurábamos hacia la zona más concurrida del paseo, ni Yraya ni yo hicimos ningún comentario acerca de lo que acababa de suceder, pero una vez calmados y rodeados de paseantes, al fin me atreví a expresar mi temor en voz alta:

—¿Te has dado cuenta? Allí había algo... Algo desagradable. ¿Qué era?

—*Bardi* es el único que lo sabe.

—Y supongo que no nos lo va a decir...

Saqué de mi bolsillo la calculadora y me dediqué a sacudir la arena que se había introducido en la cremallera del estuche. Yraya me observaba con atención.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó curiosa—. ¿Es una cámara de fotos?

—No, la *Ju...* Es mi calculadora programable, una antigua Hewlett-Packard 41-CX. La he bautizado *Juli*, por lo de Hewlett...

—¿Estudias alguna ingeniería?

—No. En realidad la utilizo para divertirme.

La joven sacudió la cabeza asombrada, pero no hizo ningún comentario. Yo me sentí obligado a dar explicaciones:

—Descifrar claves y códigos secretos es una de mis aficiones favoritas. —Acostumbrado a la incompreensión de la mayoría de mis amigos, temí que la desconocida me tomara por un chiflado—. En realidad estoy diseñando un programa que pueda emular la famosa Enigma... ¿Conoces la Enigma?

—Pues no. —Se echó a reír—. Suena... enigmático.

—Enigma es el nombre de una máquina que utilizaba el ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Los ingleses consiguieron descifrarla gracias a la información suministrada por Polonia, y también al genio de un matemático llamado

Alan Touring... Pero me temo que te estoy aburriendo...

—¡Qué va! Pero me cuesta creer que puedas meter algo tan complicado en esa... *Juli* tan pequeña.

—¡Ése es el reto! Se ha progresado mucho desde los tiempos de la auténtica Enigma, pero esta HP-41 es antigua y tiene una memoria muy reducida...

—Si lo consigues, ¿funcionará igual que una Enigma original?

—Eso espero.

Era la primera vez que alguien parecía interesarse por mi programa, lo que me produjo una enorme satisfacción. Tragué saliva y solté la pregunta que me quemaba los labios desde hacía varios minutos, aunque por el tono de mi voz más bien parecía una súplica:

—Yraya, ¿volveremos a vernos?

La joven sonrió y se dirigió a su perro, que de nuevo apoyaba su enorme peso en mi pierna.

—¿Tú qué dices a eso, *Bardi*?

Por toda respuesta, el animal abrió su enorme boca, la volvió a cerrar con un chasquido y luego nos miró alternativamente a los dos. Parecía repetir mi propia pregunta.

Me metí en el ascensor del hotel con la cabeza dando vueltas, tratando de analizar lo que acababa de sucederme: en tan sólo unos minutos había experimentado más sensaciones que en todos los años de mi vida juntos. Me había asomado al borde de un terror inimaginable para poco después descubrir a dos seres sorprendentes y maravillosos. Especialmente Yraya.

Misteriosa y fascinante Yraya.

Todo eso había ocurrido a las pocas horas de haber pisado suelo canario, y no me atrevía a imaginar lo que me podía aguardar durante los días siguientes. Lo curioso es que un sentimiento de euforia crecía dentro de mí hasta imponerse a todo lo demás, y la causante de ese sentimiento era sin duda esa chica tan especial. Probé a pronunciar su nombre en voz alta:

—Y-ra-ya.

El sonido flotó un instante en la reducida cabina de aquel ascensor, y luego se disolvió en el aire. Me arrepentí de las muchas torpezas que había cometido durante nuestro encuentro: ni siquiera había acertado a decir una de esas frases típicas: «Yraya, que nombre tan bonito el tuyo», o bien: «Yraya, eres la chica más bonita que he conocido». Tampoco le había preguntado su dirección ni su número de teléfono. Ahora era demasiado tarde, y probablemente nunca volvería a verla. Con la dulce imagen de la chica ante los ojos llegué junto a la puerta de nuestro apartamento y metí la mano en el bolsillo: al sentir el vacío en la tela, el corazón me dio un vuelco.

¡Había perdido la llave!

Registré con frenesí el resto de mi ropa, sin resultado. El llavero debió de escapar de mi bolsillo allí, en la arena, durante mi traumático encuentro con *Bardi*. Ahora tenía dos opciones: aporrear la puerta hasta despertar a mis padres —y afrontar el consiguiente ridículo ante el personal del hotel—, o regresar al lugar en busca de la maldita llave. Me quedé un buen rato plantado ante aquella puerta, rumiando mi indecisión, hasta que un pensamiento siniestro se adueñó de mi cerebro: ¡alguien podía encontrar la llave tirada en la playa! Si ese alguien decidía, animado por intenciones perversas, hacernos una visita durante la noche, su tarea sería fácil: en el llavero constaba el nombre del hotel y el número de la habitación... Nos pillaría a todos durmiendo... Indefensos...

¡Tenía que recuperar esa llave!

Así que opté por bajar. Después de las emociones vividas, no me sentía con ánimos para acercarme solo hasta el oscuro lugar. Y mucho menos después de saber que por aquella playa rondaba algo o alguien capaz de aterrorizar a un perro tan formidable como *Bardi*. Pero tal vez aún estaba a tiempo de alcanzar al perro y a la chica y pedirles que me acompañaran. La idea de volver a ver tan pronto a Yraya puso alas a mis pies.

La noche estaba muy avanzada y el número de paseantes que circulaban por el paseo de las Canteras se había reducido a unos pocos noctámbulos desperdigados. La brisa parecía haberse enfriado en los escasos minutos que habían transcurrido desde mi entrada en el ascensor, aunque supuse que era la ausencia de Yraya y *Bardi* lo que me hacía percibir las cosas de otro modo. Lamenté no haberme fijado en la dirección que habían tomado al marcharse, así que tuve que recorrer buena parte del largo paseo a la carrera, primero en un sentido y luego en el otro: no había ni rastro de Yraya ni de su perro. Cansado y jadeante, me encaminé hacia el tenebroso y despoblado tramo en obras hasta llegar frente al lugar fatídico. Allí me detuve y miré en todas direcciones: no se veía a nadie en los alrededores.

Ya no se divisaba ni un solo paseante, y yo me sentía incapaz de afrontar aquella oscuridad sin compañía. Siempre había sido bastante cobarde, y eso era un hecho que ya tenía perfectamente asumido. Si al menos llevase conmigo una linterna... Pero no la llevaba. Así que regresé al hotel, resignado a sufrir las duras consecuencias de mi despiste.

Nada más entrar en el edificio, me extrañó la actitud del recepcionista; se escudaba tras el mostrador y me observaba con mucha atención. Al fin se decidió a hacerme una seña para que me acercara.

—Disculpe. —Parecía estar esperando mi llegada—. ¿Se aloja usted en la 411?

—Sí.

—Y ha extraviado su llave, ¿verdad?

Me quedé boquiabierto. ¿Cómo podía saberlo?

—Pu-es s-í... —tartamudeé—. Pero sé dónde se me ha caído y ahora mismo pensaba ir...

—No se preocupe. Su llave ha aparecido y está encima de esa mesa. No tiene más que recogerla.

—Pero ¿cómo ha llegado...?

—Alguien debió de encontrarla y la ha dejado ahí. No es la primera vez que ocurre. Tenga en cuenta que en el llavero figura el nombre del hotel...

Me acerqué a la mesa y extendí la mano hacia la llave, parcialmente recubierta de arena. Al tocarla, noté que también estaba mojada y pegajosa. Eso explicaba que el recepcionista, asqueado, la hubiese dejado allí para que la recogiera yo. En cualquier caso, mi problema se había resuelto de una manera casi milagrosa. Tras despedirme del conserje, subí hasta mi habitación, en la que entré de puntillas. Por suerte, no tuve necesidad de encender las luces, ya que la claridad de la calle penetraba a través de las ventanas; me tumbé boca arriba en la cama y acaricié distraídamente mi vieja calculadora. No podía dejar de pensar en esa chica misteriosa llamada Yraya, ni en su desconcertante perro *Bardi*. Sin embargo, el misterio de la llave acabó imponiéndose a cualquier otro pensamiento. En principio, no había nada extraordinario en el hecho de que alguien la hubiese encontrado y devuelto al hotel, pero ciertos detalles no encajaban en esa explicación: en aquella zona de la playa ya no quedaba nadie a esas horas y el lugar estaba demasiado oscuro para que una llave semienterrada en la arena pudiese llamar la atención.

¿Por qué estaba mojada con algo semejante a babas de perro?

CAPÍTULO TRES

PERROS ASESINOS

Me desperté a media mañana. Estaba rendido tras una mala noche plagada de desvelos y con escasos momentos de sueño, invadidos estos últimos por desagradables pesadillas en las que siempre aparecían formas oscuras trotando en silencio al amparo de la noche: fauces hambrientas devorando restos de cuerpos mutilados...

Al abrir los ojos, comprobé que mis padres llevaban ya mucho rato levantados y habían sufrido una curiosa transformación: lucían sandalias de franciscano, pantalones cortos tipo bermuda, camisa holgada de colores chillones y llevaban sus cabezas tocadas con ridículas gorras de turista... ¡Ah! Y sin olvidar la obligada máquina de fotos colgada del cuello. De no estar tan cansado, habría soltado la carcajada.

—Vaya, ya despertó el dormilón —comentó mi padre.

—¿Se puede saber a qué hora te acostaste? —quiso saber mi madre.

Opté por la ambigüedad:

—Algo tarde...

—Pues será mejor que te levantes y desayunes de una vez, que a este paso no nos va a cundir el día.

Me senté frente a un tazón de café —que había criado una sólida telilla de nata— y un par de tostadas ya frías. Pregunté con recelo:

—¿Cuál es el plan previsto para hoy?

—Hoy tendremos un día tranquilo: nos daremos un buen baño en la playa y después visitaremos el centro de la ciudad. —Mi padre hojeó la libreta donde llevaba programadas todas las actividades, y prosiguió—: En primer lugar, San Cristóbal, barrio de pescadores. Luego, el barrio histórico de La Vegueta, el Museo Canario, la catedral de Santa Ana y la Casa de Colón; después regresaremos por el parque Doramas visitando el Pueblo Canario, y luego...

La interminable exposición del programa se prolongó mientras me acababa el desayuno, y aún tuve tiempo de asearme y peinarme con especial esmero antes de que acabara. Aunque el hecho de vestirme con deliberada parsimonia no me impidió hacerlo de un modo mucho más discreto que ellos. Después asomé la cabeza por la ventana abierta; el día había amanecido despejado y los rayos del sol alumbraban un paisaje teñido de vivos colores. Pero había otra cosa allí abajo que me hizo brincar de entusiasmo, quedando el cansancio y la pereza esfumados en un instante: Yraya y *Bardi* estaban allí mismo, sentados tranquilamente a la sombra de una gran palmera. No hacían nada, sólo esperaban.

—¿Sabéis una novedad? —les grité a mis padres, justo antes de salir disparado—. Me temo que no os voy a acompañar.

En cuanto me vieron llegar, Yraya y *Bardi* acudieron a mi encuentro con naturalidad, como si fuese una antigua costumbre citarnos todos los días en ese lugar. Me extrañó un poco que supieran en qué hotel me alojaba —no recordaba habérselo dicho—, pero no di importancia a ese detalle. Me produjo una indecible sensación de placer comprobar que, en efecto, era a mí a quien aguardaban. *Bardi* me saludó con un par de lametazos de su lengua enorme, mientras su dueña me obsequiaba con el consabido beso único, tan fugaz que apenas tuve tiempo de aspirar un tibio aroma teñido de fragancias marinas. Comprobé que el corazón me latía con una fuerza inusitada mientras acariciaba la ancha cabeza del presa canario, y esta vez mi emoción estaba muy alejada del miedo que había experimentado la noche anterior. ¡Nunca pensé que mis hábitos pudieran cambiar en tan poco tiempo!

—Resulta que la mayoría de nuestras amistades han salido de veraneo —aclaró Yraya tras aplicarme su beso en la mejilla—. Y puesto que tú tampoco tienes amigos que te enseñen la isla, *Bardi* y yo hemos pensado que podemos hacer de guías. A menos que tengas otros planes mejores.

La verdad es que mi único plan consistía en permanecer junto a ellos el mayor tiempo posible, pero no me atreví a manifestarlo.

—Os lo agradezco —dije—; precisamente tenía que buscar un sitio donde vendan tarjetas postales para enviárselas a mis amigos. También necesito una linterna y un plano de la ciudad.

—Todo eso es muy fácil. Daremos un paseo por la calle Triana. Allí hay muchas tiendas donde puedes adquirir lo que necesites. ¿Te parece bien?

—En marcha.

Mientras caminábamos, aproveché para completar el examen de mis nuevos amigos. Bajo la radiante luz del sol, la hermosura de Yraya destacaba más allá de lo que me habían permitido intuir las luminarias del paseo: poseía una belleza y un encanto desconocidos para mí, reforzados ambos por la natural desenvoltura de sus movimientos, libres de cualquier tipo de afectación. La mirada sincera de sus ojos oscuros —un color que más tarde compararía con el de la roca volcánica mojada por las aguas del mar— estaba dotada de un risueño brillo de inteligencia despierta. Su sonrisa se me antojaba un estallido de alegría contagiosa.

—¿Vives cerca de aquí? —se me ocurrió preguntar.

—Vivo en Santa Brígida, a unos 13 kilómetros del centro de Las Palmas. Es un lugar muy tranquilo y agradable.

—¡Trece kilómetros! —me extrañé—. No me digas que recorres a diario esa distancia para pasear a tu perro.

Se echó a reír. Era la primera vez que oía su risa, un sonido festivo que me obligó a reír con ella.

—¡No digas disparates, *miniño*! Últimamente vengo a menudo a casa de mi

abuela, y ella sí vive cerquita de aquí. *Bardi* es en realidad el perro de mi difunto abuelo, aunque a mí me quiere mucho desde que era cachorrito.

Dediqué entonces mi atención al animal. Su aspecto también había cambiado por la gracia de los rayos solares, aunque me seguía pareciendo igual de impresionante. Bien plantado sobre sus patas anchas y musculosas, la forma maciza de su cuerpo recordaba la de un gran felino, como un león o un tigre, y el efecto quedaba reforzado por la alternancia de bandas claras y oscuras de su pelaje. Lo más sorprendente es que, apenas dos días antes, me hubiera cambiado de acera con tal de evitar cruzarme con un bicho como el que ahora caminaba tranquilo a mi lado. Yraya me explicó que *Bardi* medía 67 centímetros de alzada, una medida que, unida a su peso de 62 kilos, lo convertía en un ejemplar excepcional dentro de su propia raza.

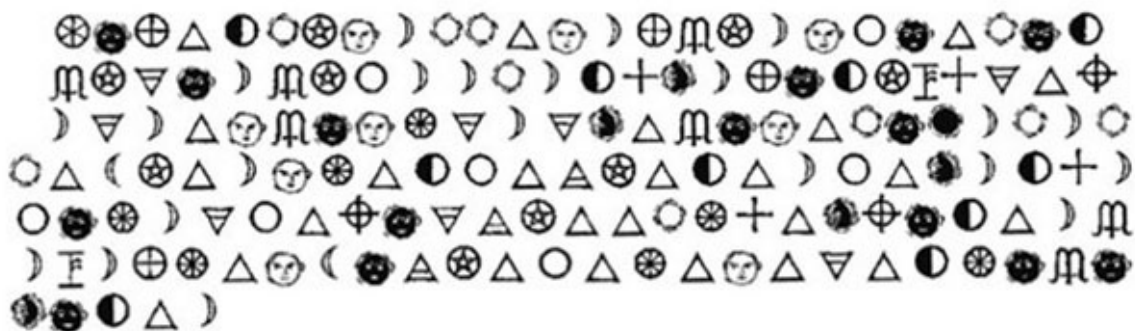
—Mi abuelo Antonio ha fallecido hace poco —añadió entonces Yraya.

Observé que el rostro de la joven se había ensombrecido y no supe qué decir.

—Ahora es *Bardi* quien cuida de la abuela —explicó—, y es la única compañía que le queda. Por eso suelo bajar tan a menudo hasta Las Palmas, para estar con ella y que no se sienta tan sola. También para ayudarla un poco y sacar a pasear al perro, como anoche.

—Comprendo —asentí.

Yraya escarbó en su bolsillo y, con aires de misterio, me entregó un papel doblado que llevaba metido en un sobre. Al desdoblarlo, me encontré con una fotocopia en la que aparecía una curiosa secuencia de símbolos que reproduzco a continuación:



—Como me dijiste que eras aficionado a los enigmas, he pensado que a lo mejor te divertiría tratar de descifrarlo —me invitó Yraya con gesto malicioso—. Pero parece muy difícil. ¿Crees que podrás?

Sonaba a desafío, y rara vez podía resistir un reto relacionado con la criptografía. Además, aquello podía significar ganarme el aprecio de Yraya. Me esforcé por reprimir mi entusiasmo.

—Me ayudaría saber cuál es el idioma del texto original —dejé caer con indiferencia fingida.

—No estoy segura, pero juraría que es castellano. Lo escribió mi abuelo.

—Está bien, lo puedo intentar.

Y me guardé el misterioso mensaje en el bolsillo.

Empezamos las compras con la adquisición de mi famosa linterna: escogí un modelo japonés con una potente bombilla halógena y de un tamaño apropiado para poder transportarla cómodamente en el bolsillo. Aunque no deseaba confesarlo, tenía previsto llevarla siempre encima, porque lo de la noche anterior me había sensibilizado. Si algún animal (o lo que fuera) se atrevía a presentarse de nuevo al amparo de la oscuridad, le enchufaría el haz halógeno en plena cara, a ver qué tal le sentaba.

Pronto llegamos a las puertas de una librería en cuyo escaparate abundaban, además de la prensa local, todo tipo de mapas, folletos turísticos y tarjetas postales. Yraya se encargó de la compra de estas últimas, escogiendo los lugares que ella juzgaba más representativos de la isla. Le dije que la mayoría de ellos aún no los conocía.

—*Bardi* y yo te los mostraremos —se ofreció encantada—. Supongo que sabes montar en bici...

—Desde luego, pero no tengo bici.

—Eso no es problema, yo te puedo conseguir una. Por ejemplo, la de mi primo Alejandro, que desde que se compró el coche no la toca, el muy vago.

Las palabras de Yraya me recordaron que yo era un vago del mismo calibre que ese tal Alejandro, y que mi bicicleta llevaba años oxidándose en lo más profundo del trastero de mi casa. Estaba desentrenado, y me daba miedo no ser capaz de aguantar el pedaleo durante 13 kilómetros cuesta arriba. Para no hacer el ridículo, tuve que recurrir a una excusa:

—¿Y cómo llevaremos a *Bardi*?

—Tampoco es problema. Nos seguirá sin dificultad si rodamos despacio, y no haremos etapas muy largas para no cansarle. —La mirada inteligente de la muchacha revelaba que entendía mi preocupación—. *Bardi* es un perro joven y fuerte, pero no es un galgo.

A pesar de mi inquietud, tengo que reconocer que la idea me encantó. Estaría todo el tiempo con Yraya, amén de poder presumir ante mis padres de hacer un turismo de más calidad que el suyo. Pero mi entusiasmo se derrumbó al percatarme de la pasmosa transformación que acababa de sufrir Yraya: la alegre sonrisa se había borrado de su rostro, ahora pálido, y su mirada horrorizada permanecía clavada en una pila de diarios que se amontonaban sobre el mostrador. Me acerqué hasta poder leer los titulares. Eran ediciones de última hora que confirmaban el fallecimiento de Roberto Betancor, de nueve años y nieto de la anciana muerta por el ataque de unos perros la semana anterior. Varias columnas de opinión reclamaban a las autoridades que acabasen de una vez con la plaga, al mismo tiempo que criticaban a los dueños que abandonan a sus perros cuando ya no los necesitan o se cansan de ellos.

Yraya levantó la vista de los periódicos, y pude detectar en sus bonitos ojos una mezcla de pena profunda y rabia contenida.

—Mi abuelo, antes de morir, vaticinó que esto iba a suceder. Él lo sabía...

A pesar de lo absurdo de aquella afirmación, de repente sentí cómo me invadía una extraña sensación de malestar.

CAPÍTULO 4

SANTA BRÍGIDA

Salimos de la tienda con bastante menos alegría que cuando entramos, y nuestros pies se arrastraban ahora en zancadas lentas y pausadas. Me pareció que algunas personas se apartaban a nuestro paso y lanzaban recelosas miradas en dirección a *Bardi*. Me detuve un momento para rellenar con premura las postales, una para mi hermana y otras dirigidas a mis amigos, que enseguida deposité en un buzón. A ninguno de ellos les hablé de los últimos acontecimientos, pues sabía de sobra que no me creerían.

Poco después cruzábamos un portal que daba paso a un patio fresco y acogedor soportado por antiguas columnas de madera. Las balaustradas barnizadas contrastaban con los coloridos azulejos que tapizaban el suelo y las paredes, todo ello bajo la luz de un sol mitigado por un frondoso tamiz de plantas colgantes. Allí vivía la abuela de Yraya.

—No entiendo tanta dificultad para dar caza a esos bichos —manifesté mientras subíamos la escalera—. Al fin y al cabo, sólo son perros.

—Es posible que tengas razón —respondió ella—. Pero también podrías estar equivocado; según decía mi abuelo, son algo más que simples perros.

Habíamos llegado arriba e Yraya llamó con una serie de timbrazos que parecían una contraseña. Una señora madura y afable abrió la puerta y nos invitó a entrar:

—¡Hola, chicos! —saludó la mujer, y tras besar a Yraya añadió—: ¿No vas a presentarme a tu amigo?

—Se llama Carlos, y acaba de llegar de la Península.

—Me alegro de conocerte. —La abuela me besó—. A propósito de amigos, *miniña*, ha vuelto a telefonearte Guillermo. El pobre te anda buscando desde ayer, y ha insistido en que no dejes de llamarle cuando...

—Está bien —interrumpió Yraya empujándome hacia el interior—. Ya hablaré con él, pero no ahora.

—También ha telefonado el irlandés, y le he dicho muy claro que no se le ocurra volver a llamar o aparecer por esta casa...

—Pero abuela, Liam sólo quiere...

—¡Basta! Ese loco fue quien le metió esas ideas tan raras al pobre Antonio, y al final toda esa basura le ha matado.

—Abuela, las leyendas no son ideas raras.

—Prefiero no hablar de eso. Las antiguas leyendas son para transmitir las de padres a hijos y, a través de ellas, recordar a nuestros antepasados. Pero nunca se debe intentar revivirlas.

Teresa dio por zanjado el tema del irlandés, pero sus palabras me dejaron

intrigado.

Aparte del pequeño incidente, la abuela demostró ser una persona encantadora y extremadamente culta. Sus facciones redondeadas y libres de arrugas conservaban vestigios de una antigua belleza, y la simpatía de su sonrisa contrastaba con la melancolía profunda de sus ojos oscuros, testimonio de la pérdida tremenda que acababa de sufrir. Llevaba el pelo plateado recogido en dos grandes moños, uno a cada lado de la cabeza, lo cual le otorgaba un lejano parecido con la dama de Elche. Pero a pesar de la exquisita cordialidad con que fui recibido, me pareció notar cierta reserva por parte de Teresa; la mujer observaba con detenimiento todos mis movimientos y prestaba mucha atención a cada una de mis palabras. Comprendí que estaba siendo sometido a un riguroso examen para ver si merecía la amistad de su nieta, a quien visiblemente adoraba. Enseguida me invitó a tomar algo, y yo acepté una taza de café.

—Así que estás de vacaciones con tus padres —se interesó la abuela.

—Sí. Mi hermana Alicia se ha quedado estudiando para repescar un par de asignaturas, y yo he venido solo con mis padres.

—¿Y no tienes más hermanos?

—Yo no. ¿Los tiene Yraya?

—Mi nieta es única —rió la anciana—. Quiero decir que es hija única.

Bardi se tumbó entre Yraya y yo, apoyando su pesada cabezota en mis pies. Teresa pareció a la vez extrañada y complacida por la actitud del animal.

—Es la primera vez que *Bardi* hace tan pronto amistad con un desconocido —murmuró en voz baja.

—*Bardi* sabe escoger bien a la gente —sonrió Yraya.

Teresa guiñó un ojo.

—Igual que tú, niña.

Me agité incómodo en el asiento sin saber qué decir, pero satisfecho por la certeza de haber ganado un punto en la prueba.

—Te quedarás a comer con nosotros, ¿verdad, *miniño*? —propuso la abuela—. Tengo un potaje delicioso. Luego, unos taquitos de cherne con papitas arrugadas y mojo...

Miré indeciso a Yraya, que asintió con una sonrisa radiante.

La comida resultó exquisita, y la grata compañía de Yraya y su abuela me hicieron sentir como si estuviera en mi propia casa. La conversación discurrió por temas intrascendentes y aspectos curiosos relativos a las costumbres de las islas. Todos evitamos cualquier referencia a la muerte de Antonio.

—También ha llamado tu madre —dijo Teresa al llegar a los postres—. Le preocupa que hagas sola el trayecto hasta casa, con esos perros asesinos merodeando por allí. Será mejor que te quedes en Las Palmas hasta que pueda venir tu padre a

recogerte.

Yraya torció el gesto.

—Yo tenía pensado subir mañana por la mañana para enseñarle a Carlos los alrededores de Santa Brígida. Pasar el día allí y regresar antes del anochecer.

—No debes hacerlo, niña. Es peligroso.

—Tranquilízate, abuela. *Bardi* vendrá con nosotros. Además, a esas horas habrá mucha gente por la carretera, y los perros nunca han atacado de día.

—Esos animales representan una amenaza que no podéis ni imaginar. Me temo que la cosa es muy seria.

—No tengas miedo, que iremos con mucho cuidado. Carlos tiene tantas ganas de conocer la isla...

Un brillo fugaz iluminó las pupilas de la anciana.

—Comprendo que sois jóvenes y necesitáis aprovechar el tiempo —concedió—. Pero deberíais volver temprano.

—Yo tengo que volver a eso de las ocho y media —intervine—. Mis padres suelen cenar pronto.

—Yraya, *miniña*, a veces olvido que has dejado de ser pequeña. Sólo os pido prudencia.

—Puedes estar tranquila, abuela. Te prometo que estaremos de vuelta en casa mucho antes de que se ponga el Sol.

—Lo prometemos —confirmé yo.

Salimos de casa de la abuela al final de la tarde, y entonces me di cuenta de lo corto que me había parecido el día. Se ve que la compañía de Yraya hacía volar el tiempo.





Esa noche procuré cenar temprano y me dispuse a trabajar en el desciframiento que Yraya me había encomendado.

No me dejé impresionar por el aspecto críptico de aquellos símbolos, pues sabía que su apariencia era irrelevante. En los cifrados sencillos de sustitución alfabética, lo de menos es la representación que sustituye a cada letra (todavía recordaba el relato *La aventura de los muñecos danzantes*, de Conan Doyle). Sentado en la mesa del saloncito, empecé por copiar con paciencia cada símbolo en un papel limpio. Del total de 155 figuras, había 20 diferentes, repartidas con la siguiente frecuencia:



Comencé a aplicar el análisis de frecuencias reemplazando los tres dibujos más frecuentes por las correspondientes letras más comunes en castellano, que son la E, la A y la O, tras lo cual mi «sopa de letras» quedó así:

_o e _ _ a _ e a _ a _ oe o _
 _ _ oa _ aa a _ a _ o _ _ e _
 a ae _ o _ a _ e o e o a a _
 _ e _ ea _ e _ e _ e ea e a a _
 _ o a _ e o _ ee _ e _ o ea _
 a a _ e _ o _ e e e e e _ o o _
 _ o ea

Respiré con alivio: la distribución uniforme de las tres vocales parecía indicar una simple sustitución monoalfabética. Ahora venían dos parejas empatadas   y luego  . El problema con las parejas es que no me quedaba otro remedio que probar las distintas combinaciones, y para no alargar mucho la exposición resumiré diciendo que una hora más tarde obtuve la disposición que más me gustaba:

_o eslunallena _ uan oelos
 _ u oa u aalas _ a osu _ e _
 a aen on _ a _ e onelo alal
 le uean es e uesea e as a
 _ o a _ e o _ ueel _ e _ osea _
 a a _ en o ue e ene es o o
 _ osea

A partir de aquí, la aplicación de las reglas de frecuencia serían cada vez menos eficaces. Había llegado el momento de pasar a la fase más divertida de buscar las primeras palabras con sentido, como esa «luna llena» que destacaba en la primera línea. Luego vendría el rastreo de los artículos, preposiciones y quizá algún verbo. En realidad, un juego similar en cierto modo a la resolución de un crucigrama, pues cada acierto aportaría nuevas letras. Al cabo de un rato ya no tenía ninguna duda. En el papel habían surgido las palabras originales que el abuelo de Yraya se había esforzado en ocultar... A pesar del éxito fácil, me quedé un buen rato leyendo y releendo aquel texto que, aunque descifrado, seguía siendo enigmático.

La zona residencial de Santa Brígida estaba integrada en un paisaje de colinas verdes, con calles empinadas y frondosos jardines que rebosaban colorido y belleza. Visto desde lo alto, el verdor vegetal se entremezclaba con la blancura de las casas y ciertos matices oscuros de roca volcánica. La vivienda de Yraya era un bonito chalet de dos plantas, en cuyo jardín crecían árboles y flores desconocidos para mí. Lo malo es que yo me encontraba demasiado exhausto para disfrutar del panorama; la ascensión había sido la experiencia ciclista más dura que podía recordar, y ya temblaba pensando en mis agujetas del día siguiente.

Los padres de Yraya salieron a recibirnos, ya que la abuela había avisado por teléfono de nuestra llegada. *Bardi*, que mostraba ligeras lesiones en las patas, manifestó su enorme afecto a los padres de Yraya, una pareja muy joven y simpática. En el padre contrastaba su aspecto fuerte y enérgico con una mirada sosegada y franca; la madre también poseía esa rara mezcla de belleza y dulzura que tanto me habían fascinado en su hija. Me dispensaron la misma afectuosa acogida que Teresa, algo que me pareció asombroso teniendo en cuenta que yo era poco más que un extraño. Estaba claro que en las islas aún se conservaban formas y maneras ya extinguidas (por desgracia) en la mayoría de las desquiciadas urbes donde *cordialidad, cortesía y hospitalidad* han pasado a ser palabras carentes de sentido.

Yraya se encargó de mostrarme la casa de arriba abajo. En su habitación abundaban los objetos curiosos: fragmentos de lava de variadas tonalidades, reproducciones de tallas antiguas y petroglifos canarios. Encima de un estante estaban expuestas varias fotos enmarcadas, en las cuales pude reconocer a los padres de la muchacha y a la abuela Teresa. Pero la que más me llamó la atención fue una que mostraba a la propia Yraya de pequeña, a bordo de un velero; ya era muy guapa, y me hizo gracia su aspecto de niña traviesa, con el pelo alborotado por el viento y los ojos centelleantes de satisfacción. Estaba sentada entre dos hombres de cierta edad, y uno de ellos tenía algo en la expresión que recordaba a la propia Yraya: debía de ser el abuelo Antonio.

—No has cambiado mucho —comenté señalando hacia la foto.

—No —se rió ella—. De pequeña ya tenía pinta de loca. Mira, ése de ahí es mi abuelo... Ojalá hubieses podido conocerle...

Palpé en el interior de mi bolsillo el papel con el mensaje descifrado, pero en vez de enseñárselo a Yraya me acerqué a la foto para poder apreciar mejor los rasgos del hombre que lo había redactado. Antonio era de baja estatura, al menos comparado con el gigantón que estaba a su lado, y en sus ojos brillaba un destello de inteligencia y vitalidad que rejuvenecía su rostro arrugado y curtido por el sol. Me fijé entonces en el otro: tenía apariencia de extranjero y era un personaje fornido cuya despeinada melena rubia griseaba a la altura de las sienes.

—¿Quién es ese gigante que está con vosotros?

—Es Liam O'Higgins —respondió con expresión nostálgica—. Fue el mejor

amigo de mi abuelo durante muchos años, y él tampoco ha podido aceptar su muerte... Juraría que Liam sabe cosas del abuelo que no quiere confiarle a nadie. Ni siquiera a mí.

Recordé el enfado de la abuela al hablar de ese hombre, y me pregunté los motivos que tendría para recelar de él y culparle de la muerte de su esposo. No me atreví a mencionárselo a Yraya; pero, al observar con más atención la fotografía, me pareció adivinar cierto toque inquietante en la mirada intensa del irlandés.

Cansado de inspeccionar fotos, me asomé a la ventana; desde allí se podía contemplar una hermosa vista de la ladera del monte, toda ella salpicada de tejados, patios y jardines que descendían hasta perderse en las brumas del valle. Por un momento llegué a envidiar la suerte que suponía vivir en un lugar como aquél, con el privilegio de tener semejante panorama siempre al alcance de la vista... En ese momento, la voz de la madre de Yraya nos reclamó desde abajo para comer, y tuve que suspender mi contemplación.

Ya era casi media tarde cuando, tras una sabrosa comida y la correspondiente sobremesa con la familia de Yraya, ella propuso que saliéramos a dar un paseo por los alrededores. Recordando las advertencias de la abuela Teresa (y el cansancio de mis pobres músculos), me mostré inquieto por la hora. Yraya me intentó tranquilizar diciendo que aún quedaba mucha tarde por delante, y que luego su padre nos llevaría hasta Las Palmas en su coche... Pero yo tenía un mal presentimiento; no podía olvidar la insistencia de la abuela y la promesa que nos había arrancado de estar de vuelta antes de la puesta del Sol. La verdad es que no me apetecía pasear por el campo sabiendo que por allí merodeaban los temibles perros salvajes, y más teniendo en cuenta que *Bardi* no nos acompañaría debido a sus patas lastimadas. Al final, el entusiasmo de Yraya se reveló mucho más poderoso que mis sombrías corazonadas, y minutos después nos alejamos de la población a lomos de nuestras bicis.

Esta vez sin perro.

CAPÍTULO 5

SOMBRAS EN LA NOCHE

Tras un durísimo pedaleo ascendimos a un lugar escarpado llamado Bandama, desde donde se divisa gran parte de la isla. La panorámica cortaba la respiración, con la caldera volcánica debajo y la ciudad de Las Palmas a lo lejos, casi fundida con el horizonte. Permanecimos mucho rato allí arriba, callados, disfrutando de nuestra mutua compañía y de la extraordinaria vista que se extendía ante nosotros. De cuando en cuando, Yraya me explicaba pormenores de los pueblos o de las muchas cumbres y antiguas calderas volcánicas. Cualquier detalle provocaba en ella una reflexión, una pregunta o una sonrisa, y yo no me cansaba de escuchar su voz ni de admirar su belleza, pues al lado de Yraya el tiempo parecía cambiar su ritmo y fluir como un agradable sueño. Recuerdo que me sentía muy afortunado por haberla conocido.

—Mi abuelo solía traerme aquí —decía ella—. A él le encantaba saborear el mundo desde las alturas. Opinaba que a vista de pájaro las cosas parecen diferentes, pues se ven con una perspectiva de alejamiento que permite entenderlas mejor... ¿Estás de acuerdo con eso?

Paseé la mirada por los pueblos y ciudades que se extendían a nuestros pies, y se me antojó absurdo que aquellos edificios diminutos y minúsculas casitas pudieran albergar los problemas y miserias que tanto nos atormentan a los humanos.

—Nunca se me había ocurrido —tuve que admitir—. La verdad es que no suelo ir a la montaña.

—Mi abuelo siempre lo hacía, y practicó la escalada junto a su amigo Liam hasta poco antes de su muerte. Todavía no puedo creer que un hombre como él haya desaparecido para siempre.

Mis dedos acariciaron el mensaje descifrado que guardaba en mi bolsillo, pero preferí aguardar todavía unos minutos antes de desvelar su contenido, para que Yraya pudiese hablar sin la influencia que aquel conocimiento ejercería sobre ella.

—La muerte es algo terrible e imposible de entender —convine.

—El fallecimiento de mi abuelo tuvo lugar en circunstancias extrañas. —Arrancó una brizna de hierba y empezó a mordisquearla—. Todavía paso noches enteras sin dormir, pensando en ello.

Yo había evitado hasta entonces tocar el doloroso tema, pero resultaba obvio que ella deseaba abordarlo ahora.

—Si quieres —le dije—, puedes contarme cómo ocurrió.

Yraya pareció meditar durante unos instantes, como si evaluara hasta qué punto era yo merecedor de su confianza. Luego se lanzó con decisión a narrar el suceso:

—Mi abuelo tenía la costumbre de sacar a pasear a *Bardi* todas las tardes, y

volvía siempre antes del anochecer. Ese día salió igual que siempre, con la correa del perro en una mano y su bastón favorito en la otra. Pero esta vez no regresó... —La voz de Yraya adquirió un tono apagado que la hacía casi irreconocible—: Ya era noche cerrada cuando la abuela Teresa, inquieta por su tardanza, llamó a mis padres, y entre todos convinieron avisar a la policía y luego salir a buscarle. Fue una noche espantosa para todos, y la mañana tampoco fue mejor: no pudieron hallarlo hasta la tarde del día siguiente.

Hizo una pausa con la mirada perdida en el infinito, y sus ojos reflejaban toda la angustia vivida durante aquellas horas.

—Su cuerpo yacía sin vida en un barranco lejos de Las Palmas —prosiguió—. Lo descubrieron en los alrededores de Jinamar; al parecer, había perdido el equilibrio y había caído al vacío...

—¿Iba solo?

—*Bardi* estaba junto a él, y el pobre animal se encontraba en un estado lamentable, manchado de sangre y con varias heridas.

—¿Nadie vio el accidente?

—El perro es el único testigo de lo sucedido y, como es lógico, no puede hablar. El veterinario dictaminó que las heridas se las había producido otro perro, uno con el que *Bardi* se habría peleado. El informe policial también decía que probablemente *Bardi* tuvo que luchar contra algún animal vagabundo que intentaba acercarse al cuerpo inerte del abuelo. La versión oficial parece muy lógica: al pobre anciano le fallan las fuerzas, cae y se rompe el cuello... Su perro se queda protegiendo el cadáver y haciendo frente a otros perros...

—Parece una explicación razonable.

—Es una explicación razonable, pero no es lo que pasó. —Los ojos de Yraya brillaban de excitación—. Cualquiera que conozca al abuelo Antonio te dirá que estaba más ágil que mucha gente de 30 años. De joven fue marino y, como he dicho antes, alpinista aficionado; todavía realizaba largas excursiones a las montañas, montaba en bicicleta y salía a pescar en una barca de remos...

Pensé que había llegado el momento de entregarle a Yraya el fruto de mi trabajo de la noche anterior:

—Aquí hay algo que puede arrojar un poco de luz, o tal vez un poco de sombra al asunto. ¿Sabías que tu abuelo iba al encuentro de alguien?

Los ojos de Yraya se abrieron de par en par y su mano tembló ligeramente al sostener el papel.

—¡Lo has descifrado!

—Fue fácil —respondí sin exagerar.

Ella releyó varias veces el texto que yo ya conocía de memoria:

«Hoy es luna llena, y cuando el Oscuro acuda a la sima, yo subiré para encontrarme con él. Ojalá llegue antes de que sea demasiado tarde, porque el

tiempo se acaba y tengo que detener esto como sea».

—Las tildes, la puntuación y los espacios los he añadido por mi cuenta —tuve que aclarar—. También me he tomado la libertad de poner algunas mayúsculas, por ejemplo a la palabra *Oscuro*. ¿Tienes alguna idea de a quién se refiere tu abuelo con ese nombre?

Yraya tardó en responder: parecía hipnotizada por aquel sencillo pedazo de papel.

—Siempre he sospechado que a mi pobre abuelo le habían asesinado. Él siempre quiso resolver las cosas por sí mismo, sin ayuda, y eso le ha costado la vida: a Antonio lo han matado, de eso estoy segura.

—¡Por Dios, Yraya!

Se volvió hacia mí con brusquedad y me taladró con su mirada penetrante.

—Entiendo tu incredulidad, y sé lo absurdo que parece. ¿Quién querría matar a un pobre anciano solitario, un viejo que ni siquiera llevaba algo valioso encima?

—Quizá ese tal Oscuro.

—No sé quién puede ser, pero ha de ser malvado. Que yo recuerde, el abuelo utilizaba el apelativo *oscuro* para referirse al diablo.

—A mí todo esto me parece un mal sueño. Todo menos tú, Yraya.

—Me alegra que digas eso.

—Ahora ya sabes que no estás sola y que puedes contar conmigo para ayudarte...

El rostro de la muchacha se distendió y una leve sonrisa afloró a sus labios. Luego me dirigió una mirada cálida que me dejó turbado y confuso.

—No sabes cuánto agradezco que te hayas tomado la molestia de descifrar este último mensaje que mi abuelo había dejado anotado en su diario. Desde que te vi en la playa, supe que eras alguien muy especial...

Tuve que hacer un gran esfuerzo para ocultar la satisfacción que aquellas palabras me producían, y volví la cabeza para que no se notara el rubor que me abrasaba el rostro.

—Cuéntame más detalles del fallecimiento de tu abuelo —propuse para disimular—. A lo mejor entre los dos conseguimos aclarar lo que ocurrió en realidad.

—Aparte de este mensaje, hay varios elementos que me empujan a creer en el asesinato de mi abuelo.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, *Bardi*. Yo misma lo acompañé al veterinario después del accidente: el pobre animal estaba aterrorizado, lanzaba gemidos lastimeros y temblaba como un cachorrillo.

—Conozco a *Bardi* desde hace apenas dos días, y me cuesta imaginarlo.

—Pues para alguien que lo conoce desde que nació resulta inaceptable; yo misma lo he visto pelear incluso contra perros mayores que él, y nunca antes lo había visto tan asustado. Me pregunto contra qué tuvo que enfrentarse *Bardi*.

Permanecí callado un rato, sin saber qué contestar ante aquella singular pregunta.

—Sea lo que fuera, supongo que se trata del mismo enemigo que nos asustó en la playa la noche en que nos conocimos.

—Tienes razón: el Oscuro estaba allí aquella noche, en la playa de Las Canteras. Y nos vigilaba. Él mató a mi abuelo —sentenció Yraya en voz baja—. Y no me detendré hasta verle destruido.

Me quedé helado. Apenas podía creer lo que estaba oyendo, aunque había tal determinación en la mirada de Yraya que ni siquiera osé tratar de disuadirla. En vez de ello, me sorprendí a mí mismo preguntando:

—¿Por dónde empezamos?

—Pues por el principio... Tendré que ponerte al corriente de algunos asuntos de mi abuelo para que sepas lo mismo que yo, pues no quiero tener secretos contigo. Tú te dedicarás a descifrar otros párrafos del diario de mi abuelo, similares a éste.

—Eso podrás hacerlo tú misma. —Le entregué otro papel—. Aquí tienes la tabla de equivalencia del alfabeto que usaba tu abuelo. Faltan algunas letras como *F, K, Ñ, V, W, X, Z*, ausentes del texto que me diste. Pero te será fácil adivinarlas dentro del contexto de cada frase. Una vez descubiertas, las añades a la lista, y ya tendrás la clave completa para traducir todo el diario.

—Muy bien, pero eso será más tarde. Ahora prefiero seguir el consejo del abuelo y disfrutar de la vista de pájaro... Y de tu compañía. —Su rostro se iluminó con aquella sonrisa capaz de hacerme olvidar el mundo—. Te conozco desde hace muy poco tiempo, Carlos, pero algo en mi interior me dice que eres la persona en quien más puedo confiar.

Me pasó la mano por la frente para despejar el pelo que caía ante mis ojos, y yo enredé mis dedos en su melena oscura, tan suave y densa que al tacto semejaba un líquido misterioso. Recogí una de las flores pequeñas y muy bonitas que crecían por allí, parecidas a las margaritas pero de tonos que iban desde el blanco hasta el violeta y el carmesí. Con gesto torpe e inseguro se la ofrecí a Yraya, y ella sujetó mi mano tendida con suavidad.

—Son mayos —explicó en un susurro—. Se llaman flores de mayo^[2], y es raro verlas en estas fechas. Nunca florecen tan tarde.

—Lo habrán hecho para recibirnos —sugerí yo.

Yraya me miró con intensidad y se arrimó a mí hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del mío. Estaba tan cerca que incluso podía percibir el soplo tibio de su aliento que, mezclado con el aroma delicado y fresco de su cuerpo, inundaba mis pulmones. El hechizo intenso de sus ojos profundos me tenía atrapado en un desconcertante torbellino de sentimientos y emociones. Me había quedado sin habla, casi sin respiración, incluso pensé que el planeta entero había dejado de existir... Pero de pronto, un ladrido lejano se elevó desde el fondo del valle, y ese sonido quebrantó el hechizo que nos envolvía. A pesar de todo, fui incapaz de apartar la mirada de aquellos labios cuya atracción resultaba irresistible. Como si leyera mis pensamientos, Yraya acercó a esos mismos labios la flor de mayo que yo le había

entregado momentos antes, y la besó sin apartar sus ojos de los míos.

—Me gusta estar contigo —susurró.

Lo había expresado con naturalidad, como podía haber dicho: «Me gusta contemplar el atardecer desde lo alto de Bandama». Un atardecer, por cierto, que nos arropaba como un manto subyugante. El cielo se había teñido de una increíble paleta de tonos cálidos, y la luz del sol iba siendo reemplazada por una majestuosa Luna en cuarto menguante. Mi dicha hubiera sido completa de no ser porque el ladrido se repitió de nuevo, más cercano esta vez. Una brisa súbita agitó la melena oscura de Yraya, y sólo entonces nos dimos cuenta de lo tarde que era.

Casi había oscurecido.

Nos pusimos en marcha a toda prisa. Para colmo de males, a los pocos metros descubrí que la rueda delantera de mi bicicleta estaba pinchada. Por suerte llevábamos una bomba y pudimos inflarla de nuevo, pero la pérdida de aire nos obligaba a parar cada poco tiempo para volver a hincharla. La oscuridad caía rápidamente a nuestro alrededor, volviendo confusos los contornos de los montes cercanos. Sólo nos quedaba una Luna cuya luz espectral transformaba en fantasmagórico el paisaje circundante. Yraya conservaba un optimismo a toda prueba, pero no lograba contagiármelo a pesar de sus repetidos esfuerzos. Insistía en que ella conocía un atajo hasta su casa, una senda que, atravesando huertas y viñedos, nos permitiría llegar antes de la noche cerrada. Bajamos pues por los angostos senderos que mi guía conocía al dedillo mientras la luz, cada vez más escasa, nos obligaba a rodar despacio. No llevábamos luces en las bicis. Poco a poco empecé a notar cómo un sentimiento nefasto y destructivo pugnaba por adueñarse del control de mi mente: era el miedo, ese viejo conocido que me había acompañado desde siempre. De pronto, Yraya me ordenó parar.

Obedecí sin entender el motivo de su alarma y me dejé arrastrar hasta el interior de un curioso arbusto muy frondoso.

—De pequeña solía ocultarme en el interior de las vinagreras^[3] —susurró en mi oído—. Toma, prueba esto. Así sabrás porque se llaman así.

Mientras hablaba, Yraya había arrancado y triturado una de las hojas del arbusto y me la colocó entre los labios para que la probara: tenía un sabor muy ácido, pero apenas tuve tiempo de asimilar la experiencia. En ese momento, aparecieron unas sombras oscuras que se movían con rapidez entre las vides.

Eran perros.

Ya se distinguían con claridad las cabezas y los lomos de una jauría compuesta por varios sabuesos de diversas razas y tamaños, aunque todos poseían en común la misma actitud furtiva e idéntico gesto amenazador. Conteniendo el aliento, Yraya y yo permanecimos muy quietos: allí estaban los perros asesinos. El corazón me latía con fuerza, y un repentino sudor me empapaba toda la ropa. No pasaría mucho tiempo antes de que nuestros cuerpos tensos y sudorosos fuesen detectados por el fino oído y el olfato penetrante de los canes. Con seguridad acabarían descubriéndonos.

Había algo terrorífico en la forma de moverse de aquella manada: caminaban rápido y en silencio, con un sigilo que sugería una perversa determinación. Estaban ya a menos de 50 metros de nuestro precario escondite cuando me fijé en el líder, un enorme rottweiler negro como el carbón que capitaneaba el grupo. Al igual que los demás perros, galopaba agazapado y con las patas flexionadas, en un taimado ademán de rapiña. Todo en ese animal me recordaba a cierta hiena que había visto hacía tiempo en un documental de televisión: su cabeza pendía cerca del suelo, alerta, con el hocico husmeando el aire del crepúsculo y las orejas replegadas hacia atrás... Me atraganté con mi propia saliva y no pude evitar toser: el ruido hizo que el animal volviera la cabeza hacia nuestro refugio.

¡Nos habían descubierto!

CAPÍTULO 6

LA MORADA DE «CERBERO»

Durante una fracción de segundo, la mirada astuta de unos ojos lobunos se cruzó con la mía, y un escalofrío me hizo temblar de pies a cabeza. La manada pasó de largo y prosiguió su camino sin tan siquiera aflojar la marcha, pero yo seguía temblando, y es que había entendido el mudo mensaje de aquella mirada terrible: nos dejaban en paz por puro desprecio, porque éramos poca cosa y no merecíamos la pérdida de tiempo.

Tenían una misión que cumplir y cosas terribles que hacer.

Yraya temblaba apretujada contra mí. Al mirarla comprobé, a pesar de la escasa luz, que estaba tan asustada como yo mismo.

—Ese perro..., ese perro... —repetía con un hilo de voz.

—Sí, era horrible, pero ya se ha marchado. —La sacudí por los hombros para sacarla de su estupor—: Vamos, Yraya, los perros se han ido.

Ella me miró con ojos espantados.

—Lo he reconocido —dijo al fin—... A ese perro que capitanea la manada, lo conozco y sé dónde vive.

Abandonamos las tupidas ramas de la vinagrera y nos dirigimos hacia el lugar donde habían quedado tumbadas las bicicletas. Mientras Yraya recogía la suya, volví la mirada en la dirección tomada por los perros, no fuera a ser que hubieran cambiado de opinión y regresaran por nosotros. Aunque la manada había desaparecido, vi algo que me heló la sangre en las venas: desde lo alto de una colina de poca altura, un enorme perro negro nos contemplaba inmóvil.

Parecía el mismo rottweiler que lideraba la manada, pero había algo en su aspecto que me hizo dudar... Sentí una punzada de un terror familiar, el mismo espanto que ya había experimentado la otra noche en la playa, mientras *Bardi* permanecía rígido escrutando la oscuridad... El animal no se movía; parecía tallado en las mismísimas tinieblas de la noche. A pesar de la distancia, se adivinaba que era muy grande, y la mortecina claridad lunar acentuaba la impresión de que su pelo azabache era inusitadamente largo. No me atreví a decir nada, tal vez por miedo a asustar aún más a Yraya, o quizá por no sentirme capaz de describir lo que acababa de ver. Sin embargo, mientras pedaleábamos ladera abajo hacia Santa Brígida, el recuerdo de aquel perro permanecía fijo en mi mente, tan nítido y detallado como si aún estuviera ante mis ojos. Y de tanto repasar aquel pavoroso recuerdo llegué a una certeza que mi razón rechazaba por absurda y demencial... Tenía que ser una ilusión, pues el perro estaba demasiado lejos como para que mi impresión pudiera ser cierta, y supongo que Yraya me habría tomado por loco si llego a decirle que, además de poseer un siniestro destello rojizo en los ojos, el inquietante animal había sonreído.

Rodábamos ya por asfalto, y la reconfortante luz de las farolas había ahuyentado las tinieblas lejos de nosotros (aunque perduraban en nuestra memoria). Mientras circulábamos por las tranquilas y empinadas calles próximas a la vivienda de Yraya, ella pedaleaba manteniendo su bicicleta en paralelo con la mía y, todavía bajo los efectos de la impresión, hablaba del perrazo que capitaneaba la jauría:

—Se llama *Cerbero* —dijo—, y pertenece a Rafael Montesinos, un vecino nuestro.

Me costaba trabajo pedalear, ya que la rueda pinchada complicaba las cosas. Mi falta de entrenamiento pasaba factura; sentía las piernas flojas y vacilantes, aunque no sabía si a causa del agotamiento o del miedo que había tenido que soportar. Por mucho que me esforzaba, me resultaba imposible apartar de mi cabeza la visión de aquel solitario perro negro, por alguna razón mucho más terrorífico que toda esa manada que había pasado tan cerca de nosotros. Mi voz sonó falta de resuello cuando respondí:

—*Cerbero*, el guardián de los infiernos... La verdad es que no han podido escoger nombre más adecuado para ese condenado bicho... No sé cómo podéis convivir con semejante vecindario.

—*Cerbero* siempre ha sido un perro amable, incluso después de que el señor Montesinos lo llevase a que se lo adiestraran...

—¿Adiestrarlo?

—Sí, para la defensa y el ataque.

—¿Cuándo fue eso?

—A principios de año, y desde entonces *Cerbero* ha cambiado mucho, aunque sigue comportándose de manera bastante dócil y se deja acariciar...

—¿Crees que el entrenamiento habrá modificado su carácter?

—El abuelo ya decía que algunos perros están siendo adiestrados con fines perversos; es una de las cosas que quiero contarte luego. Pero lo de *Cerbero* apenas puedo creerlo... Además, que yo recuerde, siempre permanece atado y confinado en el jardín.

—Podemos ir a comprobarlo y salir de dudas. Si *Cerbero* es el mismo perro que acabamos de ver, entonces no puede estar en casa ahora mismo.

—¡Buena idea! —El semblante de Yraya se iluminó—. Eres muy listo, y estoy segura de que se te ocurrirán más ideas cuando te lo explique todo. Creo que formamos un equipo estupendo.

Como siempre, los elogios de Yraya me transportaron a un estado en el que no cabían ni el temor ni el agotamiento físico. Lo malo es que el efecto resultó ser de corta duración: el miedo fue el primero en regresar.

—Sería prudente pasar antes por tu casa para recoger a *Bardi* —aconsejé—. Me sentiría más seguro con su compañía.

—Eso es imposible, a menos que quieras asistir a una auténtica pelea de perros, a

la vieja usanza. De un tiempo a esta parte, *Cerbero* y *Bardi* se odian a muerte. Cuando eran cachorros se llevaban bien y solían jugar juntos... Pero ya te he dicho que la conducta de *Cerbero* se ha transformado desde que pasó por las manos del adiestrador. Desde entonces ya no se soportan.

—Cada vez me apetece menos conocer a ese chuchó. Bien mirado, lo podemos dejar para otro día...

—Ya es tarde para echarse atrás. Y no olvides que la idea ha sido tuya.

El chalet de Montesinos era casi contiguo al de Yraya, aunque situado en un nivel más bajo. Tras varias llamadas infructuosas al timbre de la entrada principal, rodeamos el jardín por la parte trasera y asomamos con prudencia nuestras cabezas por encima de la verja. El jardín, amplio y bien cuidado, aparecía tranquilo y silencioso. Había varios parterres de flores y un cobertizo de madera destinado a guardar aperos de jardinería, aunque no todos estaban recogidos: un rastrillo yacía tirado junto a una manguera de riego, cerca de la pared. Al fondo se divisaba una enorme caseta para perros.

No se percibía ninguna señal de vida, ya fuera humana o animal.

—Aquí no hay nadie —pensé en voz alta.

—Mi madre dijo el otro día que Montesinos tenía pensado viajar a Kenya para pasar las vacaciones. Es posible que se haya marchado ya.

Aquel silencio me ponía nervioso, y sentí deseos de largarme cuanto antes.

—No se puede haber marchado dejando las luces del jardín encendidas —razoné.

—Son luces automáticas, se encienden cuando oscurece.

—Pues si se ha ido a África, parece que el perro también se ha largado de safari —suspiré con alivio—. Y nosotros podemos marcharnos.

—Todavía no. Puede haberlo dejado en casa de algún familiar o en un centro especializado. Pero si Montesinos sigue aquí, entonces *Cerbero* es culpable.

—En cualquier caso, me parece que debemos irnos ya...

—Voy a entrar —anunció ella.

—¡No lo dirás en serio!

—Completamente en serio...

—¡Espera, que alguien se acerca!

Un curioso personaje acababa de doblar la esquina y se dirigía directo hacia nosotros. Tenía aspecto de turista nórdico e iba vestido de manera bastante estrafalaria, envuelto en una especie de gabardina de color oscuro muy poco apropiada para la suave temperatura de aquella tarde. La prenda le llegaba hasta los tobillos y apenas dejaba asomar unas botas negras cubiertas de polvo que se movían con rapidez. Llevaba las manos en los bolsillos, y su ancha cabeza desaparecía bajo un gorro de tela de un rojo chillón. Las grandes zancadas de su apresurado caminar desentonaban con la espalda encorvada y los hombros derrotados, como si cargase un

gran peso. Lo único visible de su rostro eran unos ojos de mirada intensa que mantenía obsesivamente clavados en el suelo, y había un detalle en aquellos ojos que, además de su desagradable fijeza, me produjo una rara sensación de *déjà-vu*, como si ya los hubiese visto antes en alguna parte. Pasó a nuestro lado sin prestarnos la menor atención, como si no existiéramos.

—¡Vaya tiparraco! —exclamé sin perder de vista al extraño personaje, hasta ver cómo desaparecía por otra bocacalle lateral.

—Sí que lo es.

Me volví hacia Yraya a tiempo de contemplar horrorizado cómo ella salvaba la verja mediante un ágil salto y avanzaba confiada en dirección a la ominosa caseta del perro.

—¡Vuelve! —grité—. ¡No seas loca!

—Tú espérame ahí quieto. —Me dedicó un gesto tranquilizador con la mano—. Si *Cerbero* estuviera aquí significaría que es inocente, mientras que si es culpable andará lejos. Además, a mí me conoce bien y no me haría ningún daño.

Me quedé quieto y con todos los músculos en tensión mientras la bonita figura de la muchacha avanzaba con paso seguro a través del jardín. Me pregunté qué podía hacer yo si el enorme perro surgía de las sombras y se abalanzaba sobre ella. ¿Reuniría el valor suficiente para acudir en su ayuda? ¿Y cómo actuar contra un rottweiler entrenado para matar personas? Dejé de pensar y salté también...

Mis talones se hundieron en aquel césped bien cuidado.

En lugar de ir derecho hacia la caseta me desvié para recoger el rastrillo. Armado de aquella guisa llegué junto a Yraya, que estaba agachada y examinaba un collar vacío sujeto al extremo de una recia cadena.

—Te dije que no entraras —me regañó al verme—. Como ves, *Cerbero* no está en casa.

—Y eso, de momento, parece inculparle. Oye, aquí huele mal...

—Como a carne o pescado podrido —Yraya arrugó la nariz—. Será algún resto de comida que *Cerbero* ha escondido en alguna parte...

—¡Por lo que más quieras! —supliqué—. ¡Salgamos de aquí antes de que nos encierren por allanamiento de morada!

CAPÍTULO 7

EL ATAQUE DE LA JAURÍA

Recuerdo que aquella noche tardé mucho en conciliar el sueño. Tenía los nervios a flor de piel y la mente atormentada por los acontecimientos de esa misma tarde. Por una parte, estaba el cúmulo de sensaciones mágicas que Yraya me había permitido experimentar en lo alto de Bandama: el roce tibio y suave de su piel, el tacto denso de su espesa melena o el ofrecimiento generoso de sus labios... Y también aquel misterioso brillo de deseo alojado en el fondo de sus pupilas, un destello de por sí capaz de quitarme el sueño. Por otra parte, me sentía incapaz de espantar los negros espectros que pugnaban por dominar mis pesadillas: formas oscuras que avanzaban a cuatro patas, las fauces entreabiertas, rastreando la oscuridad con unos ojos que relucían como ascuas.

El hecho de que Yraya hubiese decidido quedarse a pasar la noche en Santa Brígida acrecentaba mi angustia, pues no podía dejar de pensar que ella estaría durmiendo a pocos metros de la caseta del perro diabólico. Y cuando intentaba apartar aquel sombrío pensamiento, me asaltaban otros peores.

No pude pegar ojo hasta la llegada de los primeros resplandores del alba. Incluso entonces, con la luz anaranjada del amanecer aclarando las sombras a mi alrededor, cierta imagen surgía una y otra vez en mi recuerdo, y entonces el terror volvía a instalarse en lo más profundo de mi ser. Porque esa imagen era la de un perro negro, grande y lanudo.

Un perro que sonreía como un ser humano.

Me pareció haber cerrado apenas los ojos cuando mi padre me despertó: llevaba el teléfono en una mano y una sonrisa maliciosa en los labios.

—Toma, es para ti. —Me guiñó un ojo.

Nada más apoyar el auricular en mi oído escuché la voz de Yraya:

—¿Has oído las noticias? —preguntó con voz alarmada.

—No, aún estoy en la cama... ¿Qué hora es?

—Poco más de las ocho. Siento despertarte tan temprano, pero tengo una mala noticia: esta noche los perros han asaltado una pequeña granja y se han cebado con personas y animales.

Me incorporé en la cama y abrí los ojos.

—¿Ha habido muertos? —En realidad prefería no conocer la respuesta.

—Nada menos que cinco personas: tres adultos y dos niños. Todos de la misma familia. Además, hay cadáveres de reses y animales de corral desperdigados por toda

la finca. Una carnicería.

—¡Dios mío! —Al imaginar la escena sentí náuseas—. A eso iban... Nosotros nos libramos por los pelos.

—Dicen que van a organizar una batida por los montes próximos. Pero tú y yo sabemos que no servirá de nada.

Pensé en el agobiado David Ramiro y le di la razón:

—Supongo que no. Como mucho, pillarán algún pobre perro vagabundo e inocente.

—Ya he podido confirmar que *Cerbero* es el perro que dirigía esa manada... ¡Y no te vas a creer el resto de cosas que he descubierto!

Sin soltar el teléfono, me puse en pie y sacudí la cabeza para despejarla un poco más. Todo aquello me hacía sentir atrapado en una pesadilla de la que tal vez no había despertado aún.

—Veo que has estado investigando sin mí —me quejé, algo dolido—. Ahora entiendo tu empeño por quedarte en Santa Brígida.

—Era muy fácil: ya sabes que desde la ventana de mi cuarto se divisa gran parte de la parcela de Montesinos —prosiguió Yraya, pasando por alto mi desaprobación—. Cuando mi madre me confirmó que aún no se había marchado a Kenya, decidí apostarme allí para espiar los movimientos de esa casa. *Cerbero* apareció tarde. Venía solo y caminaba con cautela, pegado a las vallas de los jardines para pasar inadvertido. En cuanto saltó la verja de su jardín, yo bajé corriendo para observarlo de cerca.

—¡Eso ha sido una imprudencia! —le reproché.

—Tenía que ver lo que hacía, y he descubierto algo que te resultará muy difícil de aceptar. Pero te aseguro que todo es verdad, Carlos. ¡Debes creerme!

Cerré los ojos e imaginé al perro comportándose con una astucia propia de un ser humano. Parecía imposible. Había algo muy extraño en todo este asunto.

—En un momento llegué junto a esa verja que ya conoces —continuó Yraya—, y me asomé para ver lo que ocurría.

—¡Estás loca de remate!

—Por suerte, llegué a tiempo de sorprender a *Cerbero* haciendo algo todavía más increíble que todo lo anterior: ¡él mismo se puso el collar!

—¡Por Dios, Yraya! ¡No esperarás que me crea eso!

—En tu lugar, tampoco lo creería; pero yo lo he visto con mis propios ojos. Al principio se le notaba inquieto, y estuvo un buen rato olisqueando los alrededores. Supongo que detectó los rastros de olor que dejamos durante nuestro asalto al jardín.

Las últimas palabras de Yraya me pusieron la carne de gallina.

—Sabe que estuvimos allí...

—Supongo que ahora sí lo sabe... Luego se afanó un buen rato en el collar, ayudándose con las patas delanteras y arrastrando el hocico hasta que al fin consiguió introducirlo dentro y luego pasar toda la cabeza.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Lo vi todo muy claro. Recuerda que el jardín de Montesinos tiene un sistema de iluminación automática que se enciende al caer la noche, y gracias a esa luz pude apreciar detalles tan horribles como las manchas de sangre que tenía en el hocico, y que se estuvo relamiendo hasta limpiarse. Entonces me pareció que ya había visto bastante y volví corriendo a casa para meterme en la cama. Como supondrás, no he podido pegar ojo en toda la noche...

Me esforcé por visualizar la escena, pero mi imaginación se negaba a representar algo tan disparatado.

—Si de verdad *Cerbero* es tan hábil —intenté razonar—, por fuerza tiene que habérselo enseñado alguien. Eso de quitarse y ponerse el collar... Si fuera un mono, aún lo podría aceptar. Pero un perro...

—Bueno, no olvidemos que es un perro bien adiestrado.

—¿Y tú crees que se puede adiestrar un perro para que haga esas cosas?

—No tengo ni idea... Hay otra explicación, pero ésa es aún menos creíble...

—¿Cuál?

—Existe una antigua leyenda canaria acerca de ciertos perros... Pero no. Dejemos los mitos y volvamos a la hipótesis lógica: el adiestrador.

—¿Sabes quién es?

—No, tampoco lo sé.

—¿Te das cuenta? No sabemos nada. Hubiera sido interesante hablar con él y preguntarle...

—¿Y qué vamos a preguntarle? No podemos presentarnos por las buenas en un criadero de perros y consultar si allí enseñan a los chuchos a quitarse y ponerse el collar...

—Pero supongo que algo se podría averiguar hablando con ellos. Tienen que ser muy buenos, tal vez los mejores en su especialidad.

—Una cosa sí está clara: el propio dueño nunca les habría pedido que le enseñaran tal cosa. ¿De qué serviría atarlo entonces? Sería como el famoso perro atado con longanizas del refrán.

Una idea siniestra cruzó mi mente como un relámpago: el adiestrador había enseñado al perro los trucos necesarios para que pudiera escapar cuando él se lo ordenase, lo cual le permitía controlar al animal a espaldas del dueño. Me pareció tan descabellado que propuse otra explicación:

—Es posible que Montesinos quiera hacer creer a sus vecinos que el perro está siempre atado —sugerí—. Eso significaría... Significaría que tu vecino y otros dueños de perros se han puesto de acuerdo y han entrenado a sus animales para matar personas y cometer atentados. Tal vez estemos asistiendo al inicio de una conspiración, una nueva modalidad de terrorismo: perros asesinos para sembrar el pánico entre la población.

—¿Y con qué finalidad harían algo semejante? Si mi abuelo viviera, seguro que

nos lo podría aclarar todo...

—¿Has descifrado más cosas de su diario?

—Ya llevo varias páginas. La verdad es que ha resultado fácil, ahora que tengo tu clave. Lo malo es que mi abuelo tampoco tuvo tiempo de resolverlo todo; a menudo se refiere a cierto libro escrito por un antiguo marino francés que, según parece, contiene todas las respuestas al misterio de los tib... los perros. Pero también dice que ese libro está encriptado con una clave antigua imposible de descifrar...

Al oír esto, noté que me invadía cierto cosquilleo familiar, y una curiosidad incontenible se apoderó de mí. Siempre me resultaba difícil resistir el reto de atacar un nuevo texto cifrado, especialmente si las palabras *antiguo* e *indescifrable* venían asociadas a dicho texto.

—Sería interesante echarle un vistazo —dije—. Supongo que ahí encontraremos más respuestas... ¿Tienes el libro?

—No, pero sé dónde está. Y no he terminado de contarte: hay algo más...

—¿Más?

—Quizá no tenga importancia, pero he vuelto a ver al extranjero del otro día. Ya sabes, ese que tenía una pinta tan rara.

—¿Crees que pueda estar relacionado con este asunto de los perros?

—No tengo ni la menor idea. Supongo que no es más que un *guiri* que vive por aquí y que sale a pasear por la zona, pero estaré atenta por si le vuelvo a pillar merodeando cerca de mi casa. Te propongo...

Mi madre interrumpió la charla, conminándome a desayunar de una vez. La ignoré.

—Te propongo —repitió Yraya a través del auricular—, que continuemos lo que mi abuelo estaba investigando por su cuenta. Podemos empezar por visitar a mi vecino esta misma mañana. Como ya te dije, todavía estamos a tiempo, puesto que no se ha marchado de vacaciones.

—También has dicho que tu abuelo murió a causa de sus investigaciones —reflexioné—. No debemos jugar a policías y acabar igual que él.

—No creo que corramos peligro de muerte por visitar a Rafael. Será una visita entre vecinos, sin hacer ni decir nada que pueda mosquearle. Y que conste que no creo que él tenga nada que ver en la muerte de mi abuelo...

La idea de acercarme al perro que capitaneaba la jauría asesina se me hacía insoportable; más aún sabiendo que era capaz de desatarse a voluntad.

—Si quieres que te sea sincero, no me apetece nada esa visita.

—Es un simple trámite que nos podemos sacudir en un momento. Después te propongo algo menos peligroso y mucho más divertido: nos vamos a pasar el resto del día en el sur de la isla. ¿Te apetece?

—¿Al sur?

—Allí vive Liam.

Aquella nueva idea tampoco me entusiasmaba demasiado, y busqué un pretexto

rápido para excusarme:

—Lo malo es que mi familia está haciendo preparativos para que pasemos el día en un sitio que se llama Tejeda; mi padre lo tiene fichado como observatorio ideal para ver el eclipse. Así que no creo que pueda ir...

Pero Yraya era una persona de recursos, y no se dejó convencer con facilidad.

—Diles que prescindan hoy de ti. Además, yo puedo llevarte a visitar Tejeda cualquier otro día. —La voz de Yraya adoptó ese tono suave y persuasivo que yo apenas podía resistir—. En el sur lo pasaremos muy bien; comeremos a solas y te enseñaré algunos detalles de la zona de Puerto de Mogán que casi nadie conoce... Luego, al final de la tarde, volveremos aprovechando el frescor del crepúsculo. Estaremos todo el día juntos... Además, podremos tachar de la lista dos tareas pendientes: visitar a Montesinos y charlar con Liam.

—No sé qué decir...

—Antes me ha parecido entender que te gustaría echar un vistazo al libro del marino francés...

—La verdad es que daría cualquier cosa por intentar descifrarlo.

—Entonces no te queda más remedio que aceptar la visita a Liam: él tiene el libro.

La propuesta sonaba tentadora; con un poco de suerte, la visita al irlandés duraría poco y nos prestaría el libro. Además, yo podría disfrutar de todo un día junto a Yraya. No parecía razonable rechazar semejante oportunidad.

—Acepto —dije al fin.

—No te arrepentirás —prometió antes de colgar.

Pero mi entusiasmo duró poco: nada más soltar el teléfono, el pensamiento de aquellas personas muertas por los perros me dejó sumido en un profundo estado de melancolía. Mi padre debió de fijarse en mi cara de preocupación, porque se acercó intrigado:

—¿Malas noticias? —preguntó.

—No tan malas —mentí—. Por cierto, ¿sabes algo de tu amigo David?

—Me llamó por teléfono y me aseguró que nos haría una visita en cualquier momento, en cuanto le dejen un respiro.

—El pobre debe de andar de cabeza por culpa de esos perros. Hacía mucho que no os veáis, ¿verdad?

—Pues sí. Han pasado muchos años desde que David y yo nos habíamos distanciado. Tantos que seguramente tú no puedes acordarte.

—La verdad es que sí tengo un vago recuerdo. ¿Por qué ese distanciamiento?

—No lo sé, son cosas que pasan. A lo largo de la vida las amistades aparecen y se esfuman. Y una vez que se han ido, nunca suelen regresar...

—Pero David ha regresado.

—Así es, y eso me alegra. Pero le he notado muy cambiado. Claro, que yo tampoco soy el mismo. El tiempo nos transforma poco a poco, y el David que yo

recuerdo no era ni muy serio ni muy trabajador; más bien algo informal y anárquico en sus costumbres, capaz de entusiasmarse hasta la obsesión por algunos temas o de olvidarse completamente de otros. También era un gran exhibicionista a quien le encantaba desconcertarnos con sus teatrales demostraciones.

—Yo no lo recuerdo así.

—Es natural, eras muy pequeño. Resulta que David tenía unos gustos muy peculiares.

—Incluso para la comida —terció mi madre.

—Y aparte de la astronomía era muy aficionado a las ciencias ocultas, una pasión que nunca llegó a contagiarme. Para que te hagas una idea de su personalidad, te contaré que una vez me invitó a su casa para asistir a lo que él denominaba un «experimento de telequinesia». Decía que había aprendido un método infalible para mover objetos a distancia, sin tocarlos. Reconozco que consiguió intrigarme un poco, así que me presté a participar y acudí a su apartamento. Nunca olvidaré la cuidada puesta en escena, típica de David: sustituyó el brillo de las bombillas eléctricas por el vacilante resplandor de dos lamparillas de aceite —lucernas de origen romano, según dijo—; luego me hizo sentar frente a una mesita baja sobre la cual colocó un enorme cenicero de alabastro. Ése era el objeto que habría de moverse bajo el poder de nuestras mentes. Luego me explicó cómo tenía que dirigir mis pensamientos para que el prodigio tuviera lugar.

—¿Y qué ocurrió?

—Pasamos muchas horas con la vista fija en aquel feísimo trozo de piedra con forma de cenicero. Recuerdo haber perdido incluso la noción del tiempo y del espacio, hasta el punto de preguntarme qué diablos pintaba yo en aquel lugar oscuro...

—Y naturalmente no pasó nada.

—¡Oh, sí! Cuando se produjo el movimiento, me llevé un susto terrible, sólo que no fue el maldito cenicero el que se desplazó, sino la pantalla de una lámpara de pie, que se desprendió con gran estrépito. Pero no creas que David lo consideró un fracaso. Se limitó a echarme a mí las culpas, diciendo que yo había desviado la energía en una dirección equivocada. Así es mi viejo amigo, siempre empeñado en asombrarme con sus demostraciones a pesar de que casi nunca tenían éxito.

CAPÍTULO 8

LUNA LLENA

Era muy temprano cuando llegué a Santa Brígida y enseguida apareció Yraya, que aguardaba impaciente mi llegada. Vestía una sencilla blusa ajustada y una falda corta que dejaba al desnudo sus morenas y bien moldeadas piernas. Noté que mi pulso se aceleraba al contemplar los movimientos elásticos de su joven cuerpo mientras se apresuraba hacia mí, bajando con agilidad las escalinatas del jardín. Cuando se detuvo a mi lado, el sol de la mañana iluminaba de lleno su rostro radiante.

—Me alegro muchísimo de que hayas aceptado mi propuesta —anunció con una amplia sonrisa.

Luego me pasó una mano por detrás del cuello y me atrajo hacia ella. Su beso prolongado mantuvo unidas nuestras mejillas durante un delicioso momento, y el brillo de entusiasmo que despedían sus bonitos ojos se me antojó recompensa más que suficiente (a cambio del mal trago que tendría que soportar en proximidad de *Cerbero* y su dueño). *Bardi* también demostró alegría al verme, aunque lo expresó a su manera, obsequiándome con el consabido lametazo. Nos sentamos en un banco del jardín, a la sombra de un árbol frondoso.

—Tenemos tiempo para charlar un poco —me tranquilizó Yraya—. Le he dicho a Rafael Montesinos que iríamos dentro de media hora. También le he dicho que eras un amigo muy interesado en la raza rottweiler.

—¡Pero si no sé nada de perros! Durante toda mi vida he tenido miedo de ellos, y lo único que me ha importado ha sido su tamaño. Para mí es igual un cachorrito de dobermann que un chihuahua adulto, siempre que abulten lo mismo...

—¡Te estás quedando conmigo!

—Te digo que me descubrirá enseguida. Notará que me muero de miedo en cuanto me acerque a menos de 20 metros de su *Cerbero*.

—Pues es lo único que se me ha ocurrido para justificar nuestro repentino interés por el perro. No te preocupes, Rafael tampoco debe de ser muy entendido. Además, yo sé que tú eres muy valiente, Carlos. Lo has demostrado con *Bardi*, y también en Bandama, cuando estuvimos tan cerca del peligro.

—Bueno... yo...

Yraya se echó a reír.

—Vencer el miedo tiene más mérito que no sentirlo. En eso consiste el auténtico valor.

—¿Eso también lo decía tu abuelo?

—Lo leí en una novela de aventuras africanas.

A mí también me sonaba haber leído una frase parecida en alguna parte, pero no

estaba tan seguro de que fuese cierto. El caso es que los halagos de Yraya tuvieron la virtud de hacerme sentir mejor de lo que nunca me había sentido hasta entonces y, al menos por unos instantes, me creí capaz de realizar cualquier proeza que se me pusiera por delante.

—Y hablando del abuelo —añadió Yraya—, me parece que ha llegado el momento de que te enseñe algunas cosas...

Me tendió una bolsa de plástico transparente. En su interior había una carpeta llena de papeles y un mapa bien doblado.

—¿Qué es? —pregunté.

—Aparte del diario, encontré todo esto en un cajón de su escritorio. Me ha parecido interesante, especialmente el mapa...

Extendí la mano para inspeccionar de cerca la carpeta, pero Yraya retuvo la bolsa.

—Espera —dijo—. Antes de que veas lo que hay dibujado en este mapa, quiero comentar algo contigo... ¿Recuerdas el contenido del fragmento del diario que descifraste?

—¡Claro! Después del rato que tuve que dedicarle, casi lo podría recitar de memoria. A ver, creo que empezaba así: «Hoy es luna llena, y cuando el Oscuro acuda a la sima, yo subiré para encontrarme con él...».

—«Ojalá llegue antes de que sea demasiado tarde —completó Yraya—, porque el tiempo se acaba y tengo que detener esto como sea».

—¡Muy bien! —celebré riendo—. Entre tú y yo hacemos una memoria completa.

—Parece seguro que el pobre Antonio quiso subir a cierto lugar para encontrarse con el Oscuro.

Me sorprendía que Yraya a menudo se refiriese a su abuelo por su nombre de pila.

—Eso ya lo dedujimos en Bandama —respondí.

—Sí, pero ¿dónde está ese lugar? Desde el primer momento me pareció muy importante localizar el punto preciso de la última cita de Antonio. Me refiero a eso que él llamaba «la sima».

—Será el barranco donde le encontraron.

—Eso mismo pensaba yo, pero un barranco y una sima no son necesariamente lo mismo. A mi abuelo le gustaba hablar con mucha propiedad, y a un barranco lo llamaría barranco. El diccionario dice que una sima es «una cavidad grande y muy profunda en la tierra».

—¿Había algún agujero profundo en el lugar donde encontraron a tu abuelo?

—Estuve allí al día siguiente del accidente, porque quería ver si encontraba algún objeto personal de mi abuelo, y puedo asegurarte que el barranco en que fue hallado su cuerpo es una especie de amplia quebrada de más de un kilómetro de largo. Yo no lo llamaría sima.

—A veces la gente mayor utiliza nombres que parecen inadecuados para referirse a ciertos sitios. Tal vez hace muchos años había por allí un pozo o sima que dio

nombre al lugar. Luego pudo ser taponado por algún motivo, pero tu abuelo recordaba el antiguo nombre.

—Es probable, pero también puede ser que a mi abuelo lo mataran en otra parte y luego arrojaran su cuerpo a ese barranco. Tenemos que ir allí para echar un vistazo. También podemos preguntar a los ancianos de la zona si recuerdan alguna sima.

—No quisiera desanimarte pero, aun suponiendo que encontrásemos el lugar donde tu abuelo tuvo su último encuentro, lo más probable es que ya no quede nada que nos pueda servir.

—Tienes razón. Ya sé que han pasado muchos días, pero repito lo de siempre: ¿perdemos algo por intentarlo?

—Si tú lo crees indispensable...

—Lo creo. Toma, aquí tienes el mapa. Es un mapa corriente de la isla de Gran Canaria, de esos que se venden a miles por todas partes. Lo importante es lo que hay dibujado encima... Fíjate bien.

Asentí con la cabeza mientras ella desplegaba el mapa sobre el banco y señalaba con el dedo varios círculos, unidos entre sí por líneas rectas, que alguien había garabateado de forma apresurada. Al principio me parecieron líneas sin sentido, pero al cabo de unos segundos empecé a intuir algo que me dejó asombrado. Yraya me observaba con mucha atención, y sonrió satisfecha cuando comprobó el efecto que aquello me producía.

—Sí, esos círculos coinciden con los lugares donde ha habido ataques de perros —dijo—. Lo he comprobado.

—¿Y dices que los dibujó tu abuelo?

—Eso es lo asombroso. Como ves, figuran todos los que se han producido hasta ahora. Y hay dos más, cuyos ataques no han ocurrido todavía. Parece imposible, pero algunos de esos ataques son posteriores al fallecimiento de mi abuelo.

—Eso quiere decir que tu abuelo...

—... sabía de antemano dónde iban a producirse. Estoy convencida de que también conocía otras cosas: por eso le asesinaron. Ahora tú y yo vamos a retomar la investigación en el punto en que mi abuelo la dejó.

—Y también nos matarán...

—A nosotros no... —Pareció dudar—. No si sabemos ocultar lo que estamos haciendo. Tenemos que ser muy discretos.

—Ya.

—Volviendo al mapa, creo que la clave de los ataques está en la disposición de los puntos. Mi abuelo los unió entre sí con líneas, y de alguna manera eso le permitió predecir los que faltaban. Ahora sólo quedan dos puntos libres, y supongo que será allí donde tendrán lugar los próximos ataques de los perros. Confieso que no entiendo el diseño; he pasado muchas horas con la vista clavada en estas marcas y aún no he podido descubrir su significado...

Miré detenidamente los trazos y confesé mi perplejidad:

—Deben de tener alguna lógica, pero yo tampoco la veo clara. Las líneas forman una figura que me resulta familiar, aunque no consigo recordar lo que es.

—Bueno, pues ya estás más avanzado que yo. Toma, llévate el mapa por si ese recuerdo te volviera a la memoria. Sabemos que quedan dos puntos libres de ataque, pero no cuál de ellos será el próximo. Verás que uno de esos puntos, el más grueso, está situado cerca del lugar en el que fue encontrado muerto mi abuelo. Es otra de las razones por las que quiero que vayamos allí.

Sin mucha convicción, doblé el mapa y lo guardé de nuevo en la bolsa.

—Y la luna —murmuró pensativa Yraya.

—¿La luna? ¿Qué tiene que ver la Luna en todo esto?

—Los antiguos habitantes de las islas adoraban al Sol y a la Luna, y por algo la nombra mi abuelo en su mensaje secreto. Luna llena. ¿Sabías que los ataques de perros coinciden siempre con las fases de la Luna?

—No puedo creerlo. Será una coincidencia.

—Hasta ahora siempre ha sido así; mi abuelo murió una noche de luna llena, y tuvo lugar un ataque. A partir de ahí, me vino la idea de comprobarlo y todos concuerdan: cada siete días.

Me quedé descolocado por completo. Aquella historia adquiriría por momentos un añejo y disparatado regusto a novela de hombres-lobo.

—¿Cómo es posible que nadie se haya dado cuenta de esa coincidencia? —Fue lo único que acerté a cuestionar.

—Si alguien lo ha pensado, no le habrá concedido mucha importancia. De hecho podría ser, como tú dices, una simple coincidencia.

—Pero tú prefieres creer que aquí hay algo parecido a una planificación.

—De eso estoy segura. Una planificación tenebrosa que tú y yo vamos a desbaratar. Tú y yo, con un poco de ayuda de Liam.

—¿Liam?

—Iremos a verle en cuanto acabe nuestro compromiso social con el vecindario, ¿es que no te acuerdas?

Ya lo creo que me acordaba de ese Liam, pero sobre todo de las palabras de rechazo de la abuela, palabras que Yraya parecía haber olvidado por completo.

CAPÍTULO 9

EL AMO DE LA BESTIA

Rafael Montesinos era un hombre pequeño, de movimientos apresurados y nerviosos, y nos recibió con una sonrisa amable aunque quizá algo afectada. Su cuerpo rechoncho iba enfundado en un holgado chándal de algodón color gris.

Aparentaba una edad que debía de rondar los cincuenta y tantos, y llevaba su pelo canoso bien estirado hacia delante para disimular una calva que ya dominaba gran parte de su cráneo ahuevado.

—Me alegra que Yraya tenga amigos como tú —manifestó al saludarme—. Me gusta hablar con personas inteligentes que se interesan por los buenos perros. *Cerbero* es un ejemplar excepcional, de pura casta. No verás a muchos como él, te lo aseguro.

Rodeamos la vivienda recorriendo ese jardín que yo ya conocía. A medida que nos aproximábamos a la caseta del rottweiler, noté cómo se me aceleraban el pulso y la respiración. Sentí deseos de volver atrás, incluso de echar a correr, pero ya era demasiado tarde. Además, Yraya venía pisándome los talones y me impedía retroceder. Deseé con todas mis fuerzas que el perro estuviese atado, aunque ya sabía que eso no representaba ninguna garantía.

Cerbero descansaba tendido a la puerta de su caseta y lo reconocí al instante: era él, el jefe de la jauría. Visto de cerca no parecía un rottweiler; resultaba enorme, bastante más alto que *Bardi*, aunque quizá menos corpulento. Al aproximarnos se alzó sobre sus fuertes patas y permaneció inmóvil, con la mirada de sus ojos astutos clavada en nosotros. Sentí que se me erizaban los pelillos del cogote. Hubiese preferido cualquier feroz exhibición de ladridos y gruñidos en vez de aquella siniestra pasividad. Pero *Cerbero* se mantenía absolutamente silencioso. Silencioso y quieto.

—Tranquilo, chico. —La voz de Montesinos cobró un timbre apaciguador—: Es nuestra vecina Yraya, ya la conoces. Ese otro también es amigo, ¿entiendes? Amiiiiigo.

Sin dejar de observarnos con intensidad, el perro se tumbó permitiendo que su dueño le acariciase despacio la cabeza.

—Ahora ya puedes acercarte sin temor, muchacho. De no estar yo aquí, *Cerbero* habría saltado a tu garganta y ahora estarías haciendo gárgaras con tu propia sangre...

Rafael acompañó sus desagradables palabras con una carcajada estrepitosa y tan fuera de lugar como el propio comentario.

—Un perro bien entrenado es un arma perfecta —prosiguió locuaz—, y puede ser tan mortífero como un rifle de precisión, pero dotado de entendimiento. Al contrario que un arma de fuego, *Cerbero* jamás mataría a su propio dueño.

Asentí sin mucha convicción y respiré hondo; mis pulmones se llenaron de la pestilencia que ya nos había sorprendido el día anterior, durante nuestra visita clandestina. Se me encogió el estómago.

—*Cerbero* tiene el pelo muy largo y espeso para un rottweiler —observó entonces Yraya.

Rafael Montesinos pareció incómodo y trató de justificarse.

—En realidad es un rasgo poco frecuente, una de esas rarezas que aumentan el valor de ciertos ejemplares —puntualizó con vehemencia.

—Está claro —asintió Yraya, poco convencida.

—Ven, acércate y no temas —el hombrecillo se dirigía nuevamente a mí—: Está muy bien entrenado y soy yo quien controla la situación.

Con gran esfuerzo, logré dar un paso hacia la bestia, pero noté que mis fuerzas flaqueaban y no pude continuar. Montesinos sonrió satisfecho, aunque su sonrisa se asemejaba a una mueca forzada, como si el obvio placer que mi malestar le provocaba estuviese contrarrestado por otro sentimiento de signo opuesto. También había algo extraño en su manera de acariciar al animal, y hasta me pareció detectar cierto nerviosismo en las miradas cautelosas que de reojo dedicaba a su sabueso. Por más que alardeara de ejercer un perfecto control sobre el animal, tuve la certeza de que Montesinos tenía miedo de su propio perro. Sin perderlo de vista por el rabillo del ojo, Rafael se apartó de la caseta.

—Ya lo veis —repitió su poco creíble sonrisa—. Más manso que un cachorrillo. Viéndolo así, a nadie se le ocurriría imaginar de lo que es capaz. Y es que un perro tiene que tener muy claro quién es el jefe. *Cerbero* entiende un vocabulario de hasta 12 palabras clave, que son órdenes precisas de control. Como es natural, no puedo pronunciarlas ahora: bastaría una de esas palabras para que *Cerbero* hiciese pedazos a cualquier intruso que tuviese la osadía de acercarse... ¿De verdad no te apetece acariciarlo?

Decliné la oferta mientras Yraya me observaba, divertida.

—Reconozco que su perro impone, señor Montesinos, por eso prefiero admirarlo de lejos. Pero confieso que me gustaría conocer el nombre y la dirección de su adiestrador. Mi padre tiene la intención de comprar uno de éstos para que vigile nuestra finca, y quisiera poder recomendárselo.

Montesinos se puso serio y sacudió la cabeza.

—Cualquier entendido te dirá que no es bueno pregonar a los cuatro vientos el nombre del adiestrador de tu perro... —Hizo una pausa para rascarse la calva—. Pero tú vienes recomendado por Yraya y, naturalmente, ésa es la mejor garantía que se me puede ofrecer. La verdad es que no sé mucho de ese tipo... Ofrece sus servicios a través de Internet, y así es como entré en contacto con él.

—¿Confió su perro a alguien que conoció a través de la Red?

—¿Y por qué no? También de esa forma he comprado libros, y hasta un disco duro para mi ordenador. Mucha gente lo hace, y nunca he tenido ningún problema —

Montesinos giró sobre sus talones y se puso en marcha hacia la puerta del chalet—. Vayamos a casa y buscaré la dirección para que se la lleves a tu padre. Entretanto... ¿os apetece tomar algo?

Mientras nos alejábamos hacia la entrada principal, Yraya se me acercó con disimulo.

—Está claro que *Cerbero* no considera a Rafael como su jefe —susurró en mi oído.

—¿Crees que le han enseñado a obedecer a otro amo?

—Estoy segura. A menos que ese perro se crea el único y verdadero jefe de todos los humanos.

Me volví para echar un último vistazo al can, y me sobresaltó sorprenderle espiándonos también. Había tensado la cadena al máximo para no perdernos de vista, y nos observaba de manera furtiva, con la cabeza ladeada y las fauces ligeramente entreabiertas. Cuando nuestras miradas se cruzaron, *Cerbero* replegó fugazmente los belfos y el gesto bastó para que, a pesar de la agradable temperatura reinante, un escalofrío me hiciera temblar de arriba abajo; durante el escaso segundo que había durado la mueca perruna, había revivido aquella visión de Bandama, cuando desde un cerro próximo el solitario perro negro nos vigilaba envuelto en las sombras del crepúsculo.

CAPÍTULO 10

LA LEYENDA DE LOS «TIBICENAS»

La brisa marina irrumpía con fuerza a través de las ventanillas y alborotaba los cabellos de Yraya, formando cambiantes torbellinos oscuros en torno a su rostro suave. La *guagua*, que es como los canarios llaman a los autobuses, nos transportaba a gran velocidad hacia el sur de la isla de Gran Canaria.

—Llegaremos a Puerto de Mogán en poco más de media hora —anunció mi alegre compañera de viaje—. Luego nos queda una pequeña caminata hasta el refugio de Liam.

Yo me sentía incapaz de abandonar el talante sombrío que se había adueñado de mí durante la visita a Montesinos.

—El perro fingía —susurré por lo bajo—. Supongo que te habrás dado cuenta de que se burla de nosotros.

—Sí —convino Yraya—. He notado que nos vigilaba con tanto interés como nosotros a él. *Cerbero* ha cambiado: parece otro perro.

A pesar del estruendo que reinaba en el interior de la *guagua*, me sorprendió que Yraya y yo hablásemos en voz baja, quizá poseídos por el absurdo temor de que *Cerbero* aún pudiera oírnos y entender nuestras palabras.

—Y huele fatal —añadí.

Ella se encogió de hombros.

—Quizá esté enfermo.

—Enfermo o sano, nunca había visto a un animal comportarse de un modo tan sibilino. Bueno, salvo un macaco del zoo, un mono astuto que sujetaba con disimulo la cola de otro más pequeño para que éste no pudiera alcanzar la comida.

—Todo en *Cerbero* es engaño; ni siquiera su parecido con un perro de raza es real...

—¿Piensas que ese adiestrador ha podido darle el cambiazo? A lo mejor se trata en realidad de un perro diferente.

—Aunque por fuera parezca el mismo, ya no estoy segura —reconoció Yraya tras una pausa—. Conozco a ese animal desde que era un cachorrillo, un peluche juguetero que retozaba con *Bardi* en la hierba del jardín... Me tiene desconcertada por completo.

—Tal vez le han implantado un microchip en el cerebro y lo controlan con un mando a distancia.

—Me parece que has visto demasiadas películas de ciencia-ficción.

—¿Crees que *Cerbero* es el asesino de tu abuelo?

Yraya permaneció en silencio mientras el luminoso paisaje que desfilaba a ambos

lados del autobús se reflejaba en sus ojos, creando una extraña ilusión de movimiento. Tardó un buen rato en responder:

—Hace unos días lo habría negado rotundamente... Ahora me parece una posibilidad, aunque me cuesta creerlo; mi abuelo llevaba siempre su recio bastón y sabía defenderse, aparte de tener a *Bardi* con él.

—Supones que si lo hizo *Cerbero*, tuvo que contar con ayuda.

—Mi abuela Teresa suele decir que detrás de un perro malo siempre hay un hombre malo. Si *Cerbero* es el perro malo... ¿quién es el hombre malo?

—O la mujer mala. ¿Has leído *El perro de los Baskerville*? —se me ocurrió preguntar.

—Lo leí hace mucho tiempo, aunque lo recuerdo como una tenebrosa novela de terror.

—Yo también lo recuerdo así; sin embargo, es una novela policiaca. A veces el terror está en nuestra imaginación.

—Tienes razón, pero aquí ha habido muertes. Las víctimas son reales, no un producto de nuestra fantasía. Y tú mismo has visto a *Cerbero* y su jauría corriendo por las laderas de Bandama, poco antes de que cometieran su horrible carnicería. Está pasando algo muy serio.

—Estoy de acuerdo contigo. Creo que deberíamos dejar lo que sabemos en otras manos. En las de la policía, por ejemplo. Esos animales parecen gobernados por el mismísimo diablo.

—Esto me hace pensar en aquella leyenda canaria que te comenté. ¿Has oído hablar de los *tibicenas*?

—¿*Tibicenas*? Nunca había oído esa palabra.

—Hay antiguos mitos de estas tierras acerca de unos perros diabólicos llamados *tibicenas* o *irteme*. Se describen como perros negros, peludos y muy grandes...

Se inclinó hacia su bolsa y sacó un libro de entre cuyas páginas sobresalían varias señales de papel. Lo abrió por una de ellas y leyó en voz alta: «Surgen de las tinieblas sin que nadie sepa de dónde proceden, ni tampoco el lugar al que regresan. Su pelaje, tejido con las fibras negras de la noche, los hace invisibles en la oscuridad. Sólo el resplandor de sus ojos de fuego traiciona su presencia. O el brillo de sus dientes, cuando esbozan la sonrisa del diablo. Nadie sabe dónde se ocultan durante el día; quizá en barrancos sombríos, en las cuevas olvidadas o en las simas sin fondo...».

—O en casa de algún vecino, fingiendo ser un perro manso y tranquilo —añadí yo.

—Alguien dijo de ellos: «No podrás verlos porque no son más que una sombra entre las sombras, pero sentirás un soplo helado en tu corazón y sabrás que están ahí...». Pero ¿qué te ocurre, Carlos? Te has puesto pálido.

—No es nada —disimulé mi desasosiego—. Ese párrafo que acabas de leer pone los pelos de punta a cualquiera.

—Como ves, *Cerbero* reúne varios síntomas de un clásico *tibicena*...

—Lo dices como si fuera una enfermedad.

—¿Quién sabe lo que es? Sería bueno hacer una visita urgente a ese adiestrador.

Escarbé en mi bolsillo hasta encontrar el arrugado papel en el que Montesinos, con letra redonda y cuidada, había estampado una dirección de Internet y un número de teléfono.

—El número parece de un teléfono móvil —conjeturé—, y habrá que investigar la página *web* para ver si allí hay más datos. ¿Tienes conexión a Internet?

—La tengo. No te preocupes, que yo me encargaré de eso.

—Debemos denunciar a las autoridades lo que sabemos —propuse de nuevo—. Se lo puedo decir a David Ramiro, el amigo de mi padre que nos animó a venir a Canarias. Trabaja en la policía y anda metido en el tema.

—¿En la policía de aquí?

—Eso es. Está tan ocupado con todo este asunto de los perros que casi no le hemos visto el pelo.

Yraya pareció titubear un instante.

—¿Y qué puedes decirle? ¿Que el perro de mi vecino sabe quitarse el collar y que es el jefe de la manada asesina? Ese amigo de tu padre nos encerraría por locos.

—Aunque efectivamente parezca una locura, nosotros sabemos que todo eso es verdad, y nuestro deber es denunciarlo. Si no nos hace caso, allá él. Sigue habiendo vidas en juego, Yraya, y no tenemos por qué cargar nosotros solos con el peso de tanta responsabilidad.

—Tienes razón, pero si la policía interviene nos tendremos que apartar de todo esto, y ya no conseguiremos averiguar por qué asesinaron a mi abuelo. Además, si ponemos la denuncia y los asesinos se enteran de que hemos sido nosotros, vendrán a buscarnos. Y no me gustaría morir tan joven —hizo una mueca de disgusto—. Y menos ahora; no quisiera morir después de haberte conocido, Carlos.

El estómago se me encogió al pensarlo. Lamenté habernos implicado de aquel modo en el asunto de los perros hasta quedar atrapados en la maraña de nuestras propias actuaciones imprudentes. Y ahora, por primera vez en mi vida, no sólo sentía miedo por mí mismo: me preocupaba lo que pudiera ocurrirle a Yraya. Pensé que si temía más por ella que por mí mismo, eso significaba que Yraya representaba algo serio para mí.

—Seguro que no nos ocurrirá nada —intenté tranquilizarla.

—Tenemos que apoyarnos mutuamente —tomó mi mano y la acarició con suavidad—. Si te viera en apuros, no dudaría en acudir en tu ayuda, sin importarme poner en peligro mi propia vida... ¿Harías tú lo mismo por mí? Necesito saberlo.

—No hace falta dramatizar tanto —dudé un momento y opté por una respuesta algo evasiva—: Ahora las chicas ya no necesitan que un hombre las proteja, más bien al revés...

Yraya quedó algo decepcionada con esa respuesta. Sus ojos me miraban con fijeza, y lo que vi reflejado en ellos me dejó pasmado: había algo allí dentro, en lo

más profundo de aquellas pupilas insondables, que me atraía de un modo irresistible. Lo que sucedió a continuación resulta casi imposible de describir: el tiempo pareció cambiar de naturaleza mientras un puente invisible se establecía entre los dos, y por ese puente fluyeron emociones que jamás habríamos podido expresar con palabras. Aunque aquello duró apenas un instante, supe que ella conocía lo que yo pensaba, y yo sabía lo que ella sentía... También tuve la certeza de que aquel momento mágico y fugaz quedaría para siempre grabado en la memoria de ambos. Permanecimos callados durante los minutos siguientes, y nuestros labios se fueron aproximando muy despacio. Hasta que por fin se unieron en un beso intenso que nos dejó sumidos en un universo de placentero arrobamiento.

Las caricias y los besos se prolongaron durante el resto del trayecto, y hablamos muy poco. La verdad es que no había nada que añadir a lo que acababa de suceder. Yo me sentía conmocionado ante el descubrimiento de emociones y sentimientos cuya intensidad nunca antes había experimentado. Pensé que, por muchos años que me quedaran por vivir, jamás podría olvidar aquella *guagua*, el sabor dulce y apasionado de los labios de Yraya o la calidez de su cuerpo recostado contra el mío. Cerré los ojos y me dejé llevar por una cadena de pensamientos placenteros de la que quedaron desterrados todos los problemas del planeta... Hasta que un movimiento brusco de mi compañera me devolvió al presente.

Yraya se había puesto tensa y permanecía inmóvil, con la cabeza parcialmente vuelta hacia la parte trasera de la *guagua* y la mirada fija en un punto situado allí. Me volví despacio y traté de localizar aquello que le causaba tal desazón, y cuando por fin lo descubrí yo también me quedé helado.

Al fondo, arrellanado en la última fila de asientos, viajaba la figura solitaria de un turista. Iba envuelto en una gabardina oscura e inapropiada para la tibieza de la mañana. A pesar de la distancia, la piel de su rostro se adivinaba tirante y apergaminada, y sus ojos inexpresivos nos vigilaban por debajo de un gorro de tela color rojo sangre.

CAPÍTULO 11

LIAM O'HIGGINS

Puerto de Mogán es un lugar donde el antiguo amarradero de pescadores pervive rodeado por blancas urbanizaciones residenciales que trepan invadiendo colinas y laderas circundantes. A la entrada del puerto, un curioso submarino amarillo navegaba con su carga de turistas hacia algún fascinante paseo a las profundidades. Yraya caminaba a mi lado con paso rápido, la mirada perdida al frente, abismada en unos pensamientos que parecían aislarla de cuanto nos rodeaba.

—¿A qué se dedica ahora ese Liam? —quise indagar.

Ella aminó la marcha y tardó unos segundos en responder.

—Se ha convertido en un anciano solitario que muchos tildan de chiflado por sus gustos y costumbres. —Señaló hacia las casas que teníamos delante—. Vive ahí, aislado en una casita de pescadores, sin más compañía que unos viejos libros apilados en estanterías de madera. Es gran conocedor de culturas antiguas y le gustan la arqueología, la astronomía, la navegación y otras muchas cosas.

—Todo eso está muy bien, pero ¿de qué vive?

—Es de esas personas que nunca se harán ricas, pero que tampoco se morirán de hambre. Gana algo de dinero escribiendo artículos de interés científico y cultural que publica en revistas extranjeras, y su tiempo libre lo dedica a navegar en un pequeño barco que ha rescatado de un desguace y él mismo ha restaurado... —Tras una pausa con la mirada perdida en el infinito, Yraya agregó—: Yo he navegado varias veces en ese barco.

—¿Sale a pescar?

—Lo justo para cubrir sus necesidades. También le gusta cuidar un pequeño huerto situado detrás de su casa; allí cultiva legumbres y algunos árboles frutales que dan sombra a las jaulas de conejos y gallinas. Liam no necesita de nadie para sobrevivir... Pero no siempre se hace a la mar en busca de pescado: a menudo zarpa en solitario durante largas y misteriosas travesías. Nadie conoce los rumbos que guían su timón ni la dirección de los vientos que inflan sus velas. Ni siquiera mi abuelo, que fue su mejor amigo, lo sabía.

—Ya tengo ganas de conocer a ese hombre tan singular.

—Pues te falta poco, y tú mismo vas a comprobar con tus propios ojos todo lo que te digo... —Yraya aceleró de nuevo el paso—. Ahora sólo faltaría que llegásemos tarde.

—¿Tarde? Pero si todavía es temprano...

—Nunca es temprano para Liam. Se levanta antes que las gallinas, se prepara con los primeros rayos del sol y luego desaparece.

—¿Desaparece?

—Unas veces se pierde por los barrancos del interior a lomos de su destartada bicicleta. Otras, como ya te he dicho, zarpa en su viejo cascarón para esfumarse hasta el ocaso.

—¿No está al corriente de nuestra llegada?

—Se lo dije, sí, pero Liam es muy olvidadizo. —Yraya emitió una sonora carcajada—. No sería la primera vez que me da plantón.

—Pues vaya. ¿Y qué hacemos si no aparece?

—Bueno, por el momento vamos teniendo suerte.

La mano extendida de Yraya señalaba hacia un viejo barco cuyo casco, descolorido por un sinfín de escaramuzas contra vientos y mareas, se mecía con suavidad en el centro del malecón.

—Al menos no se ha ido por mar y, con un poco de suerte, todavía podemos pillarle. Corramos, la casa de Liam no queda lejos del puerto.

Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para poder mantener el trote vivo y ágil de la muchacha, y ya empezaba a sentir una aguda punzada en el costado, cuando mi amiga se detuvo por fin. Estábamos frente a una gruesa puerta de madera pintada de verde, que retumbó con gravedad cuando Yraya la golpeó con los nudillos.

No hubo respuesta.

Los minutos transcurrían en medio de una quietud sólo quebrada por los gritos desafinados de las gaviotas que revoloteaban junto al acantilado. Mi amiga me miró con cierta preocupación.

—Tendría que estar aquí —murmuró señalando hacia una rueda que asomaba de un cobertizo contigo—. Su barco está amarrado y ésa es su bicicleta.

—Ese irlandés parece un culo de mal asiento —me lamenté—. Un poco zascandil para ser tan viejo como dices.

—Liam tiene más energías que la mayoría de la gente joven que conozco. Desde luego, más que tú y que yo.

—¡Yraya! —rugió entonces una voz poderosa a nuestras espaldas—. No sabes cuánto me alegra que mi princesita guanche^[4] se acuerde por fin de su viejo amigo.

Nos volvimos sobresaltados para encontrarnos frente a un hombretón de casi dos metros de altura, en cuyos poderosos brazos Yraya se precipitó de un salto. El gigante la estrechó con suavidad antes de dirigir hacia mí esa misma mirada penetrante de la fotografía, aunque ahora podía apreciar mejor la intensidad de sus ojos, teñidos del azul oscuro de un mar profundo.

—Es Carlos —explicó enseguida Yraya—, un buen amigo mío. Hemos venido para que nos ayudes a resolver algo que tiene que ver con la muerte de mi abuelo.

El gigantón asintió con la cabeza y nos invitó a entrar. Sus labios esbozaban ahora una amplia sonrisa, pero en lo más hondo de su mirada enigmática intuí cierto reflejo

hostil hacia mi persona. Eso me hizo pensar que había pocas posibilidades de que Liam y yo llegásemos nunca a ser grandes amigos.

La vivienda del irlandés, tan blanca y encalada por fuera como el resto de las casas de pescadores, ofrecía un interior de colores suaves y relajantes, donde los tonos pastel de las paredes armonizaban con las maderas barnizadas de molduras y mobiliario. Esporádicos adornos de bronce dotaban al conjunto de un indiscutible toque marino. En realidad, la casa de Liam O'Higgins estaba amueblada y decorada como un barco: un barco antiguo y cargado con los recuerdos de un pasado indescifrable. Entramos en una pieza que parecía la sala de un museo de antigüedades: por todas partes se apilaban extraños instrumentos de navegación de apariencia arcaica, la mayoría de ellos preservados en estuches de madera oscurecida por los años. También podían verse ajados manuscritos y libros amarillentos que despertaron mi curiosidad. Precisamente, uno de aquellos libros permanecía abierto encima de una mesa... Me pregunté si sería el que, según el diario del abuelo, contenía las respuestas al misterio de los *tibicenas*.

Me acerqué con disimulo para echarle un vistazo, y enseguida me intrigó el grabado, semejante a una carta de navegación, que aparecía en sus páginas expuestas. A pesar de algunas diferencias en los contornos del dibujo, reconocí que se trataba de un antiguo mapa de la isla de Gran Canaria. En él pude identificar varios símbolos que ya me resultaban familiares: eran los mismos que el abuelo de Yraya había utilizado para encriptar los textos de su diario. Intenté aplicar de memoria la misma tabla de equivalencia para descifrar aquello, pero no tuve tiempo. Con un movimiento brusco, Liam se apresuró a cerrar el libro y a devolverlo a una de las estanterías.

—Esto no es para ti, muchacho —gruñó—. Además, no lo entenderías, pues está escrito de un modo que resulta indescifrable.

Miré a Yraya con tristeza mientras nuestro anfitrión abandonaba la estancia. Tras desaparecer unos minutos en la cocina, el irlandés regresó con tres cuencos que contenían una fruta sabrosa desmenuzada en un baño de zumo de naranja. Los colocó encima de la mesa y nos invitó a sentarnos.

—Está bueno —manifesté—. Nunca lo había probado antes.

—Es manga —aclaró.

—¿Mango?

—He dicho «manga», una variedad del mango que se distingue de éste por su carne menos fibrosa, su sabor suave y por carecer de escotadura. —El antiguo marino disfrutaba visiblemente poniendo en evidencia mi ignorancia—. Os aseguro que no existe en todo el mundo una manga capaz de igualar a la de aquí. En fin, ya podéis decirme en qué puedo ayudaros...

El irlandés se expresaba en un castellano muy correcto, aunque a veces dejaba traslucir cierto deje de resonancia anglosajona. Sentado frente a nosotros escuchó, con atenta inmovilidad, la entusiasta y precisa narración de Yraya, interrumpiendo el relato únicamente en un par de ocasiones, lo justo para aclarar algún detalle. Observé

que mantenía el fornido cuerpo en tensión, con las facciones contraídas en una mueca de disgusto, y me pareció que su mirada se perdía a veces en el vacío, como si sus pensamientos escaparan de aquella estancia para navegar por aguas oscuras e insondables, de las que sólo regresaba cada vez que Yraya nombraba al misterioso perro negro. Al final se rascó la barbilla y dijo:

—Todo lo que me cuentas encaja con el perfil de algún lunático empeñado en resucitar la vieja leyenda.

Yraya me pidió entonces que enseñara a Liam el mapa que me había prestado, pero resulta que yo me había dejado la bolsa en casa de Yraya.

—Es una lástima —se quejó—. Aunque todavía no lo entendemos, Antonio dibujó un esquema que le permitió pronosticar dónde se iban a producir los ataques. Y lo más sorprendente —subrayó—, es que incluso llegó a señalar un punto muy cercano al lugar en que encontraron su cadáver. Parece como si el pobre hubiese podido incluso predecir con exactitud los detalles de su propia muerte...

—Sí, es extraño —reflexionó Liam—. Está claro que en sus últimos días Antonio había averiguado muchas cosas que no quiso compartir con nadie, ni siquiera conmigo. Tú has demostrado mucha inteligencia por lo que has descubierto, pero no acabo de entender muy bien lo que pinta nuestro joven Carlos en todo esto.

El irlandés había pronunciado sus últimas palabras en tono suave y sin quitarme la vista de encima, aunque en realidad iban dirigidas a Yraya.

—¿Qué quieres decir? —respondió ella, desconcertada.

—Tú misma acabas de explicar que es la primera vez que tu amigo viene a Canarias, en cuyo suelo lleva apenas unos días. No dudo de su inteligencia ni de su disposición para ayudarte, pero se necesitan años para poder profundizar en ciertos temas. Yo mismo he invertido media vida en ello y aún no he alcanzado la meta.

—¡Se nota que no conoces a Carlos! —proclamó Yraya con vehemencia—. Tiene una sensibilidad especial que le permite saltarse las etapas. Sin él no habría podido avanzar gran cosa en la investigación... Aquí tienes un ejemplo: Carlos resolvió en una sola noche la clave gracias a la cual hemos podido descifrar algunos pasajes del diario del abuelo Antonio...

Tuve que reconocer que el apasionamiento con que Yraya se esforzaba por defenderme me producía una indescriptible satisfacción. Liam, por el contrario, no parecía dispuesto a dejarse impresionar:

—Conozco estos signos: proceden del *grimoire* de Vallencourt...

Mientras hablaba, brincó hacia la estantería y regresó con el mismo sobado volumen que había cerrado en mis narices minutos antes.

—Es un cifrado sencillo de sustitución que Jacques de Vallencourt, un marino francés del siglo XVIII, empleaba para adornar algunos pasajes de su libro. Yo ni siquiera lo consideraría una clave secreta.

—Pues el abuelo la utilizaba en su diario.

—Antonio tenía una fijación especial por Vallencourt... Igual que yo, tengo que

admitirlo. Fue un personaje tan enigmático como interesante, estudioso de lo tangible y de lo oculto... Parece ser que dedicaba sus noches en alta mar a estudiar todo lo que se publicaba en su época, y eso incluía obras del calibre de la enciclopedia de Diderot, cuyos 17 tomos leyó página a página, como si se tratase de una novela...

—¡Qué barbaridad!

—No es de extrañar que ni Antonio ni yo hayamos logrado descifrar todos los secretos contenidos en el *grimoire* del viejo marino. Y ahora, chico listo, veamos si eres capaz de desentrañar esto.

Liam señalaba otra página donde aparecía un párrafo de letras sin sentido aparente. Tenía este aspecto:

RRPBUVLXEEULEAWTLZSAZCEFIQYKIFJLM
NOULZSAZFUIHTAMWDARNQHPWTIVTAOHU
NHVYVZMIRQFYIIGJLSBOGPTPNLRCROWTQ
RRAJEFHTHDSVRVEYDRVZXRYVTERWCMEH
RZEHQQTUIYGGJZDFLRMAGDAEHVSMKEULT
BPDLLVBOKEIHTZTIZUEDRGGNCELUKA

—¿Qué significa? —me extrañé.

—Esperaba que me lo dijeras tú, mi joven experto —replicó el irlandés con evidente socarronería.

CAPÍTULO 12

EL PASAJE CIFRADO

Yraya se había acercado y los tres contemplamos el abstruso texto.

—Esta vez son letras reconocibles —opinó ella—. Parece mucho más fácil que los dibujitos de soles y lunas que hay en el diario del abuelo.

—Las apariencias engañan, mi querida princesita guanche. Estás contemplando lo que ninguno de nosotros ha sido todavía capaz de descifrar. Y tal vez el secreto permanezca velado para siempre a los ojos de la humanidad.

—Todo mensaje cifrado posee una clave —sugerí—. ¿Han intentado buscarla?

—¿Nos tomas por imbéciles? —se indignó el gigante—. ¡Pues claro que la hemos buscado! Antonio y yo nos hemos dejado la vista durante noches enteras repasando cada palabra, cada dibujo... Tal vez exista una clave en alguna parte, pero me atrevería a afirmar que no está dentro del propio libro. Tengo la impresión de que nunca llegaremos a leer esos fragmentos.

—¿Tan importante es lo que dicen? —quise saber.

—Depende de lo que uno considere importante —Liam se repantigó en su asiento y cruzó los brazos musculosos sobre su ancho pecho—. Según Antonio, por ejemplo, los pasajes ocultos de Vallencourt contienen la clave del misterio de los *tibicenas*. ¡Ni más ni menos!

Yraya intercambió conmigo una mirada de asombro.

—Vallencourt fue uno de los pocos que dedicaron su vida a desentrañar el enigma de esos perros. Es uno de los motivos que le animaron a afincarse en estas islas, pero no el único: aquí conoció a la que fue el amor de su vida, una dama canaria que le ayudó en su trabajo y con quien vivió un apasionado romance hasta el fin de sus días. Y después de tantos años consagrados al estudio de los *tibicenas*, sólo nos legó esto —cerró el libro de un golpe seco—. Todo lo que logró descubrir está aquí: el secreto de los *tibicenas*, si es que existe, se encuentra atrapado en estas páginas.

—¿Y tú qué opinas de ese secreto? —se interesó Yraya.

—Siempre he sido escéptico por naturaleza, si bien he llegado a aceptar ciertas cuestiones que rozan eso que algunos llaman «lo sobrenatural». Pero esas excepciones fueron avaladas siempre por datos irrefutables o experiencias personales de naturaleza incontrovertible...

Me pareció que Liam temía hablar claro.

—¿Quieres decir que has visto cosas prodigiosas?

—Tal vez... Pero lo que estaba diciendo es que, a pesar de todo lo que he visto y experimentado, tengo una visión mucho más desapasionada de las leyendas que la que solía demostrar mi infortunado amigo Antonio. Yo analizaría el misterio de los

tibicenas empezando por la sencilla pregunta de si existen o han existido alguna vez esos perros. Si aceptamos los testimonios y las referencias históricas que lo afirman, entonces se nos plantean tres nuevas cuestiones: ¿qué son? ¿De qué lugar proceden? ¿Por dónde entran en nuestro mundo?

Liam hizo una pausa para ofrecernos la posibilidad de responder. Al ver que callábamos, prosiguió:

—Según Jacques de Vallencourt, los *tibicenas* son criaturas malignas que proceden de un mundo diferente al nuestro. En la actualidad, los físicos dirían que se encuentran en otro plano de realidad. En cuanto al punto de entrada, Vallencourt nos revela que hay lugares especiales en el planeta, puertas o accesos al mundo del que proceden los *tibicenas*.

—Yo había oído que salen de los volcanes —apuntó Yraya.

—Es cierto que se manifiestan en tierras volcánicas, pero no hay pruebas de que salgan de los cráteres. De hecho, en Gran Canaria no existe ningún cráter activo desde hace miles de años y, sin embargo, hay testimonios mucho más recientes que hablan de *tibicenas*. Nuestro marino asegura haber descubierto que esas criaturas pueden utilizar ciertos pasadizos o conductos para invadir nuestra realidad. Incluso afirma conocer uno aquí, en Gran Canaria, que permanece cerrado desde hace cientos de años.

—Entonces hay que darse prisa —propuso Yraya—. Se podrá taponar con una buena capa de hormigón...

—No es tan sencillo —Liam sacudió la cabeza—. Si el tema que nos ocupa es pura fantasía, dará igual echar hormigón que no echarlo. Pero si resultan ciertas las teorías de Vallencourt, taponar el conducto tampoco serviría de nada: no es una puerta con las propiedades físicas que todos conocemos. Sería como cerrar una ventana para que no entren las ondas de radio o de televisión, por poner un mal ejemplo.

—Pues si no se puede cerrar la entrada, estamos apañados —protesté—. Entrarán los bichos que quieran.

—Al contrario. Vallencourt dice que esa puerta puede y debe estar siempre sellada. Y así se supone que debería estar ahora. Pero el estudioso francés también advierte que alguien con los conocimientos necesarios podría volver a abrirla. Él mismo insinúa conocer el método, pero la parte de su libro que habla de ese tema está protegida con esa codificación imposible de descifrar. Ni siquiera sabemos dónde se encuentra la puerta.

Liam hablaba cada vez con más entusiasmo. Mientras tanto, mi amiga y yo nos dedicamos a terminar nuestra ración de esa manga única y, dicho sea de paso, deliciosa.

—¿Qué sentido tiene dejar escrito algo que nadie podrá leer jamás? —razonó Yraya, tras apurar hasta la última gota de zumo—. Si de verdad descubrió esas cosas tan peligrosas, ¿por qué arriesgarse a dejarlas escritas, aunque sea de forma encriptada? Hubiera sido más fácil quemar su libro antes de morir.

—Ya puestos, podía haberse ahorrado el trabajo de escribirlo —intervine a mi vez—. Más sencillo todavía, y más seguro.

Liam hizo una mueca antes de responder:

—Probablemente nadie, salvo quizá los primeros pobladores de estas islas, ha llegado tan lejos en el conocimiento de las leyendas y misterios que anidan en los barrancos y montañas, en los laberintos de chimeneas volcánicas o en las aguas abisales de este archipiélago tan especial. Yo creo que Vallencourt creía de verdad en la leyenda, e hizo un descubrimiento de tal magnitud, que tuvo miedo. Se asustó ante la idea de que esos conocimientos que él consideraba terribles cayeran en manos inadecuadas. Por eso decidió proteger los pasajes clave de su legado, asegurándose así de que quedarían reservados a personas de fina inteligencia y brillante erudición.

—O sea, que la clave sería un filtro para limitar el acceso a la información a personas inteligentes y sabias —concluyó Yraya.

—Exacto. Lo malo es que el francés, hombre extremadamente culto para su tiempo, sobrestimó el talento de las generaciones futuras. Nosotros, sus descendientes, vivimos una época de conocimientos superficiales e intereses superfluos donde nadie sabe gran cosa, ni tampoco le preocupa.

—En eso te equivocas —declaró Yraya con rotundidad—. Si nos prestas el libro, seguro que Carlos lo descifrará.

—Eres una chica inteligente, princesita, pero todavía no has aprendido a refrenar los impulsos de tu juventud. Te dejas confundir por los sentimientos de admiración que sin duda ha sabido despertar en ti nuestro joven turista... En cualquier caso, lamento decirte que este libro no saldrá de aquí mientras yo viva; me lo regaló mi mejor amigo y, antes que perderlo, prefiero que siga sin descifrar.

—¿Puedo verlo otra vez? —me atreví a solicitar—. Seguramente usa una clave polialfabética.

Tras una ligera vacilación, Liam abrió el desgastado volumen por una de las páginas señaladas y me lo tendió con gesto reticente:

—Mira todo lo que quieras, pero no lo abras mucho y ten cuidado al pasar las páginas. Es una reliquia. De todas formas, no te servirá de nada hojearlo: esa cosa no hay quien la descifre. Antonio incluso llegó a pensar que no está escrito en francés, sino en alguna de las lenguas ya olvidadas que Vallencourt debió de aprender durante sus largos viajes... —Se miró el reloj con súbita impaciencia y, mediante un ágil movimiento, alzó del asiento su poderosa anatomía—. Bueno, chicos. Se hace tarde, y lo tengo todo dispuesto para zarpar.

Yraya pareció decepcionada.

—¿Tanta prisa tienes? Siempre has defendido la idea de que la vida debe vivirse sin prisas, por el placer de recorrerla. Hacía tiempo que no nos veíamos y...

—Cuando tú quieras venir a verme, siempre serás bien recibida. Pero hoy tengo una larga travesía por delante y estoy perdiendo preciosas horas de sol.

—¿Adónde vas?

El hombretón nos empujó literalmente fuera de la casa y cerró la pesada puerta con doble llave.

—Tan lejos como quieran llevarme los caprichos del viento y el humor de sus ondulantes hijas, las olas —se despidió.

Apenas la enorme silueta de Liam desapareció en dirección al muelle, yo empecé a dar rienda suelta a mi indignación:

—Perdona que te diga, pero tu amigo es grosero y antipático.

—Tienes algo de razón. No me esperaba un comportamiento así por su parte. Se ve que no le has caído muy bien, que digamos.

—Pues te aseguro que la antipatía es mutua. Por mí puede guardarse su libraco donde le plazca.

—No te preocupes por el libro, que pronto lo podrás descifrar. A mí, lo que me tiene mosca es ese afán de Liam por navegar en solitario. Se me ocurre una forma de averiguar el secreto de esas salidas al mar.

—¿Crees que está metido en tráfico de drogas?

—¡No digas disparates! —Yraya parecía ofendida—. Entiendo que Liam no te haya gustado, pero tampoco merece que seas tan duro con él. Yo me inclino a pensar que ha descubierto un lugar muy bello y salvaje, un refugio al que se dirige para evadirse y meditar... —La mirada de Yraya se volvió soñadora—. O tal vez acude a un encuentro secreto con alguna misteriosa mujer...

—Será una mujer pirata, o tal vez una asesina evadida de la cárcel de alta seguridad...

—¡Carlos!

—Seamos sensatos, Yraya; si un hombre de su edad necesita mantener en secreto un romance, ¿a qué puede deberse? Como poco, le estará poniendo los cuernos a alguien.

—No tiene ninguna gracia.

—Liam tampoco la tiene, y no me interesa lo que haga ni adonde vaya a perderse con su barco.

Me di la vuelta e inicié la marcha por el sendero que llevaba hacia la parada de la *guagua*. Pero a los pocos pasos noté cómo la mano de Yraya me retenía con firmeza.

—Puedes descifrarlo, ¿verdad? —Más que una pregunta parecía una exigencia—. Lo he leído en tus ojos cuando lo examinabas.

—No estoy seguro —repuse con prudencia—, pero no me extrañaría que se tratara de una codificación Vigènere. Supongo que la idea me vino por el apellido de ese marino, Vallencourt. O quizá por la coincidencia de que, al igual que Vigènere, fuera francés...

—No entiendo nada de lo que dices —confesó ella.

—Blaise de Vigènere fue un personaje interesante en muchos aspectos, pero

especialmente para los amantes de la criptografía. En el año 1586 publicó un libro titulado *Traicté des chiffres et secrètes manières d'escrire*^[5]. En mi casa guardo una copia de ese libro escrito en francés antiguo, que conseguí por Internet, y me lo he leído de cabo a rabo. Resulta un poco árido, pero muy interesante para los aficionados a las formas secretas de comunicarse. En sus páginas se describe, entre otras, un ingenioso sistema de codificar texto a partir de un simple cuadro y una clave. En el cuadro, llamado tabla de Vigènere, se alínean tantos alfabetos completos como letras posea el propio alfabeto, pero desplazados una posición con respecto al anterior. Cada letra del mensaje encriptado se busca en la casilla correspondiente al alfabeto que empieza por la siguiente letra de la clave.

—¡Vaya lío! No me entero de nada.

—En realidad es muy sencillo, y si lo vieras escrito en un papel lo comprenderías en el acto. Con la clave en la mano, hasta un niño de nueve años sería capaz de codificar y descodificar un Vigènere.

—O sea, que lo importante aquí es obtener la clave.

—Exacto. La gracia de ese código consiste en que una misma letra puede estar representada por varias letras diferentes a lo largo del texto cifrado...

—Eso significa...

—Significa adiós a los análisis de frecuencia. Cuando se utiliza un alfabeto diferente para cada letra, ya de nada sirve conocer las letras más frecuentes del idioma...

—Entonces, es... ¿impenetrable?

—Lo fue durante varios siglos, y desde luego lo era en la época de Vallencourt, que vivió en el siglo XVIII. Pero hoy día la cosa ha cambiado; de hecho ya nadie lo usa, porque resulta que tiene un punto débil. Y esa debilidad será mayor cuanto más largo sea el texto cifrado y más corta la clave utilizada. En este caso desconocemos la longitud de la clave, pero nuestra esperanza se basa en que el texto es abundante. Todo depende, claro está, de que se trate de una codificación mediante el método Vig... Pero ¡Yraya!, ¿se puede saber qué haces?

La joven me empujaba con determinación de nuevo hacia la casa.

—Vamos a entrar —anunció con su típica tozudez.

—Pero si la puerta está cerrada...

—No vamos a usar la puerta. Conozco una manera de entrar en casa de Liam. La descubrí cuando era pequeña y mi abuelo me traía de visita. Mientras ellos dos hablaban de sus cosas, yo me dedicaba a explorarlo todo, y así descubrí una trampilla en el tejado...

—¡En el tejado!

—No te asustes. —Su rostro reflejaba paciencia resignada—. Hay una vieja escalera de madera en el cobertizo.

—¡Me niego a entrar así! —Intenté zafarme—. Si Liam vuelve y nos encuentra dentro, nos matará... Bueno, me matará a mí.

—Calla y no seas protestón. Será un momento, lo justo para copiar unas pocas páginas de texto cifrado y ya está. Nos sobrará tiempo para ir al cementerio.

El estupor me infundió la fuerza necesaria para dar media vuelta y plantarme. Pero en los ojos de Yraya había otra fuerza aún más intensa que me hizo vacilar.

—Ahora ya estás llegando demasiado lejos —razoné—. ¿Quieres explicarme para qué diablos tenemos que ir a un cementerio?

Yraya se limitó a besarme fugazmente los labios. Luego, una vez vencida mi resistencia, me arrastró de nuevo hacia la casa. Ahora me doy cuenta de que, en el fondo, yo estaba aquel día deseando dejarme arrastrar, pues tal era mi impaciencia por empezar a descifrar el misterioso libro.

CAPÍTULO 13

DAVID RAMIRO

Teniendo en cuenta los numerosos años transcurridos, la tumba de Jacques de Vallencourt se hallaba bien conservada; consistía en una sencilla losa de mármol, ya ennegrecida por el paso del tiempo, sobre la cual se alzaba una pequeña cruz de piedra. Escrito en castellano, el escueto epitafio permanecía aún legible sobre la superficie de la lápida:

«Aquí descansa Jacques de Vallencourt
Viajero que llegó a estas Islas en busca de sosiego
Guiado por el resplandor de las constelaciones
Y aquí encontró el amor y la paz del Señor».

—¿Crees que contiene una clave oculta? —preguntó Yraya—. Seguro que ya estás adivinando algún significado disimulado en esas palabras.

—Tienes demasiada fe en mis aptitudes. Lo más probable es que no haya ninguna segunda intención detrás de esa inscripción. Y por cierto, no me disgustaría que dentro de dos siglos alguien pudiese leer algo semejante escrito sobre mi propia tumba. Significaría que me he quedado aquí, contigo. Toda la vida.

Yraya me tomó la mano y se acercó hasta apoyar su cuerpo tibio en mi costado.

—Entonces esa estela estaría incompleta, porque yo debería estar también enterrada junto a ti.

Me quedé ensimismado, con la vista fija en la impenetrable piedra que albergaba los restos de un hombre sin duda excepcional. Intenté imaginar las prodigiosas vivencias y los fabulosos secretos que estuvieron encerrados en la mente de aquel viajero iluminado, y que desaparecieron para siempre con él...

—¿Sabes una cosa? —dije al cabo de un rato—. Estoy casi seguro de que no hay nada oculto en este texto.

—¡Vaya decepción!

—No lo creas. A veces, la mejor manera de proteger un mensaje es colocarlo a la vista de todo el mundo, sin claves ni cifras. Es posible que Jacques de Vallencourt nos haya dejado aquí una pista simple y clara.

Por la noche, ya de vuelta en el hotel, permanecí durante un buen rato sentado frente al mapa de la isla que me había confiado Yraya. Ahora, después de haber leído el epitafio de la tumba de Vallencourt, el extraño conjunto de círculos unidos por rectas

empezaba a cobrar sentido, aunque me faltaba un dato que mis escasos conocimientos astronómicos me impedían determinar. Por eso sentí un profundo alivio cuando la puerta del apartamento se abrió y entraron mis padres.

—Te has perdido una excursión preciosa. —En la voz de mi madre se adivinaba un ligero tono de reproche—. Tan cerca del mar, y aquello parece otro mundo: altas montañas, laderas cubiertas de pinos frondosos, riscos imponentes como el Roque Nublo...

—Y el mar de nubes —intervino papá—, extendido a nuestros pies como una grandiosa alfombra de algodón. Y eso es lo bueno, ¿entiendes? Tejeda es un observatorio astronómico perfecto, situado por encima de las nubes.

—Veo que sigues pensando en tu eclipse.

—Bueno, el gran día se acerca —mi padre se encogió de hombros—. También hemos descubierto un hotelito acogedor para que tu madre y yo podamos pasar la noche previa al fenómeno, que tendrá lugar exactamente a las 10 y 12 minutos de la mañana. Así amaneceremos al pie del cañón... Por cierto, ¿qué haces dibujando constelaciones sobre un mapa de Gran Canaria? No sabes cuánto me alegra que por fin te intereses por la astronomía...

—Ya que lo dices, no me vendría mal tu ayuda para aclarar una pequeña duda que tengo: ¿puedes decirme el nombre de la constelación representada en el dibujo? Lo tengo en la punta de la lengua...

—¡Por Dios, hijo! Es evidente: son los perros de caza. Esto de aquí es el can menor, ¿ves? Mientras que ese otro conjunto de puntos conforma el can mayor... Reconocería esa configuración en cualquier parte.

Permanecí unos instantes embobado, sin poder articular palabra. ¡Perros de caza! ¡Menuda coincidencia! Intenté aclarar un poco más mis dudas.

Señalé de nuevo hacia el mapa.

—Papá, también me gustaría saber el nombre de la estrella que corresponde a este punto.

—Sirio —sentenció—. La estrella más brillante del firmamento.

—¿No es Venus?

Escandalizado por tamaña ignorancia, mi padre alzó los ojos al cielo.

—¡Me decepcionas, Carlos! ¡Hijo, Venus es un planeta!

—Ya decía yo... Entonces, Sirio...

—Exacto. La constelación de los perros de caza es un conjunto de estrellas importante; no olvides que ayudó a orientarse a los antiguos marinos que navegaban por estas aguas. ¿A qué viene tanto interés por los astros?

—No sé. Será la genética familiar.

Mis padres se acostaron pronto, agotados como consecuencia de su ajetreada jornada. A pesar de lo feliz que me sentía por haber confirmado el secreto de la enigmática distribución de los ataques de perros, me pareció demasiado tarde para telefonar a Yraya y comunicarle la noticia. Las palabras de mi padre acerca de los

navegantes y las constelaciones encajaban bien con el mensaje de la tumba del viejo marino francés. Sólo a un marino o a un astrónomo se le ocurriría utilizar el dibujo de una constelación para situar algo sobre un mapa... Estaba deseando hincar el diente a ciertos papeles que llevaba en el bolsillo, pero se me ocurrió que antes de acometer la difícil tarea no me vendría mal refrescarme las ideas dando una vuelta por el paseo que bordea la playa. Si el cielo estaba despejado, tal vez me permitiese contemplar en directo esa enigmática constelación de los perros de caza.

Lo primero que sentí al salir del hotel y alzar la mirada fue una gran decepción; la luz era excesiva y las estrellas permanecían ocultas tras el resplandor de las luminarias del paseo. Comprendí que tendría que alejarme si quería ver algo, pero no había dado ni dos pasos cuando me tropecé con un corpulento individuo: en lugar de apartarse, se quedó plantado delante de mí, observándome con fijeza.

—¿Tan pronto te has olvidado de mí? —preguntó, sin dejar de mirarme.

—¡David Ramiro! —Me sentía confundido—. Lo siento, iba despistado...

—No te preocupes, es normal que no me esperases a estas horas. Ya sé que es un poco tarde, pero resulta que es el único momento en que he podido desenredarme del trabajo. —Señaló hacia la entrada del hotel que yo acababa de abandonar—. Y se me ha ocurrido acercarme a saludaros.

—Mis padres están acostados —tuve que responder—. Han llegado muy cansados de una excursión a Tejada y se han metido en la cama temprano. Pero podemos subir y despertarlos. Se alegrarán mucho de verte...

—¡Quieto ahí! —Me agarró del brazo, y sus dedos se clavaron en mi carne como una dolorosa pinza de acero—. Déjalos que descansen, que ya buscaré otro hueco para verlos mañana. Pero tú... Ya que estamos aquí, podemos tomar algo juntos aquí al lado, en uno de los chiringuitos del paseo... Y ya que eres más alto que yo, supongo que tus padres no se enfadarán porque te invite a tomar una copa, ja, ja, ja...

Su risa reavivó un recuerdo inquietante que ya creía olvidado: esa misma risa había resonado en mi casa, muchos años atrás, y sin saber por qué sentí un escalofrío. Los garfios clavados en mi brazo me arrastraron sin remisión hacia el paseo, y poco después estábamos sentados frente a frente en la mesa de una de las terrazas. Una camarera simpática y muy guapa nos sirvió un par de cervezas Tropical acompañadas de unas raciones de pulpo a la canaria, taquitos de queso majorero y las consabidas papas arrugadas con mojo. David no le quitaba ojo a la camarera.

—Vengo a menudo a este lugar. —Me hizo un guiño—. Está cerca de la comisaría y puedo acudir dando un paseo... Estarás de acuerdo conmigo en que merece la pena venir hasta aquí: el espectáculo lo vale...

Pasé por alto el comentario y decidí ir derecho al grano:

—¿Habéis dado caza a los perros?

La sonrisa embobada de David se esfumó de golpe y permaneció callado, removiendo con lentos vaivenes de cucharilla el mojo rojo y espeso. Hasta que por fin negó despacio con la cabeza.

—No hay ni rastro de ellos, parece como si se los hubiese tragado la tierra... Pero no me gusta seguir hablando de trabajo a estas horas.

—Siento mucho tener que estropearle el descanso, pero hay algo que me gustaría comentarle...

—Tú dirás.

Me arrepentí de haber empezado, pero ahora era demasiado tarde para echarme atrás. Por otro lado, una parte de mí mismo estaba deseando compartirlo todo con otra persona, y la persona más adecuada era David que, además de policía, era amigo de mi padre. Así que me incliné hacia delante, dispuesto a llegar hasta el final:

—Puede que tenga una buena pista sobre esos ataques de perros que se están produciendo en la isla —anuncié.

La cucharilla se detuvo en seco. En ese momento, la camarera pasó junto a nuestra mesa y nos dedicó una de sus espectaculares sonrisas, pero esta vez David Ramiro ni se inmutó.

—Estás hablando de cosas serias, Carlos.

—Lo sé... Conozco a una chica cuyo abuelo ha muerto hace poco...

—Una chica —repitió como un eco.

—Se llama Yraya, y está convencida de que al pobre anciano le han asesinado. El caso es que entre ella y yo hemos descubierto ciertas cosas...

—¿Qué tipo de cosas? —Los ojos de David me taladraban desde el abismo de sus cuencas profundas.

—Tenemos un mapa de la isla con los lugares de los ataques dibujados por el abuelo de Yraya. Él sabía de antemano lo que iba a suceder, e Yraya opina que por eso le mataron... También conocemos a uno de los perros de la manada... Es un animal raro y desagradable, incluso llegamos a pensar que podía tratarse de un *tibicena*.

—Claro, un *tibicena*.

—Ya sé que suena ridículo, pero ese perro se comporta como... como si tuviera inteligencia. Además, huele mal.

—¿Se puede saber dónde habéis visto a ese... *tibicena*?

—Se llama *Cerberos* y vive en el chalet de su dueño. Lo tenemos localizado...

La mandíbula de David Ramiro se desencajó de forma cómica y sus cejas se arquearon en un gesto de incredulidad.

—¿Pretendes burlarte de mí? Te advierto que estoy muy cansado; he tenido un día horrible y no estoy de humor para bromas estúpidas.

—No bromearía con algo tan serio. *Cerberos* aparenta ser un perro doméstico normal y corriente. Pero no lo es.

La mirada de David era grave y atenta, como si creyese lo que le estaba diciendo. Eso me animó a seguir:

—Ya he dicho que hay algo muy extraño en ese animal, aparte de que lo hemos visto con nuestros propios ojos: iba a la cabeza de la manada. Eso ocurrió la misma

noche del último ataque, cuando hubo varios muertos.

—Según tú, mientras todos buscamos a esa jauría por montes y barrancos, resulta que los perros están tranquilamente en casita, dejándose alimentar y acariciar por sus dueños.

—Eso explicaría el misterio de su escondrijo.

—Ya. Me has dicho que sabéis quién es el dueño de ese *Cerbero*.

—Sí, pero yo no creo que sea el verdadero culpable. Suponemos que alguien se dedica a adiestrarlos para convertirlos en asesinos... Rafael Montesinos, que así se llama el amo de *Cerbero*, ya nos ha facilitado los datos de su adiestrador, y tenemos pensado intentar localizarle.

David bebía un trago de cerveza y tosió, a punto de atragantarse.

—Vas demasiado rápido —dijo con voz ronca—. Creo que deberías empezar por el principio y contarme todo lo que sabes. A ver si me entero.

Y se lo detallé todo. Incluso lo referente a Liam y al manuscrito cifrado, detalles que despertaron su interés. Cuando hube terminado, David repasó las notas que había estado tomando en una pequeña libreta. Luego pagó la cuenta y añadió una suculenta propina para la bella camarera.

—Todo lo que me acabas de relatar es increíble, y en otras circunstancias habría recomendado a tu padre que te llevase a un buen psicólogo. Pero en tu historia hay algunos detalles, ciertas coincidencias que tengo que contrastar con informaciones que tenemos en la policía.

—Me parece lógico.

—Ya veo que has podido poner a prueba esa afición tuya tan especial... Deberías trabajar con nosotros. No creas que abundan los profesionales con tu habilidad para desentrañar jeroglíficos y claves secretas.

—Sólo es un pasatiempo.

—Pero un pasatiempo muy serio. ¿Has hablado de esto con alguien más?

—Con nadie.

—¿Ni siquiera con tus padres?

—No.

—¡Bien hecho! Es muy importante que este tipo de cosas no se divulguen. ¿Me has oído bien? ¡Ni una palabra! No sé cuánto hay de verdad en lo que me acabas de decir, pero cualquier indiscreción podría estropear la investigación. ¿Cómo has dicho que se llamaba el dueño de ese chucho? ¿Montesori?

—Montesinos. Rafael Montesinos.

—¡Perfecto! —Se levantó de la silla con brusquedad—. Has hecho muy bien en hablar conmigo, ya que voy a utilizar tu información de la forma más adecuada. Pero os prohíbo a ti y a esa Yraya que sigáis jugando a detectives. Por cierto, será mejor que me des la dirección de la chica, por si tuviera que hacerle algunas preguntas.

Volvió a sacar su libreta y anotó cuidadosamente los datos que yo le daba.

—Asuntos como éste son muy peligrosos —farfulló mientras escribía—, y hay

que dejarlos en manos de gente experimentada. ¿Lo prometes?

—De acuerdo —concedí de mala gana.

—¡Ah! Y no sigáis dándole vueltas a esa tontería del *tibicena*. No son más que leyendas rancias.

Se despidió con un fuerte apretón de su pinza de picar carne —que me dejó la mano dolorida para el resto de la noche—, y luego se esfumó entre los paseantes.

Tras la marcha de Ramiro, encaminé mis pasos en sentido opuesto al hotel, siguiendo con mi propósito inicial de contemplar las constelaciones. Me sentía desconcertado. Después de haber puesto al corriente al policía tendría que haberme liberado de un gran peso, pero en vez de ello estaba inquieto y una especie de remordimiento me corroía por dentro: en cierto modo, tenía la sensación de haber traicionado a Yraya al divulgar nuestro secreto. Y tampoco sería fácil obedecer la orden de David Ramiro de mantenernos al margen: era imposible frenar a Yraya, lanzada como una joven leona hambrienta tras el rastro fresco de una presa. Ella seguiría buscando al adiestrador, indagaría pistas en todas partes, registraría el barco de Liam, y me obligaría a desentrañar los secretos del viejo libro del marino francés; incluso montaría guardia a la puerta de la apestosa caseta del perro asesino, si eso le pareciese necesario. Comprendí que nada ni nadie podía ya detener a Yraya. Y ella se ocuparía de arrastrarme a mí también...

CAPÍTULO 14

UNA SOMBRA ENTRE LAS SOMBRAS

Mientras caminaba, me dediqué a repasar las cuestiones menos evidentes de aquella pesadilla: ¿qué sentido podía tener hoy día, en la era del GPS^[6] y los ordenadores, seguir el trazado de una constelación para planificar los ataques de unos perros? Parecía razonable que un marino del siglo XVIII se sirviera de modo natural de las referencias celestes; pero que alguien de nuestros días estuviese utilizando esquemas viejos de dos siglos, eso carecía de toda lógica. ¿Qué tipo de mente retorcida y diabólica se escondía detrás de semejante comportamiento? Tal vez la clave de todo estaba a mi alcance, oculta en los intrigantes pasajes encriptados del libro de Vallencourt... Ese pensamiento me hizo desear volver enseguida al hotel, donde me aguardaban los fragmentos que Yraya y yo habíamos copiado, de forma precipitada y a hurtadillas, en la casa del irlandés. Pero antes de regresar quise cumplir mi empeño de contemplar con mis propios ojos la constelación de los perros de caza, elegida por una mente tenebrosa para llevar a cabo sus propósitos insondables. Deseaba tener la misma visión que antaño se grabó en las retinas de tantos marineros, cuando en la oscura soledad de la noche escudriñaban ansiosos los signos del cielo que los guiarían de vuelta a casa.

Enfrascado en mis pensamientos, llegué hasta un lugar donde las olas, amortiguadas por la barra, rompían al mismo pie de la balastrada. Me detuve un instante para observar cómo alguien pescaba allí, lanzando sus artes una y otra vez, hasta que al fin sacó un enorme pez que se retorció en el suelo, mientras sus brillantes escamas despedían destellos irisados a la luz de las farolas. Me sentí igual que el pobre animal, cautivo de un sedal cuyo anzuelo yo mismo había mordido y que me tenía atrapado sin remedio...

Aparté la vista del pescador y su presa agonizante para elevarla de nuevo hacia el firmamento, pero la iluminación era todavía excesiva y me impedía discernir sus secretos. Me alejé por el paseo que aún rebosaba vida: los restaurantes y terrazas inundaban el aire con aromas variados de manjares y especias, mientras algunos vendedores ambulantes de origen africano ofrecían sus mercancías a los paseantes. Poco a poco fui dejando atrás todo aquello y me adentré en el extremo más alejado y oscuro de la playa: el mismo lugar solitario donde tuvo lugar mi primer encuentro con Yraya y *Bardi*. A medida que me adentraba en las tinieblas, el cielo se iba poblando de diminutos puntitos luminosos que crecían y se multiplicaban hasta convertirse en una pasmosa multitud de astros rutilantes. La sensación de profunda inmensidad del universo me produjo un efecto parecido al vértigo. Nunca había contemplado un cielo como aquél, y por un instante me sentí como una microscópica

partícula de polvo perdida en el infinito. Me dediqué a buscar el conocido dibujo, aunque no supe hallarlo en medio de tanta estrella; debería haberle preguntado a mi padre hacia dónde tenía que mirar... Seguí avanzando, con la vista clavada en la bóveda celeste, sin darme cuenta de lo lejos que me encontraba de la zona iluminada.

Cuando por fin tomé consciencia de mi soledad, estaba justo en la parte más oscura de la playa. Entonces, me fijé en una silueta opaca que había aparecido a lo lejos y se aproximaba bordeando el agua: era un enorme sabueso. El animal se quedó plantado a cierta distancia, observándome con fijeza, y entonces percibí algo muy inquietante en su aspecto: sus ojos despedían un siniestro fulgor rojizo.

¡Era él!

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal dejándome paralizado, incapaz por completo de moverme. En ese preciso momento, las lejanas farolas del paseo emitieron un espasmódico parpadeo y se apagaron, quedando todo sumido en la oscuridad más absoluta. Sorprendido por las repentinas tinieblas, intenté dar media vuelta para regresar corriendo al hotel; pero era demasiado tarde. Mis piernas no me obedecían: el terror me tenía agarrotado y ya no podía escapar.

Todo sucedía exactamente igual que la primera vez, cuando junto a Yraya y el erizado *Bardi* nos enfrentamos a esa misma presencia malévola, con la diferencia de que ahora yo sabía quién era el adversario. La oscuridad era total, y un insólito viento frío calaba hasta la mismísima médula de mis huesos. El brillo maligno de aquellos ojos había desaparecido, pero yo sabía que el perro seguía allí plantado, y lo percibía con algún sentido interior que desde luego no era la vista. La descripción que Yraya había hecho del *tibicena* surgió con fuerza en mi memoria: «No podrás verlo porque no es más que una sombra entre las sombras, pero sentirás un soplo helado en tu corazón y sabrás que está ahí...».

De las tinieblas surgió un sonido cavernoso, algo parecido a una risa ronca y gutural.

De mi alocado regreso al hotel recuerdo poco, pero todavía noto una sensación de vacío que me atenaza el estómago cuando intento recordarlo. Supongo que esa noche corrí como nunca antes había corrido, y sólo el miedo me otorgó la energía necesaria para obligar a mis piernas vacilantes a seguir funcionando. Como es lógico, ni se me ocurrió acostarme e intentar dormir después de semejante experiencia. En cambio, decidí pasar el resto de la noche sentado frente a las páginas copiadas del libro de Liam. El caso es que el encuentro en la playa me había descentrado hasta el punto de no poder recordar lo que había aprendido acerca del código Vigènere. Los libros que necesitaba se hallaban a casi dos mil kilómetros, en la lejana Península, y ni siquiera mi querida *Juli* me servía de ayuda, pues su memoria sólo contenía los programas de mi reciente proyecto Enigma. A pesar del frescor de la noche, el sudor chorreaba a lo largo de mi espalda y pegaba mi piel a la barnizada superficie de la silla. Cualquier

leve ruido me sobresaltaba, y no podía evitar imaginarme a *Cerbero* al otro lado de la puerta. A veces incluso me parecía sentir clavada en mí la alevosa mirada de sus ojos taimados, acechándome a través de la madera. ¿Por qué aparecía siempre en el mismo lugar de la playa? Al día siguiente le propondría a Yraya que inspeccionásemos con detalle la zona.

Cuando por fin me metí en la cama, los primeros resplandores del amanecer ya se filtraban entre las cortinas, aunque eso no bastó para que pudiera desprenderme de aquella angustiada opresión en el estómago que duraba desde mi encuentro con la sombra. Estaba ya muy avanzada la mañana cuando se despertaron mis padres y me sacaron de la cama. Habían amanecido de excelente humor, y ni siquiera se fijaron en las enormes ojeras que subrayaban mis párpados enrojecidos.

Después de ducharme y desayunar, me senté al lado del teléfono, a punto de reventar de impaciencia, y apenas le dejé tiempo suficiente para completar su primer timbrado. Por fin pude escuchar la esperada voz de Yraya:

—¿Lo has descifrado ya? —gritó a modo de saludo.

—Vayamos por partes. En primer lugar, resulta que los dibujos que hizo tu abuelo en el mapa representan una constelación. En concreto, el can mayor y el can menor. Juntos forman los perros de caza.

—Constelación-de-los-perros-de-caza —repitió muy despacio—. ¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¡Eres un genio!

—No es necesario que me adules, aunque me encanta que lo hagas. Tengo que confesar que me ayudó mi padre.

—Quiero que sepas que soy sincera cuando te digo que eres genial, y no trates de quitarte mérito... Eso de la constelación parece encajar con todo lo demás: la periodicidad del ciclo lunar, el libro de Vallencourt... Sólo falta averiguar quién lo hace...

—Y por qué lo hace. Supongo que, sea quien sea, le interesa la astronomía. El caso es que yo no he pegado ojo en toda la noche... He vuelto a ver a *Cerbero*...

—¡No puede ser! —Su voz cambió de tono—. ¿Dónde estaba?

—En el mismo sitio de la otra vez. Y no se te ocurra preguntarme lo que hacía yo allí.

—¿Qué hacías tú allí?

—Bueno, la verdad es que ni yo mismo lo sé. Salí a dar un paseo para ver las estrellas y me topé con David Ramiro, ya sabes, el amigo policía de mi padre. Me invitó a tomar algo, y yo le expliqué casi todo lo que llevamos descubierto...

—¡Has traicionado nuestro pacto! —Parecía enfadada de verdad.

—No te sulfures. Ya habíamos acordado denunciar todo esto.

—Sí, pero deberías haberme consultado antes. Ahora la policía echará por tierra toda la investigación...

—Lo siento de veras, pero sólo hice lo que me pareció más conveniente.

—No le habrás hablado también de Liam, ¿verdad? —preguntó amenazante.

—No he tenido más remedio. He pensado que era mejor decir la verdad. Le pareció muy interesante lo del libro encriptado...

—¡Menudo desastre! En fin, la cosa ya no tiene remedio... —La voz de Yraya se dulcificó un poco—. A propósito del libro, todavía no me has contestado. ¿Lo has conseguido descifrar?

—No, pero he progresado mucho. Para empezar, ya estoy seguro de que Vallencourt utilizó una tabla de Vigènere...

—¿Cómo dices?

Se oían voces de fondo que distraían a Yraya.

—¿Ocurre algo? —pregunté inquieto.

—No sé lo que ocurre —respondió ella al cabo de un instante—. Parece que mis padres están discutiendo con alguien... —Me la imaginé apartándose del teléfono para escuchar mejor—. Hay un jaleo tremendo ahí abajo... Espera un segundo, que voy a bajar a ver qué pasa.

El segundo se prolongó durante varios minutos. Las voces sonaban muy excitadas, aunque demasiado lejanas y confusas para que yo pudiera entenderlas. Por fin regresó Yraya, y su voz había cambiado tanto que me costó trabajo reconocerla.

—¡Rafael Montesinos ha muerto! —anunció sin resuello.

—¿Qué?

—Lo acaban de encontrar en el salón de su casa, bañado en su propia sangre y con el cuerpo destrozado... Por la sangre seca, dicen que puede llevar cierto tiempo muerto. Tal vez desde anoche.

Durante unos segundos fui incapaz de hablar. No podía dejar de recordar al vecino de Yraya, su chándal gris, su sonrisa forzada y el mal disimulado miedo que sentía hacia su propio perro. Ahora estaba muerto.

—¿Qué ha pasado con el perro? —acerté a preguntar.

—*Cerbera* ha desaparecido.

CAPÍTULO 15

UN HOYO EN LA PLAYA

El viento cálido del este pulverizaba los blancos rizos de unas olas que, desde su remota procedencia, venían a morir entre negras y torturadas formas de lava erosionada. Piedra antaño líquida y agua bravía se fundían allí en una disonancia de matices que evocaban el principio mismo de la vida; y esos tonos eran los mismos que anidaban en los indescifrables ojos de Yraya, cuyas pupilas también evocaban abismos insondables y primigenios. Llevábamos ya un rato sentados sobre el viejo malecón, contemplando la llegada incesante de aquellas crestas espumosas venidas de mar adentro. Se me ocurrió pensar que quizá esas ondas habían recorrido los mismos mares que Jacques de Vallencourt navegó doscientos años antes, cuando con la vista fija en las constelaciones puso rumbo a Gran Canaria: el último puerto de su largo viaje.

—Lo de tu vecino es terrible —repetí por enésima vez.

—Sí, ha sido espantoso. Todavía no me he recuperado de la impresión; el maldito *Cerbero* ha enloquecido del todo.

—¿A qué espera la policía para abatir a ese animal asesino? ¿Cuántas muertes serán necesarias?

—Tu amigo David Ramiro dice que están haciendo lo que pueden...

—¿David Ramiro? —me sobresalté—. ¿Has hablado con David?

—Me tropecé con él cerca de casa. Al parecer, me estaba buscando; dijo que había apuntado mal mi dirección cuando tú se la diste...

—¿Qué te pareció?

—No sé, es un tipo raro. Me estuvo haciendo muchas preguntas, incluso me pidió que le entregara el diario de mi abuelo. Naturalmente, me negué a eso último; ni siquiera la policía tiene derecho a cotillear algo tan personal. Luego volvió a insistir en que dejáramos de meter las narices en el asunto.

—¿Te habló de lo que piensan hacer para capturar a *Cerbero*?

—Sólo dijo que aumentarían la intensidad de las batidas. Pero ese perro es muy astuto, y dudo que lo atrapen.

—Yo también lo dudo. Supongo que por el día se mantiene escondido en alguna parte, y sólo sale al amparo de la oscuridad... Anoche, en la playa, *Cerbero*... —Un nudo en mi garganta me dificultaba el habla—. Anoche ya había cometido su horrendo crimen.

—No debiste ir allí. También pudo matarte.

—Pero no me mató. Sólo Dios sabe por qué, pero no lo hizo.

—Sigo sin entender esa querencia suya por esa parte de la playa.

—Allí debe de haber algo que lo atrae; tal vez usa las excavaciones de las obras como escondrijo...

—¿Vamos a verlo? —se entusiasmó Yraya.

—Pensaba proponértelo. Pero estaremos desobedeciendo al policía...

—¡Al diablo el policía! Podemos ir y volver en poco tiempo.

—Había quedado con mis padres para comer.

—Les puedes avisar desde mi móvil. Conozco un chiringuito cerca de aquí donde se come en plan casero. Te invito: tú y yo solos, y las olas rompiendo a nuestros pies...

—¡Me encanta la idea!

—Pues no demuestras mucha alegría...

—Es que todo esto me tiene muy preocupado. Daría cualquier cosa por estar contigo, pero sin perros ni problemas de por medio. Odio este constante temor a que algún desastre acabe con todo.

—Tu único defecto, Carlos, es que eres un poco pesimista. Hasta ahora no nos ha pasado nada malo.

—Pero nos pasará si seguimos tentando la suerte. Ahora *Cerbera* vaga por ahí, y ni siquiera necesita quitarse el collar para moverse a su antojo —Miré a un lado y a otro con desconfianza—. Tal vez nos esté vigilando en este mismo momento.

—No pienses en eso —Yraya sacudió la cabeza y me ofreció el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo—. Anda, llama a tu familia y di que te voy a secuestrar otra vez.

El teléfono de Yraya era un modelo pequeño, y llevaba una pegatina con la figura de Gandalf, el mago de *El señor de los anillos*.

—No creo que pongan ninguna pega por eso —dije mientras marcaba el número del hotel—. Les caes muy bien y parece que ya se están acostumbrando a no verme el pelo.

Bajo la radiante luz del sol, el aspecto de la playa era muy diferente. Al llegar a la franja en obras, nos encontramos con mucha actividad: había pesadas excavadoras y obreros atareados por todas partes. Un hombre se acercó y nos cerró el paso:

—¡Buenos días! —saludó con escasa amabilidad—. Por aquí no se puede pasar.

—¿Por qué?

—Estamos trabajando: hay varias máquinas en movimiento y es peligroso.

Entonces, Yraya me sorprendió con una interpretación digna de una actriz profesional: su rostro se entristeció, y retorció las manos con repentino desconsuelo.

—Mi madre me matará —se lamentó al borde del llanto—. Fijo que me matará.

El hombre arqueó las cejas, perplejo.

—Anoche estuvimos aquí dentro... paseando —prosiguió la comedianta—. Y en algún momento se me debió de caer la pulsera que me regaló por mi cumpleaños.

—Su madre es muy severa —añadí para seguirle el juego.

—Tengo que recuperarla como sea. Se pondrá furiosa si se entera de que la he perdido.

—Usted no la conoce —confirmé, sacudiendo la cabeza—. Pero le aseguro que su madre es una mujer de cuidado.

—¡Eh! —Yraya se volvió indignada hacia mí—. ¡No te metas con mamá! ¿Vale?

—¿Lo ve? —Hice un gesto de impotencia—. Ese genio es cosa de familia. Si usted supiera...

El hombre nos miró alternativamente y sin saber qué decir. Luego se rascó la cabeza y al fin se apartó a un lado.

—Conque un paseo por la noche, ¿eh? —Soltó una risita irónica—. Está bien, chicos. Podéis entrar y buscar esa pulsera. ¡Pero mucho cuidado con las zanjas y las excavadoras!

En cuanto alcanzamos una distancia prudencial, Yraya me atizó un discreto codazo en el estómago.

—¡Has estado genial!

—¡Pues anda que tú!

—Se confirma que formamos un buen equipo. —Me dedicó una mirada capaz de derretir un iceberg—. Tú y yo juntos sumamos mucho más de lo que somos por separado... ¡Cuidado! Parece que el fulano nos vigila.

—Tendremos que simular que buscamos una pulsera, cuando en realidad lo que buscamos es... ¿Lo sabes tú?

—No, pero a lo mejor resulta que acabamos encontrando una pulsera.

—Ya puestos, ¿por qué no un collar de diamantes?

Nos acercamos al lugar de las apariciones, y me decepcionó verlo tan desprovisto de misterio.

—Era por aquí —dijo Yraya.

—Seguro, pero no se ve nada raro, aparte de ese muro de hormigón...

—Y un pozo.

Me encaminé hacia el agujero.

—Tampoco nos interesa: está taponado con cemento.

Yraya se agachó para raspar la superficie con los dedos.

—Está fresco. No entiendo de cementos, pero yo diría que lo acaban de echar.

—¡Vaya por Dios! —exclamé—. ¡Ahí viene otra vez ese pesado!

El hombre se acercaba con paso indolente: parecía más aburrido que interesado.

—¿Qué tal va esa búsqueda?

—A lo mejor puede usted ayudarnos. —De forma milagrosa, Yraya había recuperado su estado de angustia—. Nos parece recordar que estuvimos por aquí, y nos preguntamos si la pulsera no habrá caído en el interior de este agujero que parece recién cubierto.

—Pues más vale que no. Si está ahí dentro, te puedes despedir de tu pulsera.

—¿No se puede volver a destapar?

—Ni lo sueñes... Pero, aunque lo hiciéramos, no serviría de nada. Ese agujero es muy profundo.

—¿Para qué sirve? —pregunté yo.

—Ya estaba ahí cuando se iniciaron las obras. Es de origen natural, y probablemente conecta con una antigua chimenea volcánica —señaló hacia el mar—. Allí, en la barra, hay más. Mis hijos suelen jugar a lo que llaman «el ascensor», que consiste en meterse en uno de esos pozos y dejarse llevar por el agua que sube y baja a toda velocidad...

—¿No es peligroso?

—No más peligroso que otras cosas que hacen los chavales.

—¿Hasta qué profundidad pueden llegar?

—Suelen alcanzar unos pocos metros. Aunque algunas parecen insondables —se echó a reír—. Ésta llega por lo menos hasta China.

—Hasta Hawai —corrigió Yraya.

—¡O hasta el mismísimo infierno! —Dio una patada que hizo temblar el suelo—. Porque es la enésima vez que intentamos tapparla.

Mezclado con el estruendo del golpe me pareció oír el eco profundo y ronco de un ladrido. Por un instante se me puso la carne de gallina, pero luego pensé que había sido una figuración mía, porque ni Yraya ni el capataz daban muestras de haber notado nada.

—¿Insinúa usted que se destapa sola? —preguntó Yraya.

—Ya es la cuarta o quinta vez que lo hace. Uno de los aparejadores ha llegado a pensar que por ahí salen gases a presión que quiebran y socavan el cemento. También se ha hablado de las mareas, pero casi todos estamos convencidos de que se trata del vandalismo de alguna pandilla de gamberros. Se ve que esa gentuza no tiene nada mejor que hacer, aparte de venir por las noches a fastidiar a los que nos ganamos la vida trabajando por el día.

—Bueno, pues nosotros nos vamos —anunció Yraya, tironeando de mi brazo—. La pulsera debe de estar ya en China... o en Hawai.

Antes de marcharnos, le dediqué una última mirada a la abertura sellada: en realidad era pequeña, con menos de un metro de diámetro. Pero suficiente para dejar paso a un perro grande.

Tras dar unos cuantos pasos, me volví hacia Yraya.

—¿Y ahora qué?

—Poco a poco vamos progresando. Parece que nuestro *tibicena* utiliza antiguas galerías y chimeneas volcánicas para moverse y ocultarse. Supongo que habrá un dédalo de cuevas y conductos en el subsuelo de la isla, y en algún lugar de esas profundidades tendrá su guarida.

Los dos miramos instintivamente hacia el suelo.

—Y puede que ahí abajo haya algo más...

—¿A qué te refieres?

—Me refiero al origen de todo esto.

—No pretenderás que nos metamos a hacer espeleología, porque te aviso que no estoy dispuesto.

—No, pero se me ocurre otra cosa menos arriesgada. ¿Te gusta viajar en barco?

CAPÍTULO 16

NAVEGANDO HACIA LO DESCONOCIDO

Yraya y yo permanecíamos en silencio, sumidos en la oscuridad del diminuto compartimento y medio enredados en el húmedo velamen allí almacenado. La negrura era tan espesa que daba igual tener los ojos abiertos o cerrados, lo cual producía la desagradable impresión de estar completamente ciego. Por mi parte, estaba nervioso y de muy mal humor, y no podía dejar de preguntarme cómo se las había arreglado Yraya para engatusarme y hacerme aceptar su atrevido plan, que consistía en adelantarnos a Liam y escondernos en su barco antes de que él zarpara. Su argumento de que ésa era la única manera de descubrir el destino de los viajes de Liam no debería haberme convencido. Pero me convenció.

Y por culpa de mi debilidad ahora estábamos atrapados en aquella oscuridad opresiva, sin osar siquiera cuchichearnos el uno al otro alguna palabra de aliento. El aire denso y viciadoapestaba a lona húmeda, a salitre y a madera podrida; a medida que transcurrían los largos minutos, el fastidio y la incomodidad hacían cada vez más insostenible la espera. Hasta que ya no pude aguantar aquello y me dispuse a buscar la salida.

—¿Qué te pasa? —susurró Yraya.

—Que ya no resisto ni un segundo más aquí dentro. Parece que el pirado de tu amigo ha decidido que hoy le toca bicicleta... Nos podemos morir de asco aquí dentro.

—Ten un poco de paciencia, hombre —suplicó ella.

—Demasiado tarde: la tengo agotada.

Ya había iniciado la búsqueda a tientas de la trampilla de salida, cuando el casco vibró con un ruido inesperado, acompañado de un repentino balanceo. Resultaba obvio que un cuerpo pesado acababa de subir a bordo, lo que quedó definitivamente confirmado por el retumbar de pasos que hicieron crujir las viejas maderas de la cubierta, justo encima de nuestras cabezas. Contuve la respiración, convencido de que la portezuela del cubículo se abriría de un momento a otro, poniéndonos en evidencia. Pero el tiempo transcurría, y los sonidos que provocaba el gigante con su incesante trajinar fueron acallándose poco a poco. Aparte de los indescriptibles chasquidos y rechinamientos que nos transmitía la estructura de la embarcación, la única sensación física que yo experimentaba era la producida por el bamboleo y los inesperados cambios de inclinación que la oscuridad y el miedo convertían en amenazadores. Y es que, lejos de compartir el optimismo de mi amiga, yo estaba seguro de que aquella locura acabaría mal. No sólo me asustaban las consecuencias del inevitable enfado del irlandés cuando se enterara de nuestra presencia; también

me angustiaban los peligros que nos podía reservar el lugar desconocido al que nos dirigíamos. Yraya aproximó su boca a mi oído y demostró que, como de costumbre, pensaba de otra manera:

—¡Estamos navegando! —cuchicheó pletórica de entusiasmo—. Por fin descubriremos el destino de las misteriosas travesías de Liam.

Estuve a punto de contestar que, con semejante individuo, la travesía sólo podía acabar de forma siniestra... Pero preferí callarme.

El suave vaivén inicial fue aumentando paulatinamente hasta convertirse en amplias oscilaciones e incluso fuertes bandazos. Ahora sólo se oía el rugido de las encrespadas masas de agua que azotaban sin piedad el frágil casco de madera; también algún lastimero crujido del viejo armazón, sonido que me hacía temer una rotura fatal que nos hundiría para siempre en las insondables aguas del Atlántico. Por suerte, Yraya se mantenía serena y me transmitía, a través de un mudo lenguaje de contactos suaves y pequeñas caricias, una tranquilizadora sensación de paz. Pero el tiempo transcurría sin que el bamboleo diera señales de querer atenuarse. Llegó un momento en que empecé a marearme y a sentir náuseas, aunque el miedo a ser descubiertos —o el pánico al ridículo delante de Yraya— me forzó a aguantar estoicamente. Respiré hondo, intenté relajarme y pensar en mis amigos de la Península, tan lejanos que casi parecían no haber existido nunca. Especulé con la aterradora cantidad de agua que nos rodeaba por todas partes, y traté de imaginar los abismos fríos y oscuros que se perdían bajo nuestra quilla... Así transcurrieron los minutos...

Y las horas...

Parecía que aquella travesía no iba a terminar nunca. Supongo que acabé por quedarme dormido, porque me sobresaltó la mano de Yraya sacudiéndome con firmeza.

—¡Vamos! —susurró en mi oído—. Hemos atracado en alguna parte, y hace rato que Liam se ha marchado.

Comprobé que, efectivamente, los movimientos de la embarcación habían cesado, y un sorprendente silencio se había adueñado del vetusto maderamen carcomido por el viento y la sal. Sin embargo, a cierta distancia se oía el embate de olas suaves que rompían contra unas rocas. Intenté moverme, aunque sin éxito. Pronto descubrí que tenía el cuerpo entumecido por tanta inmovilidad, y a duras penas conseguí librarme del abrazo de las lonas. Luego me arrastré como pude hasta la pequeña escotilla que daba acceso a aquel compartimento destinado a almacenar aparejos, y no a transportar pasajeros. La cubierta resplandecía bajo un cegador sol de mediodía, y me vi obligado a entornar los ojos.

No había ni rastro del irlandés.

Nos encontrábamos fondeados en el centro de una ensenada cuyo malecón natural

ofrecía un relativo refugio frente a las agresiones de la marejada. El oleaje llegaba amansado para salpicar con su espuma las rocas dispersas y afiladas de una costa que se me antojó tan próxima como inhóspita. A lo lejos, una diminuta lancha neumática tipo Zodiac se balanceaba amarrada en medio de aquellas rocas.

—¿Dónde estamos? —pregunté—. ¿Conoces este lugar?

—No estoy segura —suspiró la muchacha, oteando en todas direcciones—. He viajado varias veces a todas las islas, pero este paisaje no me suena... ¡Mira! Allí hay una casa.

Desde la misma orilla se elevaba un litoral pedregoso que culminaba a gran altura en un escarpado peñón, cuya cumbre se hallaba coronada por una construcción ruinoso. Más arriba, ensombreciendo el azul profundo del cielo, flotaba una curiosa y oscura nube en forma de herradura.

—Tenemos que ir hacia allá —decretó mi amiga.

—¿Cómo piensas que desembarquemos? Parece ser que tu amigo ha utilizado el único medio disponible.

Sin abandonar su habitual sonrisa, Yraya se quitó los zapatos y pasó una pierna por encima de la barandilla.

—Pues nadando, naturalmente —se limitó a responder.

Y una vez hecha la aclaración, saltó.

Yraya desapareció en medio de un sonoro chapuzón, y en un instante el mar se había tragado su esbelto cuerpo. Yo me mantuve aferrado a la barandilla, sin atreverme a tomar la fatídica decisión. Aunque sabía nadar de manera aceptable, me asustaban las aguas profundas que nos rodeaban, sin duda infestadas de tiburones, morenas y otros voraces depredadores. Pero cuando vi a Yraya haciéndome señas desde la orilla, no tuve más remedio que hacer de tripas corazón y zambullirme para ir tras ella.

Desde lo alto del peñón se divisaba un paisaje sobrecogedor: escarpadas montañas rodeaban un valle profundo cubierto de vegetación. El bosque, hendido en el centro por el plateado y serpenteante trazado de un curso de agua, era denso y tupido como una selva pluvial. Algunas aves planeaban por debajo de nosotros, y sus majestuosas siluetas se recortaban sobrevolando las copas altas de los árboles. En el valle bullía una vida exuberante y desconocida, como lo atestiguaban los rumores que desde la lejanía alcanzaban nuestros oídos: cantos y silbidos de pájaros se entremezclaban con gritos estridentes y gruñidos apagados.

—¿Dónde estamos? —pregunté en un susurro.

—Eso quisiera saber yo.

Un aullido prolongado surgió entonces desde lo más profundo del valle y se elevó, agudo y lastimero, hasta quebrarse de pronto en una nota lúgubre que las montañas devolvieron en mil ecos. Sentí un escalofrío y se me puso la carne de

gallina.

—¡Vamos! —apremió Yraya señalando hacia la casa—. Liam no debe de andar lejos.

—Sí, vayamos a la casa.

Antes de seguir los pasos de mi compañera, miré hacia el cielo; la nube en forma de herradura parecía ahora mucho más cercana. Y más negra.

CAPÍTULO 17

UN LUGAR EN NINGUNA PARTE

Vista de cerca, la solitaria mansión ofrecía un aspecto incluso más ruinoso de lo que dejaba presagiar desde lejos. En las oscuras paredes de piedra, arqueadas por el paso de los años y carcomidas por la intemperie, la pintura brillaba por su ausencia. En cuanto al tejado, presentaba varios boquetes y amenazaba con venirse abajo de un momento a otro. Algunas ventanas estaban tapiadas con grandes maderas, mientras que otras exhibían con descaro la miseria de sus cristales rotos. No se apreciaba signo de vida alguno, ni tampoco se veían rastros de Liam o de cualquier habitante de la mansión. —Si es que aquella ruina decadente los tenía—. El lugar parecía tan desolado y muerto como la arcaica piedra sobre la que se asentaba. Nos aproximamos hasta alcanzar la verja que rodeaba la propiedad y, tras unos segundos de vacilación, la franqueamos.

—¡Liaaaaam! —Llamó Yraya con voz insegura.

Un lejano cacareo que procedía del valle fue la única respuesta.

—¡Calla! Si queremos averiguar lo que se trae entre manos, será mejor que no nos descubra.

—Está bien. Sigamos en silencio —accedió mi amiga.

La casa estaba rodeada por un espacio yermo que en tiempos pudo ser una huerta o un jardín, ahora tan abandonado y marchito como el resto del lugar. Adosado al flanco derecho del caserón escoraba un ennegrecido cobertizo de factura más reciente, aunque su techado de pizarra también parecía a punto de desplomarse de un momento a otro. Bordeamos una larga hilera de piedras recubiertas de musgo que conducía hacia la casa, y nos detuvimos ante la vieja puerta de madera: estaba precintada por espesas telarañas, testimonio de los años transcurridos desde que alguien la franqueó por última vez.

Tuvimos que hacer una pausa, respirar hondo y hacer acopio de valor para decidimos a proseguir la exploración. La puerta no estaba cerrada con llave, y al empujarla sus goznes emitieron un sonoro quejido de protesta por nuestro atrevimiento. Bañado en una suave penumbra, el interior olía a humedad y a tiempos pasados; no era un olor desagradable, pero evocaba una inexplicable melancolía. Los muebles, de diseño sencillo y rústico, estaban dispuestos con tal armonía y buen gusto que, pese a estar cubiertos de polvo y telarañas, todavía sugerían cierta hospitalidad acogedora.

—¿Sientes lo mismo que yo? —preguntó Yraya en voz baja.

—No me importaría quedarme a vivir en esta casita —respondí.

—A mí tampoco —suspiró ella—. Y me encantaría haber podido conocer a

quienes vivieron entre estas paredes. Tuvieron que ser personas amables y bondadosas. Se nota en el ambiente.

—Pero Liam no está aquí. Debemos salir si queremos averiguar lo que hace.

—Está bien —concedió Yraya de mala gana.

Nos sorprendió comprobar que la claridad había menguado mucho, y mientras los últimos rayos anaranjados del sol acariciaban la cima de las cumbres más altas, el profundo valle se hallaba ya sumido en las sombras.

—¡Se ha hecho muy tarde!

—Pronto anochece —confirmó Yraya—. No lo entiendo, juraría que el Sol aún brillaba bien alto hace un momento, cuando entramos en la casa.

Yo compartía la misma sensación imposible de explicar; parecía como si el tiempo hubiese transcurrido más deprisa en el interior de la casa.

—¡Vamos! —apremió Yraya.

Decidimos avanzar por el sendero que bordeaba el valle y se adentraba en la montaña. A nuestra derecha se alzaban hacia el cielo riscos imponentes, tan altos que parecían a punto de tocar aquella misteriosa nube en forma de herradura, que la luz del crepúsculo había dotado de vivos tintes rojizos.

De pronto, Yraya se detuvo y me sujetó el brazo con fuerza.

—¡Mira! —exclamó señalando hacia arriba.

Esforcé la vista en la dirección indicada por ella y descubrí una figura encaramada en el más alto de aquellos peñascos. La silueta permanecía tan quieta como una roca.

—¡Es Liam!

—Eso parece. Pero ¿qué hace ahí?

Daba vértigo contemplar la proximidad de la diminuta figura al borde del abismo tremendo que se perdía en las negras profundidades del valle.

—Espero que no pretenda suicidarse —me inquieté.

—No parece que ésa sea su intención. Está ensimismado en el espectáculo que tiene ante él.

Estuvimos un rato observando en silencio al hombre inmóvil: parecía una gárgola esculpida en la misma piedra, y daba la impresión de formar parte del paisaje, como si hubiese estado allí desde siempre.

—El panorama es impresionante —reconocí—, pero me cuesta creer que tu amigo navegue todos los días durante horas sólo para venir a meditar aquí.

—La mente humana tiene mecanismos indescifrables —reflexionó Yraya—. Sólo Liam sabe por qué lo hace... O puede que ni él mismo lo sepa.

—¿Qué hacemos? No podemos esperar más tiempo aquí. En algún momento saldrá de su éxtasis y bajará. Si nos descubre, se enfadará mucho. Imagínate que decide abandonarnos en este lugar perdido.

—Liam nunca haría eso. Pero si lo hiciera, me temo que no resultaría fácil encontrar el camino para volver a casa.

—Pues nos quedaremos a vivir en la casita del peñón.

—¡Para siempre! —dijo Yraya con un brillo en los ojos.

La idea era bonita, pero su encanto se disipó al instante: estábamos en un lugar que parecía existir dentro de un sueño, y de los sueños hay que despertar. Pensé en mis padres y en todas las cosas que nos aguardaban en nuestro mundo de siempre.

—Tenemos que volver —anuncié con pesar.

—Tienes razón —convino ella—. Vayamos a escondernos en el barco antes de que Liam decida bajar.

Miramos hacia el risco y nos quedamos helados: la silueta había desaparecido.

CAPÍTULO 18

LA CONFESIÓN DE LIAM

Yraya y yo corrimos sendero abajo, sin tiempo para detenernos a echar un último vistazo a la triste vivienda y los polvorientos recuerdos atrapados entre sus muros.

—¡Nos va a pillar! —jadeé—. Y no podremos subir al barco sin que nos descubra desde lo alto del acantilado.

—¡Corre y calla! —apremió Yraya.

El valle se hallaba sumido en la oscuridad, pero los sonidos que surgían desde abajo indicaban que la vida nocturna había tomado el relevo allí. La falta de luz me hacía temer que no pudiésemos localizar el camino que bajaba del acantilado, y ese sendero era nuestra única esperanza de encontrar el barco que nos permitiría volver a casa. De pronto, una silueta enorme se alzó frente a nosotros y nos cerró el paso.

—¡Vaya! —rugió una voz poderosa—. Aquí están mis dos polizones.

—¡Liam! —chilló Yraya.

Se produjo entonces un silencio cargado de tensión. De la reacción del gigante dependía ahora nuestro destino.

—¡No me gusta que me tomen el pelo! —gruñó Liam con más amargura que rabia—. Habéis violado mi intimidad, y eso ya no tiene remedio... ¡Vamos! Ya ha oscurecido, y tenemos que llegar al barco. Nos espera un largo viaje a la luz de las estrellas.

Era noche cerrada cuando llegamos a la costa, pero el bote neumático nos evitó la desagradable experiencia de zambullirnos en las aguas ahora negras y ominosas. Después de afianzar la Zodiac a bordo del velero, el irlandés levó el ancla e izó las velas, que se inflaron al instante bajo el sople de una brisa suave y cálida. El esqueleto de la vetusta embarcación gruñó y vibró, y pronto escuchamos el sonido del agua deslizándose bajo el casco. Estábamos navegando. No terminaba de entender cómo Liam podía orientarse en medio de las tinieblas y evitar que nos estrelláramos contra las agudas rocas que bordeaban la ensenada. Me estremecí ante ese pensamiento y procuré ocupar mi mente en otra cosa, así que me senté junto a Yraya para observar al viejo marino mientras trajinaba sus aparejos, algo que hacía con la soltura de quien repite una tarea cotidiana bien aprendida. Al cabo de un rato, nuestro capitán dejó de afanarse con las velas y el timón. Una vez estabilizado el barco y fijado el rumbo, encendió un farol de petróleo y se sentó frente a nosotros; la escasa luz que proyectaba el fanal nos permitió estudiar las facciones tensas del irlandés: parecía dolido.

—No deberíais haber venido —nos reprochó.

—¿No te diste cuenta de que viajábamos en tu barco?

—¡Pues claro que me di cuenta! —protestó ofendido—. Un viejo lobo de mar sabe cuándo lleva polizones a bordo... Los huele.

—¿Y por qué no dijiste nada?

—Lo supe ya en alta mar, demasiado lejos para dar la vuelta.

—La culpa es mía —se lamentó Yraya—. Estaba empeñada en descubrir el misterio de tus travesías. Si hubiese sabido que sólo venías a meditar en un lugar bello y solitario, te habría dejado en paz.

—Estás equivocada. ¡Ojalá viniera sólo a meditar! En realidad vengo aquí a torturarme, a mortificarme evocando un fantasma del pasado que nunca volverá.

El cielo se había poblado de millones de estrellas. El gigante miró hacia ellas y realizó unos ajustes con el timón.

—Con semejante viento estaremos muy pronto en casa.

—¿Nos puedes enseñar la constelación de los perros de caza?

El irlandés bajó la pantalla del farol y alzó la mano hacia el firmamento.

—Ahí están, siempre en su sitio, vigilando a los demás rebaños de estrellas; *le grand chien et le petit chien*; los canes que guiaron a Vallencourt hasta las islas Canarias... Bueno, volvamos a nuestra conversación de antes. Ahora que habéis descubierto mi secreto, creo que será mejor que conozcáis la historia completa: yo era muy joven cuando le compré este velero a un residente inglés que iba a llevarlo a un desguace. Si ahora os parece viejo, no podéis imaginar el estado lamentable en que se encontraba entonces: tenía astillado el mástil, hacía agua por varias vías y sus velas estaban podridas. Tardé más de un año en restaurarlo; pero cuando acabé, ni su antiguo dueño hubiese podido reconocerlo. Estaba deseando estrenarlo, y todavía recuerdo la emoción del primer día que me hice a la mar con él... Durante una semana recorrí el archipiélago entero, y luego navegué hacia el sur, siguiendo las costas de África, hasta llegar a las islas de Cabo Verde. Pero nada de eso me bastaba; ya os he dicho que era muy joven, y estaba sediento de aventuras. Fue entonces cuando mi amigo Antonio, tu abuelo, Yraya, me habló de un libro escrito por un tal Jacques de Vallencourt. Me lo prestó, y así fue como llegó a mis manos el extraordinario testimonio de aquel marino del siglo XVIII que contaba antiguas historias en las que se mezclaban divinidades olvidadas, islas que no figuran en los mapas y mares que bañan costas de otro mundo... Le pedí quedármelo una temporada para poder estudiarlo en profundidad, y al ver mi interés, me lo regaló. Eso sí, con la condición de que se lo devolviera de vez en cuando para poder releerlo.

—Supongo que es el mismo libro que hemos visto en tu biblioteca —le interrumpí.

—Exacto, y ahora entenderéis por qué no permito que salga de mi casa. Así como Antonio estaba entusiasmado por la leyenda de los *tibicenas*, yo quedé fascinado por el relato de una isla a la que Vallencourt afirmaba que muy pocos marinos podían

llegar. La describía como una isla de forma alargada, con dos macizos montañosos en los extremos y un frondoso valle entre ellos. Por el centro del valle discurría un curso de agua que alimentaba el bosque lleno de vida vegetal y animal...

—Es la isla de donde venimos, ¿verdad? —se maravilló Yraya.

—Lo es. El caso es que, a pesar de seguir las indicaciones del francés, pasaron meses sin que pudiese dar con ella. Todo parecía indicar que tal isla no existía...

—Pero al final la encontraste.

—Fue sin buscarla y cuando menos lo esperaba. Una noche me vi atrapado en una terrible tempestad. La furia del viento y de las olas era tal que temí verme arrancado de la cubierta y arrojado al infierno líquido. No me quedó más remedio que arriar todo el trapo menos el tormentín, y luego me encerré en el camarote hasta que amainara. Debí de quedarme dormido, y cuando desperté ya era de día. La cubierta del barco estaba destrozada e invadida por algas y restos de madera astillada; pero mis ojos apenas se fijaron en todo eso porque, muy cerca, a estribor, se alzaba la agreste costa de una isla desconocida.

»—Intenté identificar aquel litoral extraño que no se parecía a ninguno que yo hubiese visto antes. Pensé que el viento me había empujado hacia el norte hasta las diminutas *ilhas Selvagens*, que están situadas a mitad de camino entre Canarias y Madeira. Pero tras efectuar unos cálculos con el sextante y la brújula, logré situarme: me encontraba mucho más al sur, entre El Hierro y La Palma, en un lugar donde sólo debía haber mar.

»—Después de largar el ancla, tuve que nadar hasta la orilla, pues todavía no tenía la Zodiac que conocéis. A lo lejos, en lo alto de un escarpado peñón, se divisaba una casita, y me dirigí hacia ella.

—Igual que hicimos nosotros.

—Sí, pero con la diferencia de que yo la encontré en perfecto estado y rodeada de un bien cuidado jardín. Brotaba humo de la chimenea, y era evidente que se hallaba habitada... De hecho, allí vivía una dama solitaria.

Liam hizo una pausa, pero esta vez ni Yraya ni yo osamos pronunciar palabra alguna, aunque ella me dirigió una mirada que parecía decir: «¿Ves como había una mujer?».

—Era muy joven y salió a recibirme con la misma naturalidad que si me conociera de siempre. También era muy hermosa, o así me lo pareció entonces. Todo sucedía como dentro de esos sueños de los que uno jamás quisiera regresar y, tal y como sucede en los sueños, no se me ocurrió preguntarle su nombre o por qué vivía en un lugar tan extraño y apartado. Al comprobar que yo estaba cansado por las terribles penalidades del viaje, la joven me invitó a compartir con ella un sencillo y delicioso desayuno. Hacía una mañana preciosa, y me propuso dar un paseo para enseñarme los alrededores. Subimos por un sendero hasta un risco desde el cual se divisa toda la isla, que tiene forma de barco y desde arriba produce la ilusión de que navega dejando tras ella una estela blanca que se pierde en la lejanía.

»—Ella se sentó a mi lado y conversamos durante horas. Hablamos de esas cosas sencillas que no solemos contar a nadie, a pesar de las ganas que tenemos de contarlas. Nunca olvidaré ese momento mágico: la voz de ella acariciando mis oídos, su pelo agitado por el viento, la vista de la isla a nuestros pies, y una extraña nube en forma de herradura inmóvil sobre nuestras cabezas.

El irlandés guardó silencio durante varios minutos antes de decidirse a continuar. La húmeda noche marina nos envolvía con su manto opaco, y yo me preguntaba si el barco estaría siguiendo la ruta correcta para regresar a Gran Canaria.

—Me marché de la isla con el firme propósito de regresar cuanto antes — prosiguió al fin—. Tenía planeado hacerlo un par de días más tarde, tal vez para quedarme a vivir para siempre en aquel paraíso perdido. Ella me advirtió que si deseaba volver a verla debía darme prisa, pues el tiempo es un ente despiadado que se alimenta de los momentos desaprovechados de nuestra vida, de los cuales sólo nos queda el despojo del recuerdo. En aquel momento no entendí el sentido de sus palabras, y ésa fue mi perdición; de haber podido adivinar lo que iba a ocurrir, mi barco no habría zarpado jamás, ni yo habría osado siquiera soltar su mano... Aún estaría con ella ahora, dondequiera que se encuentre.

La voz de Liam se quebró en un sollozo contenido, pero enseguida se aclaró la garganta y pudimos seguir escuchando aquella historia tan extraña.

—Ni siquiera pude esperar los dos días previstos, y fue a la mañana siguiente cuando zarpé, ansioso por volver a reunirme con la mujer que se había apoderado de mi corazón. Me situé en la latitud y longitud que, según mis cálculos de la víspera, correspondían a la situación de la isla. Pero durante horas recorrí la zona en vano: allí sólo había agua. Agua en todas direcciones hasta el mismísimo horizonte. A partir de entonces, la búsqueda de la isla y su misteriosa inquilina se convirtió para mí en una obsesión enfermiza. Pasaron semanas, luego meses, y yo salía a navegar una y otra vez, pero de nada sirvió. Apenas comía, casi no dormía, y adelgacé hasta quedarme en los huesos. Varias veces estuve a punto de perder la vida a causa de las tempestades y los arrecifes, pero el hecho de morir no me preocupaba. Sólo quería encontrar un lugar y una persona que al parecer no existían.

»—Poco después llegó a mis oídos cierta leyenda canaria que hablaba de una isla llamada de San Borondón que, según relatan algunos testigos, aparece de cuando en cuando entre La Palma y El Hierro. Pregunté a mucha gente, aunque nadie se ponía de acuerdo sobre el mecanismo del fenómeno: unos decían que la isla emerge brevemente de las profundidades, para volver de nuevo a reposar en su lecho abisal. Otros opinaban que la isla navega desde siempre como un gigantesco buque fantasma, y así recorre grandes distancias sin que nadie sepa cuál es su destino, si es que lo tiene. Pero de todas las variadas teorías que tuve que escuchar, sólo la de mi buen amigo Antonio llegó a convencerme. Tu abuelo, Yraya, creía que la isla de San Borondón siempre está ahí, en el mismo sitio, y lo que falla es nuestra percepción. No podemos verla porque se encuentra en otro plano, en una realidad paralela a la

nuestra para la cual nuestros sentidos no están ajustados.

—Eso suena a película de ciencia-ficción.

—A mí también me pareció pura fantasía, y lo habría rechazado de no haber vivido la extraña experiencia que ya conocéis. Pero después de haber buscado durante meses una isla cuya superficie, sin embargo, mis pies habían hollado, mi sentido de lo real había cambiado hasta el punto de estar dispuesto a aceptar la propuesta más descabellada. Antonio me aconsejó que relejera el pasaje de Vallencourt que hablaba de la isla, y al hacerlo me quedé pasmado: no sólo describía con exactitud el mismo lugar que yo recordaba, también explicaba lo que había que hacer para llegar allí.

»—El problema es que el método de Vallencourt me resultaba imposible de llevar a la práctica, pues la primera regla para encontrar San Borondón es no buscarla. Recomendaba el marino francés navegar con el corazón, dejándose guiar por ese instinto que se oculta, adormecido, en algún lugar profundo de nuestro interior. Sólo entonces el barco podría conseguir su cita con la isla. Ya os podéis imaginar que aquello no funcionaba, porque mi deseo de volver era tan poderoso que siempre estaba condenado al fracaso.

—Pero nosotros sabemos que llegaste —atajó Yraya, impaciente.

—Es cierto, al final aprendí el truco de Vallencourt. Ocurrió cuando ya había perdido toda esperanza y, desmoralizado por mis fracasos, decidí dejarme arrastrar por los vientos y las corrientes marinas. Supongo que deseaba desaparecer, acabar mi existencia tragado por el mar. Permanecí mucho tiempo sentado en la cubierta, abismado en negros pensamientos y sin conciencia alguna del rumbo que seguía. De pronto, una mancha oscura apareció en el horizonte. El corazón me dio un vuelco y empezó a latir con tal fuerza que temí morir de un infarto antes de poder alcanzar el objeto de mis deseos. Todavía recuerdo mi desembarco precipitado, la escalada frenética del acantilado, el paroxismo de mis emociones a medida que me aproximaba a la casa...

—¿Y ella?

—Ella ya no estaba. Y lo más extraño es que el polvo y la desolación se habían apoderado de la casa, como si hubieran transcurrido muchos años en vez de pocos meses. A pesar de ello, todavía podía presentir su presencia en el ambiente; incluso percibía tenues vestigios de su aroma, cautivos en la atmósfera de aquellas avejentadas paredes. Salí fuera y la llamé a gritos. Me destrocé la garganta hasta quedarme afónico. Corrí de un lado a otro, y acabé subiendo hasta lo más alto del risco que domina el valle y toda la isla. La sempiterna nube con forma de herradura continuaba allí, sobre mi cabeza, testigo mudo y vaporoso incapaz de responder a mis preguntas. Recuerdo que estuve a punto de arrojarme al vacío para estampar mi dolor en lo más profundo del valle... Pero no lo hice. Ahora ya sabéis por qué dejo que mi barco navegue siempre hacia un lugar que quizá no existe. Y cada visita sólo sirve para añadir dolor a mis heridas cuando compruebo cómo el polvo, la carcoma y las telarañas se enseñorean del lugar que fue su morada... Pero a ella... a ella nunca la

he vuelto a ver, ni creo que pueda verla jamás. Al menos en esta vida.

Tras dejar bien amarrada su querida embarcación en el muelle del puerto, Liam se ofreció a acompañarnos hasta la parada de la *guagua*. Caminábamos deprisa, pues la noche estaba muy avanzada y los intensos acontecimientos recientes me habían hecho olvidar la preocupación de mis padres, sin duda inquietos por mi tardanza. Menos mal que pude avisarles desde el teléfono móvil de Yraya para tranquilizarlos.

—Todavía me cuesta creer que hayamos pasado tanto tiempo en ese lugar —observé después de colgar.

—Ah, el tiempo —suspiró el irlandés—. Estamos acostumbrados a medirlo como si fuera una sustancia de propiedades inmutables, pero no es así. Y nadie mejor que yo para dar fe de eso. No hay duda de que el paso del tiempo se percibe a veces de manera engañosa...

—Parece como si en esa isla el tiempo corriera más deprisa —opinó Yraya.

—Y también durante el viaje, que debería haber durado casi el doble. Estamos otra vez ante un problema de percepción; como decía Antonio, la isla está fuera de la realidad a la que estamos acostumbrados, y por eso nos falla la percepción. Incluso Vallencourt ya se había dado cuenta de eso, y lo cita en su libro.

Estábamos cerca de la parada y también del momento de la despedida.

—Estoy deseando leer ese famoso libro —admití—. Parece que profetiza todo lo que nos está ocurriendo ahora.

—Profetiza más de lo que crees. Escuchad esto:

»—*Dans le royaume de feu se trouve sa demeure*

»—*La souffrance de l'homme est son aliment majeur*

»—*Pendant sept ans il remplira les âmes de douleur*

»—*Laissant son passage semé de grands malheurs.*

La voz de Liam había adoptado un tono lúgubre mientras recitaba, y su francés adquirió en mis oídos una resonancia tan arcaica como el avejentado *grimoire* de donde procedía. Permanecí en silencio, meditando el significado de aquellas palabras que me habían llenado de horror. Imaginé un antiguo mercante francés, y un hombre a bordo que se interesaba por misterios de los que nadie a su alrededor tenía conocimiento. Lo imaginé sentado con un grupo de antiguos habitantes de las islas y compartiendo todo con ellos: amistad, comida, vivienda. Intercambiando también narraciones y leyendas... La voz de Yraya me devolvió a la realidad.

—Yo no me he enterado de nada —confesó.

—En el reino del fuego se encuentra su morada —traduje con cierto esfuerzo.

—El sufrimiento humano es su principal alimento —prosiguió Liam con soltura—. Durante siete años llenará las almas de dolor y su paso quedará sembrado por las

mayores desgracias.

—¡Vaya! —exclamó Yraya.

Liam subió con nosotros a la *guagua* y esperó hasta vernos bien acomodados en nuestros asientos. Luego se despidió y se marchó sin volver la cabeza.

El autobús se puso en marcha y aún pudimos divisar la enorme figura del viejo Liam, que se alejaba con paso rápido hasta que se lo tragó la noche. Volví la cabeza para asegurarme de que no teníamos compañía indeseable, pero el autocar estaba medio vacío y esta vez no se veía ni rastro del turista estrafalario.

—¿Qué opinas de todo lo que acabamos de ver y oír? —preguntó mi compañera.

—Estoy alucinado. Pero si hay algo que tengo más o menos claro, es que ese tío empieza a gustarme un poco —tuve que reconocer.

—¿Sólo un poco?

—No pidas milagros, que por algo se empieza —contesté yo.

—Me alegra que vayas conociendo a Liam. Pero ahora hablemos de cosas inmediatas: pasado mañana es el famoso día del eclipse.

—¿Tan pronto? Ya se me había olvidado.

—Todo parece indicar que será un día importante. Es probable que ocurran cosas terribles...

—Quizá un ataque de los perros todavía más sanguinario...

—O incluso algo peor. El tiempo se acaba, y aún nos quedan muchas cosas por resolver. Tenemos que subir al lugar donde apareció el cuerpo de mi abuelo.

—No me apetece nada. Llevamos casi 24 horas levantados...

—Pero debemos ir. Si salimos a media mañana, aún tendremos tiempo de dormir un rato.

—Está bien. ¿A qué hora quedamos?

—Te propongo las 10 en punto, en la parada de *guaguas* que está cerca de tu hotel.

—¿Tan temprano?

—Habrá que sacrificarse un poco para que nos cunda el día. Si te sirve de consuelo, me levantaré mucho antes que tú.

—Está bien —concedí con desgana—. Allí estaré.

Pero esa noche me aguardaba una sorpresa. Poco después de llegar al hotel, recibí una inesperada llamada de Yraya:

—Siento tener que darte malas noticias —dijo—. Liam acaba de llamarme. Está furioso.

—Eso no parece raro en él...

—Te aseguro que tiene motivos: le han robado el libro de Vallencourt.

—¡No puede ser!

—Me temo que sí. Alguien ha aprovechado el viaje en barco para eso y otras

cosas. También han estado en mi casa, en mi habitación.

El horror me impidió contestar.

—Nada más entrar, me extrañó que una de las estatuillas de barro que tengo en la estantería estuviese rota, pero todo parecía en orden y no le concedí importancia. Mi madre me dijo que había salido de compras con mi padre y habían estado ausentes toda la tarde, y eso despertó mis sospechas. Así que volví a subir corriendo a mi habitación... —Hizo una pausa que me pareció eterna—. Acabo de descubrir que han registrado mis armarios y mis cajones, aunque lo han hecho con mucho cuidado. Se han llevado los papeles del abuelo, incluido su diario. Menos mal que el mapa lo tienes tú.

—¡Es tremendo! —La furia y el miedo me impedían razonar como es debido—. Me preocupa lo cerca que han estado de ti. Podrían haberte hecho daño.

—Lo que más me sorprende es que han entrado como Pedro por su casa, sin forzar ninguna cerradura ni dejar más huella que la estatuilla rota.

—Pues lo del robo del libro de Vallencourt es un desastre. Supongo que Liam estará destrozado.

—No te lo puedes ni imaginar. De no haber estado nosotros con él a bordo de su barco, hubiese sospechado de ti. Ahora sólo nos queda lo que guardas en el hotel: el mapa y las copias que hicimos.

—Esto me asusta, Yraya. Presiento que algo malo nos va a separar, y me parece que ha llegado el momento de que dejemos de jugar con fuego.

—¡Ni hablar! Ahora estamos realmente cerca, y sería una estupidez echarnos atrás. Mañana haremos lo que teníamos previsto, así que nuestra cita de las 10 sigue en pie.

No me sentí con fuerzas para discutir. Después de colgar el teléfono, me fui directamente a la cama.

CAPÍTULO 19

PLANTÓN

Me encontraba francamente mal cuando acudí a la parada de *guaguas*. Faltaban unos minutos para las 10, y yo arrastraba las secuelas de unas pocas horas de sueño plagadas de pesadillas: me sentía mareado, y un espantoso dolor de cabeza trituraba mi cerebro. La somnolencia me hacía bostezar cada dos por tres, y sólo deseaba que Yraya apareciera pronto. Pero mis esperanzas se fueron desvaneciendo a medida que los minutos transcurrían sin que diera señales de vida. Su tardanza me resultaba incomprensible, pues hasta entonces ella siempre había sido puntual. Con el paso del tiempo, mi perplejidad inicial se convirtió en exasperación. El cansancio, la jaqueca y la impaciencia rivalizaban entre sí para provocarme un acceso de furia que notaba a punto de explotar. Intenté calmarme a base de paseos arriba y abajo, y así aguanté hasta cerca de las 11. Razoné que Santa Brígida estaba lejos y que a esas horas el tráfico todavía sería denso. A pesar de estas reflexiones, seguía indignado: ¡me había dejado plantado!

Sin embargo, los acontecimientos que Yraya me había referido en su última llamada me hicieron entrever otra posibilidad mucho más inquietante.

¿Y si a Yraya le hubiese ocurrido algo?

Apenas esa idea se instaló en mi cabeza, un miedo atroz me empujó a correr como un poseso hacia el hotel. Al entrar en la habitación, encontré a mis padres desayunando, y enseguida me aseguraron que nadie había telefonado. Eso terminó de asustarme, pues sabía que Yraya solía llevar encima su teléfono móvil, y me habría avisado en caso de tener algún problema. Me precipité entonces para ponerme en contacto con ella, pero su móvil parecía estar desconectado. Probé entonces con el número de su casa, y esta vez tuve más suerte, aunque la voz que escuché al otro lado de la línea no era la que yo esperaba.

—¿Carlos? Soy la madre de Yraya.

—Sí, s... soy Carlos —me apresuré a confirmar—. Me gustaría hablar con Yraya.

—¿No está contigo?

—No la he visto desde ayer.

—Pues salió esta mañana y dijo que habíais quedado para ir juntos a alguna parte. —Percibí cierta angustia en aquella voz siempre suave—. ¿Has probado a llamarla al móvil?

—Sí, pero parece que lo tiene desconectado.

Un silencio incómodo se adueñó entonces de la comunicación.

—No lo entiendo —dijo al fin la mujer—. Con la *guagua*, tendría que haber llegado hace más de una hora. Voy a avisar a mi marido para que intente averiguar si

ha habido algún... algún accidente en el camino hasta Las Palmas.

Un sudor frío comenzó a brotar por todos mis poros. Presentía que no se trataba de ningún accidente, sino de algo incluso peor. Aunque su madre ignoraba lo que estaba ocurriendo, no me sentí capaz de añadir más leña al fuego de sus preocupaciones.

—Lo siento mucho, señora —Noté que mi propia voz temblaba ligeramente—. Me siento culpable por haber quedado con ella y...

—No tienes que disculparte, *miniño*. Yraya es mayorcita y sabe cuidar de sí misma... —Dejó escapar un suspiro entrecortado—. Voy a llamar a su abuela y también a sus amigos para averiguar si saben algo...

—¿Qué puedo hacer yo? Me gustaría ayudar.

—Gracias, hijo, pero creo que es mejor que te quedes tranquilo en el hotel hasta que tengamos noticias. En ese caso, ya te avisaremos.

Pensé que la madre de Yraya tenía razón. No conocía la ciudad ni tampoco las costumbres o las amistades de Yraya. Lo único que me quedaba era esperar.

Las horas transcurrieron sin noticias, y al mediodía ya estaba francamente preocupado. Comí con desgana, y cuando mis padres salieron a dar una vuelta, rehusé acompañarlos pretextando no encontrarme bien, lo cual, en cierto modo, era verdad. Al principio permanecí abatido y sin saber qué hacer, aunque enseguida comprendí que cualquier cosa sería mejor que seguir parado como hasta entonces: demasiado tiempo había perdido ya sin hacer nada. Mi principal problema era no poder contar con la ayuda de nadie. Era de suponer que Yraya tuviera otros amigos, pero nunca me había presentado a ninguno y había procedido como si no los tuviera. Sólo me quedaba una baza que jugar: Liam O'Higgins. Por suerte, la aversión que el irlandés me inspiraba al principio ya casi no existía, y se me ocurrió que no sería mala idea contactar con él. Pero antes debía intentar otra cosa.

Emprendí el camino hacia la comisaría de policía después de pedir información al recepcionista del hotel. David Ramiro era la única persona que ya conocía con detalle lo que Yraya y yo estábamos investigando, y eso le convertía en el más adecuado para ayudarme a rescatarla.

Mientras caminaba por un laberinto de calles rumbo a la comisaría, una única obsesión dominaba mis pensamientos: ¿dónde estaba Yraya? Ésa era la tremenda pregunta que daba vueltas y más vueltas en mi cabeza, y sólo se me ocurrían dos respuestas, a cual más horrible:

La habían raptado...

O la habían asesinado.

Nada más entrar en las dependencias policiales, fui derecho hacia la funcionaria que se encontraba detrás del mostrador. Pregunté por David Ramiro.

—¿David Ramiro? —se sorprendió—. Lo siento, no le conozco.

Me mantuve firme y volví a insistir:

—Tiene que conocerle, porque trabaja aquí.

La mujer se dirigió a un agente uniformado que hacía anotaciones en una de las mesas.

—Oye, que aquí preguntan por un tal David Ramiro. ¿Te suena?

—Sí, pero ya no está aquí —refunfuñó el policía, sin levantar la vista de sus papeles—. Hace tiempo que no trabaja con nosotros.

—Ya no trabaja con nosotros —repitió como un loro la funcionaria.

—Eso es imposible. Él mismo me dijo que...

—Pues le ha informado mal —atajó malhumorada la empleada pública—. Ya ve que aquí ya no hay nadie con ese nombre.

—A lo mejor se ha trasladado a otra comisaría cercana.

El policía se dignó por fin levantarse y se acercó al mostrador.

—David Ramiro dejó el cuerpo de policía hace más de un año, y desde entonces no se le ha vuelto a ver por aquí. Me temo que perderá el tiempo buscándole en cualquier comisaría.

Salí completamente desconcertado: David nos había mentido. ¿Por qué? El peso de una tremenda soledad empezaba a socavar el escaso optimismo que me quedaba. Y lo peor de todo es que no me atrevía a sincerarme con nadie; ni siquiera con los padres de Yraya, pues al ignorar todo acerca de nuestras investigaciones, temía que llegaran a culparme de la desaparición de la chica.

Lejos de despejarme la cabeza, el regreso hacia el hotel tuvo el efecto de aumentar la zozobra que me carcomía; fuertes rachas de viento cargadas de humedad soplaban desde el mar, y el cielo se oscurecía por momentos con la llegada de negros nubarrones que presagiaban tormenta. La falta de luz y el color plomizo del cielo ofrecían la ilusión de que el eclipse había decidido adelantarse unas cuantas horas. Presa de una extraña inquietud, aceleré el paso y acabé emprendiendo una loca carrera hacia el hotel.

Al entrar, me encontré que mis padres ya estaban de vuelta, y su presencia me produjo una sensación de alivio. Quizá ellos me podrían aclarar el malentendido de la comisaría en que trabajaba su amigo.

—¿Que ya no trabaja en la comisaría? —Mi padre arqueó las cejas—. Es raro que no nos dijera nada. Ya le llamaré para que nos lo aclare.

Se me ocurrió que si David era culpable podía tener a Yraya encerrada en su propia casa. Para salir de dudas, necesitaba conocer su dirección.

—Ya que él no viene, podemos ir nosotros a verle.

—Sería una buena idea si tuviera sus señas.

—¿Cómo es posible que no tengas su dirección?

—Antes del viaje me dijo que acababa de mudarse y tenía la casa en obras y hecha un desastre, aunque a mí me pareció un pretexto para no tener que alojarnos en su domicilio. Prometió darme la dirección nueva, aunque no llegó a hacerlo. Sólo

tengo su número de móvil.

Noté un vacío en la boca del estómago y me aventuré a preguntar algo que me carcomía desde hacía tiempo:

—¿Cuál es la especialidad de David? Mientras veníamos del aeropuerto en su coche, tú y mamá dijisteis algo acerca de eso.

—La especialidad de David son los perros. Antes de ser policía, David trabajaba como adiestrador de perros.

Las palabras de mi padre me dejaron mudo de horror. La posibilidad de que David fuera el temido adiestrador de *Cerbero* me golpeó con fuerza demoledora. ¿Por qué si no habría de engañarnos fingiendo que seguía en la policía? ¿Por qué me había seguido la corriente hasta obtener de mí toda la información que de forma tan ingenua yo le había proporcionado? La verdad se abrió paso poco a poco en mi cerebro, y con ella la certeza de haber cometido un error que podía costarle la vida a la pobre Yraya. Pensamientos funestos crecían y se multiplicaban en mi cabeza a medida que ciertos detalles acudían a mi memoria: detalles como el asesinato de Montesinos, ocurrido la misma noche que yo le había dicho a David Ramiro lo del perro y su dueño... Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar el temblor de mi voz y evitar que mis padres se percataran de mi estado de ánimo. A pesar de todo, mi madre no se dejó engañar.

—Te veo preocupado. —Se sentó a mi lado—. ¿Te ocurre algo?

No tuve fuerzas para confesarle toda la historia —que por otra parte tampoco hubiese creído—, así que me limité a explicar el asunto de la desaparición de Yraya. Como desconocía el resto de los inquietantes detalles, mi madre se tomó el asunto con mucha calma.

—No debes preocuparte —dijo—, que tu amiga habrá salido con alguien. Ella es de aquí, y es de suponer que tendrá otros amigos.

Aunque sin lograr tranquilizarme, las palabras de mi madre me hicieron recapacitar sobre la extraña personalidad de Yraya, sus hábitos peculiares y solitarios... También comprendí lo poco creíble que parecería la historia completa si se la contaba a mi familia y que, aun en caso de creerme, reaccionarían avisando a la verdadera policía, y eso podría alertar al propio David Ramiro. Se iniciaría un proceso lento cuyas consecuencias se me antojaban desastrosas: me prohibirían mezclarme en el asunto, y es probable que ni siquiera me dejaran salir del hotel... Se perdería un tiempo precioso, quizá días enteros. Entretanto, la vida de Yraya permanecería en vilo (si es que aún vivía). Estas consideraciones acabaron de decidirme a actuar como a Yraya le hubiera gustado: a solas y en secreto.

CAPÍTULO 20

A SOLAS CON VALLENCOURT

Algunos relámpagos rasgaban ya el cielo mientras mis padres, ajenos a la ansiedad que me devoraba, ultimaron los preparativos de su viaje al hotelito de la Cruz de Tejada, donde pasarían aquella noche previa al eclipse. Yo aproveché estos momentos para buscar el número de teléfono de Liam; como es lógico, su nombre no figuraba en la única guía —la de página amarillas—, disponible en el hotel, pero pude resolverlo llamando a información de la compañía telefónica. Cuando la puerta del apartamento se cerró, dejándome a solas con mi destino, un oscuro atardecer veteado de relámpagos se había enseñoreado del cielo canario. Aguardé unos minutos hasta asegurarme de que mis padres no volverían en busca de algún objeto olvidado, marqué el número y contuve la respiración. Deseé con toda mi alma que el irlandés no estuviera aún navegando de vuelta de su isla misteriosa.

—Suponía que llamarías, mi joven descifrador de claves. —La voz grave de Liam me tranquilizó al momento—. Estoy al tanto del rapto de Yraya.

—¿Estás seguro de que la han raptado? —Y con un hilo de voz, añadí—: Me pregunto si seguirá con vida...

—Bueno, yo tengo el convencimiento de que nuestra princesita guanche está bien viva.

—Ojalá sea así. Y quería decirte que siento mucho lo del libro, es...

—... una catástrofe, porque ahora lo necesitamos más que nunca. Lo curioso es que nuestro enemigo parece actuar como si conociera las leyendas antiguas tanto o mejor que nosotros. A veces pienso que si nos ha robado el libro de Vallencourt, no ha sido porque le haga falta, sino para evitar que lo usemos nosotros...

—¿E Yraya? ¿Para qué la necesita a ella?

—Sólo él lo sabe... Aunque en esto también tengo mi propia teoría.

—¿Cuál?

—Tal vez no lo entiendas; tú apenas conoces las islas desde hace unas semanas... Y sin embargo, ya has podido vislumbrar una pequeña parte de los misterios que encierran. Yo tampoco he nacido en Canarias, pero los muchos años que llevo aquí me otorgan un poco de ventaja a la hora de interpretar ciertos detalles; por eso me atrevo a asegurar que hay algo muy especial en Yraya... Algo sutil y heredado de un pasado remoto que resulta difícil de explicar. Es el motivo por el que suelo llamarla «princesita guanche». Y ese loco quizá se ha fijado también.

—Sigo sin entender para qué la quiere.

—En alguna parte de su libro, el francés hacía una referencia a que se necesitan dos personas para reabrir el portal de Guayota: un sacerdote y una sacerdotisa... —

Hizo una pausa para que semejante idea penetrara en mi cerebro—. O sea, un hombre y una mujer.

—¿Crees en esas cosas? —pregunté asombrado.

—¿Y tú?

Tuve que recapacitar.

—Reconozco que estoy hecho un lío. Nunca antes había dado por cierta ninguna de las leyendas que me contaban, pero estoy cambiando desde que he llegado aquí. No puedo dejar de pensar en *Cerbero*, esa bestia de ojos encendidos...

—¿Ves? La postura inteligente es siempre ambigua; no se puede creer ni refutar nada por las buenas, no sin dejar un resquicio de pensamiento abierto a cualquier posibilidad. En el caso que nos ocupa, todo parece relacionarse de alguna forma con los mitos antiguos, leyendas que sin duda tienen un trasfondo de verdad: recuerda que tú mismo estuviste en un lugar que podría ser la quimérica isla de San Borondón... El mundo de lo fantástico tiene sus conexiones: otros mundos, otras realidades... Antonio solía decir que aquí estamos al borde de una encrucijada de sendas que conducen a lo desconocido.

—Entonces debemos creer en la leyenda.

—Lo que cuenta es lo que crea el individuo que la ha raptado. De eso dependerán sus movimientos en las próximas horas.

—Ese tío está loco si espera que Yraya le ayude en sus planes.

—Puede tratar de obligarla, ya sea por las buenas o por las malas. Pero hay otra posibilidad: que haya raptado a Yraya para usarla como cebo...

—¿Cebo?

—Verás, llevo días preguntándome qué motivos pueden impulsar a un hombre a actuar de esa manera, adiestrando perros para que maten gente...

—El impulso de la locura. No puede haber otro.

—Algo de razón llevas, pero incluso un loco suele actuar impulsado por un motivo, por muy demencial que sea. Y una vez descartado el robo o el móvil político, sólo quedan el fanatismo o la venganza...

Las palabras de Liam desencadenaron en mi cerebro una larga serie de pensamientos que giraban en torno a dos palabras: *cebo* y *venganza*. Nunca había estado claro el objeto por el cual David Ramiro nos había hecho venir hasta Canarias. ¿Tendría algún motivo que yo ignoraba para querer vengarse de mi familia?

—¿Sigues ahí? —se inquietó Liam.

—Sí. Creo que puedo aportar un poco de luz para aclarar el misterio: tengo que confesarte unas cuantas cosas...

Durante largos minutos estuve narrándole a Liam todo lo que sabía de David Ramiro y mis sospechas de que él era precisamente nuestro principal sospechoso. También confesé que Yraya y yo habíamos copiado a escondidas los pasajes cifrados del libro, y me sorprendió la reacción del irlandés que, lejos de enfadarse, pareció satisfecho:

—Al menos no todo se ha perdido. ¿Podrás descifrarlo?

—Pensaba que no tenías fe en mi capacidad para...

—¿Puedes hacerlo? —atajó.

—Lo haría si tuviera tiempo.

—Pues ya puedes empezar, porque no podemos actuar hasta que no sepamos adónde ir.

—Me niego a quedarme cruzado de brazos sabiendo el peligro que corre Yraya.

—No hay otra opción —aseguró—. Cuando descubramos el lugar donde la tienen retenida, nos pondremos en marcha. Mientras tanto, descifrar los textos nos puede ayudar más de lo que imaginas.

—Si al menos supiéramos dónde vive ese David...

—Si acaba de mudarse como dices, de nada servirá buscar su nombre en las guías de teléfono o en cualquier otra parte. Tampoco nos queda tiempo para eso y, de cualquier forma, dudo mucho que la tenga escondida en su propia casa.

—Quizá ya esté muerta —insistí, con un nudo en la garganta.

Un relámpago cegador y el estampido seco de un trueno subrayaron aquellas palabras. Las luces parpadearon, pero no llegaron a apagarse.

—¿Qué ha sido eso?

—Un trueno. Está cayendo una buena tromba de agua.

—Aquí también llueve, pero todavía de forma suave. No podemos adivinar lo que se cuece en el siniestro cerebro de ese demente, pero si sigue la pauta de los ritos arcanos, y todo apunta a que lo está haciendo, la mantendrá viva hasta la hora del eclipse. Es el momento señalado para romper el sello que abrirá la puerta, y necesita que ella le ayude... o al menos es lo que él cree... Ésa será nuestra hipótesis de trabajo.

—¿Y luego?

—Eso ya no lo sé. Me temo que, tanto si Yraya ha colaborado como si no, su vida estará en peligro en cuanto acabe el eclipse. Tenemos hasta entonces para descubrir dónde está esa puerta. Sólo así podremos intentar salvarla. Es triste pensar que Vallencourt dejó la clave escrita en esas páginas que hemos tenido siempre delante de nuestras narices, aunque no podíamos leerlas...

Miré con inquietud la lluvia que azotaba los cristales.

—¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta por el lugar donde apareció el cuerpo de Antonio? Allí quería llevarme Yraya el día en que desapareció...

—Hay que esperar; ya es muy de noche y el temporal nos impediría ver nada. Lo único que conseguiríamos es perder el tiempo vagando en la oscuridad, aparte de acabar empapados y agotados. Aguardaremos hasta que escampe. Mientras tanto, debemos utilizar la cabeza. Sólo la inteligencia o la suerte pueden salvar a Yra...

Otro relámpago-trueno sepultó bajo su estruendo la voz de Liam. Esta vez el rayo debió de caer cerca, porque las luces se apagaron.

—Pues la suerte no parece precisamente de nuestra parte —me lamenté—. Se

acaba de ir la luz.

—Aún así, debemos conservar la esperanza —dijo Liam—. Cuando estoy solo en el mar siempre me digo que, cuanto más feas se pongan las cosas, más cerca estará el momento en que empiecen a mejorar. Ponte a trabajar a toda máquina en esos textos.

Pronunciadas con absoluta convicción, las palabras de Liam me insuflaron una nueva dosis de energía: lucharía por Yraya, igual que ella habría luchado por mí.

Nada más colgar el teléfono, la tenebrosa soledad del apartamento se encargó de espantar el escaso optimismo que Liam me había transmitido, y los fantasmas de la desesperación volvieron a adueñarse de mis pensamientos. Imaginaba a Yraya muy asustada, quizá consciente del fatal destino que le aguardaba. La idea hizo que por mis mejillas corrieran amargas lágrimas de impotencia. Una vez más, resonaron en mi memoria sus palabras, cuando me aseguró que no dudaría en acudir en mi ayuda, incluso a riesgo de su propia vida. Y también recordé esa respuesta evasiva de la que tanto me arrepentía ahora.

Me atormentaba la idea de que tal vez ella muriese creyendo que yo le había fallado.

De repente fui arrancado de aquellos pensamientos por el súbito golpeteo de la ventana: una ráfaga de aire y agua invadió la estancia, esparciendo los papeles que tenía acumulados sobre la mesa. La tormenta arreciaba, y mi nerviosismo me hizo ver una intencionalidad diabólica detrás de aquella intrusión de los elementos. Me precipité para cerrar el ventanal, y la visión del exterior me dejó sin aliento: los relámpagos incendiaban un cielo cargado de nubes bajas y oscuras, semejantes a los negros presagios que atenazaban mi corazón. Los destellos fugaces dejaban entrever masas de vapor que cabalgaban las olas de un mar desbocado. El aire espeso estaba impregnado de ozono y de electricidad estática, y eso me recordó aquella otra visión desde mi cuarto, justo antes de emprender el viaje a Canarias, cuando la luz de la luna llena se mezclaba con los relámpagos en el horizonte para configurar una escena sobrecogedora. Me invadió, igual que entonces, la sensación de que algo tremendo estaba a punto de suceder.

Miré mi reloj: el momento del eclipse estaba más cerca. Ese eclipse que podía significar el fin de la joven vida de Yraya... Noté cómo un nudo de angustia trepaba inexorable desde mi pecho hasta quedar afianzado en mi garganta. Creo que fue entonces cuando me pareció vislumbrar, recortadas sobre el fondo tenebroso del mar embravecido, la silueta de dos grandes perros que corrían en silencio.

Como único medio para escapar del miedo y la angustia, busqué refugio en la tarea de descifrar las páginas de Vallencourt. Permanecí varias horas pegado a la lámpara, trabajando duro con la *Juli* mientras llenaba folios de anotaciones a lápiz, y ni

siquiera los truenos o el golpeteo de la lluvia lograron distraerme de mi tarea. Apenas había terminado, cuando me sobresaltó el silencio que reinaba en la estancia; la lluvia y el viento se habían calmado, y ya faltaba poco para el amanecer. Me escocían los ojos y estaba agotado, pero no tenía tiempo para descansar: había llegado la hora de telefonar a Liam y comunicarle un mensaje viejo de dos siglos.

CAPÍTULO 21

LA ADVERTENCIA DEL MARINO FRANCÉS

Me sentía incapaz de soportar la espera, así que decidí echar una carrera hasta la casa de la abuela, que vivía cerca del hotel. Aquella idea, aunque pueda parecer absurda, tenía sus ventajas: aparte de mi deseo de hablar con Teresa, quizá conseguiría convencerla para que nos prestara a *Bardi*. Además, yo tenía la secreta esperanza de que ella supiese algo nuevo de Yraya. ¡Anhelaba tanto recibir noticias tuyas! Y también esperaba poder evitar la horrible tarea de ir a rescatarla.

El patio de Teresa estaba bañado en la penumbra, y sus columnas y plantas colgantes le conferían ahora cierto toque fantasmagórico. Al llegar frente a la puerta me detuve en seco: con los nervios no me había acordado de lo temprano que era, y no podía importunar a la pobre mujer sacándola de la cama tan de madrugada. Ya me disponía a dar media vuelta, cuando me pareció oír un ruido en el interior de la casa: algo se movía justo detrás de la puerta, y un ronco ladrido me desveló el misterio.

—¡*Bardi*, viejo amigo! —exclamé conteniendo la voz—. ¡Cómo me gustaría que supieras abrirme!

Como respuesta a mis palabras, una delgada línea de luz apareció a ras del suelo, y la cerradura emitió un chasquido al descorrerse los cerrojos.

—¡Carlos, *miniño*! —sollozó la abuela, al tiempo que me abrazaba.

—La he despertado...

—¡Qué va! He pasado la noche en vela. Al ver la inquietud de *Bardi*, por un momento he pensado que... que podía ser mi niña que volvía... Pero también me alegro mucho de verte a ti. Vamos, entra, no te quedes ahí parado.

Las lágrimas que humedecían los ojos cansados y enrojecidos de Teresa daban fe del sufrimiento acumulado desde la desaparición de su nieta. *Bardi* me dispensó grandes muestras de afecto, y volver a acariciarlo me produjo una gran emoción. El pobre animal se pegó a mis piernas con tal fuerza que estuvo a punto de hacerme perder el equilibrio, y me pareció leer un mensaje claro en la mirada de aquellos ojos graves y nobles: ¡*Bardi* ansiaba participar!

Me hubiese gustado prolongar la visita para charlar y darle ánimos a la desconsolada anciana, pero apenas nos quedaba tiempo.

—Tengo un poco de prisa... —tuve que decir—. Vamos a buscar a Yraya, y necesito que *Bardi* me acompañe...

Tras una leve vacilación, la anciana fue a buscar la correa. Luego, ya en el umbral, me retuvo un instante.

—Sé que vais a correr un gran peligro —manifestó—, pero no voy tratar de disuadirte. Supongo que tampoco podría evitarlo aunque quisiera... ¿Iréis con Liam,

verdad?

Asentí con la cabeza, incapaz de mentir.

—Está bien así. Al final tendré que aceptar que ese loco vagabundo no es culpable de lo que sucedió. Quiero que sepas que ahora, después de haber perdido a mi Antonio, no soportaría quedarme también sin Yraya... Por eso os ruego a los tres que me traigáis a mi niña sana y salva...

Mientras bajaba las escaleras junto al poderoso perro, no podía apartar de mi mente la figura inmóvil de la abuela Teresa, ni su mirada suplicante y bañada de lágrimas.

De vuelta en el hotel y con *Bardi* tendido a mis pies, me apresuré a elegir la vestimenta para una tentativa que nunca hubiera imaginado tener que emprender: el rescate de una chica, como en las películas. Observé con amargura que aquello no me producía ningún placer: sólo angustia y miedo. Elegí mi mejor calzado deportivo y unos pantalones vaqueros de tela gruesa. Luego tomé prestada una camisa de mi padre, un modelo de tipo explorador repleto de bolsillos. Y en uno de esos bolsillos introduje la linterna halógena cargada con pilas nuevas. Por último, a guisa de fetiche, me colgué del cinturón mi querida *Juli*; sabía que ya no la iba a necesitar, pero de algún modo me tranquilizaba tener conmigo un vínculo con el mundo de la razón para enfrentarme a la oscuridad de lo desconocido.

Bardi y yo bajamos a la calle justo a tiempo, pues enseguida apareció Liam. Conducía una furgoneta grande cuyo interior olía ligeramente a pescado. Al abrir la parte trasera para instalar al perro, me sorprendió una gran cantidad de material y equipamiento de alpinismo. No faltaba de nada: arneses, cuerdas, mosquetones, piolets, cascos de espeleólogo, etcétera.

—¿Vamos a escalar una montaña?

—Más bien a descender a los infiernos, hijo —respondió Liam, antes de arrancar con brusquedad el voluminoso vehículo.

CAPÍTULO 22

EN BUSCA DE YRAYA

Las luces del alba aplicaban pinceladas anaranjadas a las nubes dispersas que huían hacia el mar; eran jirones rasgados y vencidos, únicos vestigios de la tormenta de la noche anterior. La furgoneta, a pesar de su peso y tamaño, nos transportaba a velocidades de vértigo por angostas carreteras cuyo trazado sinuoso intentaba amoldarse al perfil torturado de la roca volcánica. Liam fue el primero en romper el tenso silencio:

—La sima de Jinamar debe de ser muy antigua —especuló—. Es probable que lleve allí muchos miles de años, sin que nadie le preste atención.

—Será muy profunda.

—Tanto que nadie sabe dónde acaba... Seguramente es una chimenea volcánica que conecta con otras cavidades del subsuelo. La sima se hizo tristemente famosa durante la guerra civil; parece ser que algunas personas fueron arrojadas allí...

Se produjo un silencio durante el cual traté de asimilar todo el horror que me producían aquellas palabras. Liam prosiguió:

—Dicen que sus cuerpos reaparecían días más tarde, lejos, en la costa. En un lugar llamado la Mar Fea.

—Entonces comunica con el mar...

—Sí, pero al mismo tiempo puede conectar con otros puntos de la isla. Tal vez exista todo un laberinto de túneles creados por la lava y, según lo que has descifrado de Vallencourt, también alberga la puerta al mundo de donde proceden los *tibicenas*.

Me estremecí al escuchar en boca de Liam la misma idea que Yraya había sugerido en la playa, junto a la misteriosa abertura taponada con cemento: un dédalo de oscuros pasadizos a través de los cuales podían moverse a su antojo criaturas de pesadilla. Y ahora nos dirigíamos a la entrada principal de aquel mundo, una fosa en cuyas honduras se ocultaban secretos terribles... Me volví para observar al tercer ocupante del vehículo, *Bardi*, que permanecía tieso y grave en la parte posterior. Los tres nos íbamos a enfrentar a una situación desconocida; según el marino francés, incluso a fuerzas sobrenaturales muy superiores a nosotros. Por un momento, llegué a preguntarme si no estaría presenciando el último amanecer que me sería dado contemplar.

—Imagino cómo te sientes —aseguró de pronto Liam—, y comprendo que te resulte difícil aceptar la situación... A mi pobre amigo Antonio, en cambio, le hubiese encantado poder acompañarnos en esta aventura. Él se tomaba la propia vida así, como una novela de aventuras que había que disfrutar al máximo.

—También lo hace el que ha raptado a Yraya. Ojalá ese francés hubiese quemado

su libro.

—Sin la ayuda de ese libro, nunca hubiésemos podido prevenir el peligro del *piège*, si es que existe esa trampa —me contradijo Liam—. Y me parece muy interesante esa teoría suya de que hay conductos misteriosos que unen otras realidades a la nuestra. El marino cita al menos dos portales hacia el mundo de las sombras, uno en Canarias y otro en las islas Hawai, casi en las antípodas. Aunque sugiere que hay varios más, diseminados por toda la superficie del planeta.

—Todavía no sé si creerme esas cosas.

—Yo sigo siendo más escéptico que el pobre Antonio: la magia en la que creo reside siempre en el interior de la mente humana...

—Y qué me dices de tu isla.

—No me has dejado acabar. Iba a decir que también reconozco un gran poder a esa misma mente humana, capaz de traspasar las barreras de la realidad. La mente puede llegar a alcanzar grandes metas en su bondad... o en su perversidad. Y a ese Ramiro le imagino inteligente y diabólico a la vez, un fanático capaz de matar por pura conveniencia, como ya lo ha demostrado.

—A mí me preocupa más el perro.

—Nosotros también tenemos uno. Si *Cerbero* resulta tan peligroso como dices, nos vendrá bien la colaboración de *Bardi*. Y ahora me gustaría que me hablaras de ese adiestrador, policía, o lo que sea...

Le expliqué todo lo que podía recordar de David Ramiro; su antigua amistad con mi padre, sus aficiones esotéricas, el recuerdo de sus visitas cuando yo era todavía un niño... Al llegar a este punto, Liam me interrumpió:

—Es extraño —dijo—. ¿Para qué querría traer a un viejo amigo y a su familia, justo cuando se disponía a armar un jaleo de mil demonios?

—Ahora que lo dices, mi padre me comentó que David era ante todo un fanfarrón exhibicionista, y que le obligaba a asistir a experimentos extraños que casi nunca funcionaban. Creo que su forma de ser fue la causa de que mi padre acabara distanciándose de él.

—Pues por alguna razón quería teneros cerca en el momento de destapar su caja de Pandora. Y no creo que lo hiciera únicamente por el deseo de escoger a su público.

—Puede haber otras explicaciones. Anoche hablabas de venganza y de un cebo.

—Bueno, se me ocurrió pensar que el rapto de Yraya podía encerrar otro propósito diferente al que cita Vallencourt.

—Yo he llegado a pensar que podía querer atraer a mi padre para, no sé, vengarse por algo del pasado.

—Yo no pensaba en tu padre. Pensaba en ti.

—¿En mí?

—Si hubiese querido atraer a tu padre, habría raptado a tu madre, o en todo caso a ti. Pero raptando a Yraya sólo nos puede atraer a nosotros.

—En ese caso, parece que estamos haciendo exactamente lo que ese

desequilibrado pretendía que hiciésemos... No lo puedo entender.

—A lo mejor quiere que le descifres alguna inscripción secreta... o los propios pasajes ocultos de Vallencourt. Tal vez sospecha que existe esa trampa, y quiere que tú le digas cómo desactivarla.

—David conoce esa afición mía, desde luego. Pero me cuesta creerlo.

—Bueno, no es más que una conjetura. Pero conviene tenerla en cuenta. De cualquier forma, pronto lo sabremos.

En vista de que yo me mantenía callado, añadió:

—No te atormentes, que sea cual sea la intención de ese loco, entre los tres seremos capaces de salvar a Yraya. Incluso debería decir entre los cuatro, porque en cuanto llegemos ella se pondrá de nuestra parte. Y te aseguro que mi princesita sabe defenderse como el que más.

Aunque las palabras de Liam me produjeron cierto alivio, tampoco podía dejar de pensar en los otros perros. Noté que el miedo se iba adueñando poco a poco de mi voluntad, como una fiebre insidiosa e imparable. Ya no eran los misterios de la sima de Jinamar ni el enigmático David Ramiro los que me aterrorizaban, sino el hecho de saber que íbamos al encuentro de una negra encarnación del mal llamada *Cerberos*.

Cerberos, el Oscuro.

Durante el resto del trayecto, los tres ocupantes del vehículo guardamos silencio: el paisaje había cambiado con la aparición de canchales y grandes montículos de piedra desmenuzada, aplanados en su cima. Los montes mostraban profundas cicatrices infligidas por las excavadoras y camiones que arrebataban de sus entrañas el picón, la roca volcánica. Los tonos ocres y rojizos de aquellas piconeras contrastaban con el azul límpido y lejano del mar, visible en el horizonte. Pero la grandeza de aquella estampa no mejoraba mi estado de ánimo, y a cada momento me afianzaba en el convencimiento de que nuestra aventura acabaría rematadamente mal.

—Ya estamos llegando a la zona —anunció Liam—. A partir de ahora tendremos que preguntar.

Nuestro primer problema surgió entonces, pues aunque la mayoría de los lugareños decían conocer la sima, nos suministraban indicaciones confusas y contradictorias. Por fin, una mujer de mediana edad fue la que nos dijo cómo llegar a nuestro destino: teníamos que seguir la carretera que discurría monte arriba. Luego, después de pasar frente a unas naves industriales, había que seguir hasta que se terminara el asfalto. Allí tendríamos que dejar la furgoneta y proseguir a pie.

—¿Está muy lejos? —quiso saber Liam.

—No mucho —la amable señora hizo un gesto ambiguo con la mano—: Después de rodear los depósitos de agua, deben ascender por un estrecho sendero que bordea el barranco —precisó—. Les recomiendo mucho cuidado para no resbalar con la gravilla y precipitarse al hoyo.

—¿Al hoyo?

La mujer se encogió de hombros y sonrió.

—La propia sima es un agujero de bordes resbaladizos, sin protección alguna. Si van mirando para otro lado, se pueden caer dentro y... —soltó una carcajada—: ¡Adiós muy buenas!

A nosotros la broma no nos hizo ni pizca de gracia.

Tal y como había predicho la mujer, pronto llegamos al punto en que la carretera dejaba paso a un camino de grava y tierra, que puso a dura prueba las suspensiones de la vieja furgoneta. Cuando Liam juzgó que ya no era prudente seguir así, realizó una complicada maniobra hasta dar la vuelta al pesado vehículo y lo aparcó mirando hacia el camino de regreso.

—Hay que ser precavidos —me miró con fijeza—. Tal vez tengamos un poco de prisa a la vuelta.

Un viejo Mercedes color verde oliva —que yo conocía bien— estaba estacionado un poco más abajo, y el irlandés se acercó para examinarlo. Haciendo pantalla con la mano, atisbó a través de los cristales tintados y luego intentó sin éxito abrir las puertas, pues estaban bloqueadas. Tras tantear con la mano el capó, los neumáticos y el tubo de escape, se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—Ese loco se nos ha adelantado bien —hizo una mueca de disgusto—. El coche está frío, y debe de llevar aquí varias horas. Quizá toda la noche.

—¿Tanto tiempo?

—No me cabe la menor duda.

Dio la vuelta y se afanó con el maletero. Esta vez tuvo más suerte, y la tapa cedió con un chirrido. Yo miré inquieto hacia el camino.

—Oye, ¿crees que debemos...?

Pero Liam no me escuchaba; estaba absorto en la tarea de revolver los trastos del portaequipajes. Me acerqué para curiosear por encima de su hombro.

—¡Bah! —se quejó mientras cerraba el maletero con un golpe brusco—. Aquí no hay nada interesante.

Pero yo había visto algo allí dentro que me había dejado sin habla: en medio de bidones vacíos, cajas de herramientas y trapos sucios, el maletero del viejo Mercedes contenía una gabardina de color oscuro y un sobado gorro de tela roja.

CAPÍTULO 23

LA SIMA DE JINAMAR

Cuando Liam abrió las puertas traseras de la furgoneta para descargar el material, *Bardi* aprovechó para saltar a tierra, y enseguida empezó a olisquear el aire con inquietud: observé que tenía el lomo erizado y parecía barruntar algún peligro. Contagiado por el estado de ánimo que demostraba el perro, di rienda suelta a mi pesimismo:

—Presiento que Yraya está muerta...

—¡Mira que eres pesado! —se irritó el irlandés—. ¡Está viva, ya te lo he dicho mil veces! El eclipse aún no ha empezado.

El cielo se aclaraba por momentos y los primeros rayos del sol teñían de oro las cimas de los montes a cada lado del camino. Miré mi reloj: faltaban 27 minutos para que aquella luminosa mañana quedara ensombrecida por el fenómeno astronómico. El camino que tendríamos que seguir —ahora convertido en angosto sendero—, ascendía hacia tres enormes depósitos de agua, sin duda destinados a abastecer los regadíos de las poblaciones de abajo. Entretanto, Liam se había echado al hombro dos rollos de gruesa cuerda de escalada, y en una mochila introdujo el resto del material: clavijas, mazo, argollas, cinchas, mosquetones y arneses. A mí me entregó una bolsa más pequeña.

—Son provisiones. —Me guiñó un ojo—. Soy de los que opinan que, si has de enfrentarte a una situación peligrosa, mejor hacerlo con el estómago lleno.

Y con un gesto de su manaza me indicó que le siguiera. *Bardi* nos adelantó para situarse en cabeza, y enseguida se puso a olfatear el rastro de los que nos habían precedido. Así emprendimos la marcha por el sendero pedregoso que se prolongaba monte arriba. La verdad es que componíamos una extraña comitiva para un rescate: un hombre de edad algo avanzada, otro quizá demasiado joven y un perro. Un perro, eso sí, formidable; el único de los tres que parecía a la altura de las circunstancias.

Durante el ascenso hablamos poco. Liam caminaba con la vista fija en el suelo, atento igual que *Bardi* a las huellas impresas en el barro.

—El sendero parece muy pisoteado. ¿Crees que son muchos?

—No soy muy experto como rastreador —admitió Liam—, pero creo que en realidad hay pocas huellas humanas. Yo diría que son dos, a lo sumo tres personas. En cambio veo muchas pisadas de perro.

Me agaché junto a Liam, y lo que vi hizo que se me encogiera el estómago.

—¡Perros! ¡Parece que toda la jauría ha pasado por aquí!

—Quizá no sean tantos; si te fijas bien, verás que algunas de esas pisadas las acaba de dejar nuestro peludo amigo *Bardi*, que se nos ha adelantado.

—Pues yo las veo variadas y de tamaños diferentes.

Liam se encogió de hombros.

—De nada sirve preocuparnos más de lo debido. Y puestos a elegir, prefiero más perros y menos enemigos humanos. Lo más probable es que nos baste con derrotar al adiestrador para que los animales se vuelvan inofensivos. El hecho de que hubiera un único coche aparcado abajo me tranquiliza: sólo tendremos que lidiar con unos cuantos perros y su amo. Y no olvides que Yraya está de nuestra parte.

Lejos de serenarme, las conclusiones de Liam me llenaron de terror.

Y es que yo conocía a *Cerbero* y su jauría.

El Sol proseguía su lento ascenso por encima del horizonte, y su luz iluminaba un paisaje pedregoso que parecía de otro mundo. El sendero bordeaba un conducto de agua procedente de los grandes depósitos que dejamos a nuestra izquierda. A la derecha se desplomaba una empinada ladera recubierta de apretados cardones^[7] y chumberas^[8]. También crecían arbustos de balillo^[9], cuyas flores amarillas contrastaban con los tonos oscuros y ocres de la piedra volcánica donde se asentaban. En el fondo del valle se divisaban hileras de blancas colmenas, cuyas abejas se nutrían del néctar de todas aquellas flores. La temperatura resultaba muy agradable, y cualquiera que nos viese caminando por aquel paraje sin duda pensaría que íbamos de excursión.

No dejaba de sorprenderme el cambio que había experimentado mi relación con el irlandés: la necesidad de embarcarnos en aquella arriesgada aventura había bastado para que desaparecieran los últimos vestigios de desconfianza que pudiéramos albergar el uno hacia el otro. Me di cuenta de que entre nosotros tres (*Bardi* incluido) había nacido un poderoso vínculo que nos unía con una fuerza inexplicable. Y también Yraya formaba parte de esa unión, que ya sólo la muerte podría quebrantar.

El irlandés me pidió la bolsa de las provisiones.

—¿Quieres comer algo? —me ofreció—. Tengo bocadillos de jamón y de lomo. También he traído fruta, un termo de leche muy fría y queso majorero. Ah, y un poco de gofio.

—No, muchas gracias. La verdad es que no tengo apetito.

—Pues deberías comer algo. No se puede rescatar a una chica con el estómago vacío.

Al final acepté un plátano y un trozo de queso que acompañé con un sorbo de deliciosa leche fresca; era de cabra. Enseguida me sentí mejor.

Mientras tanto, mi compañero empezó a zamparse un enorme bocadillo, del cual cedió una parte generosa a *Bardi*. Fue en ese momento cuando me pareció que el Sol se estaba nublando por el paso de alguna nube. Pero no había ninguna nube. Levanté

la vista y me extrañó comprobar que, a pesar de la hora y lo despejado del cielo, el Sol derramaba una luz plomiza y mortecina, casi lunar. Una súbita ráfaga de viento engendró oscuros remolinos de polvo de picón, añadiendo un nuevo toque surrealista a aquel insólito crepúsculo. De golpe, entendí lo que estaba ocurriendo:

—¡Empieza el eclipse! —grité espantado—. ¡Llegamos tarde!

—Calma —dijo Liam apretando el paso—. Todavía falta un rato para que la ocultación llegue a su punto máximo, cuando el vértice de la sombra lunar se proyecte de lleno sobre nosotros: sólo entonces será el eclipse total.

—Nada de todo esto debería estar sucediendo —me quejé—. Tengo la impresión de encontrarme encerrado en un sueño, una pesadilla complicada y horrible.

—A veces, la frontera entre el sueño y la realidad es difícil de trazar —respondió enigmático el irlandés.

Eran las 10 de la mañana y se estaba haciendo de noche; hasta los pájaros, engañados por el inusual fenómeno, se habían retirado a sus lugares de descanso nocturno. Reinaba una calma inquietante e irreal. Tras un inesperado recodo, el sendero irrumpió de pronto en una pequeña explanada que terminaba en una pared abrupta. El terreno, cubierto de gravilla volcánica, descendía en suave declive hacia la pared, en cuya proximidad la pendiente se acentuaba formando un traicionero embudo. Un embudo dispuesto a tragarse a cualquier desprevenido. Al borde mismo del abismo se elevaba un pedestal blanco con una cruz de hierro dedicada a los caídos. Pero no teníamos tiempo para entregarnos a la observación de los detalles... El eclipse ya había oscurecido el cielo, y el viento, cargado de polvo procedente de las piconeras, arreciaba por momentos y dificultaba la visión. El rastro de pisadas desaparecía junto al abismo, y eso nos dejó perplejos.

Liam se sujetó a la cruz con una mano y se asomó peligrosamente a la sima.

—¿Cómo han podido descender los perros por esas paredes verticales? —preguntó.

—No tengo ni idea —respondí desde cierta distancia.

—Pues al menos hay alguien que ha utilizado métodos convencionales.

En el borde, muy cerca del pedestal que soportaba la cruz de hierro, asomaban un par de piquetas que servían de sujeción a una escala de cuerda. Los frágiles peldaños desaparecían en la negrura del pozo.

—Mira, nos han dejado la escalera preparada.

—Tal vez sea una trampa.

—Es posible, aunque parece sólida. Haremos una cosa: bajaremos por la escala de nuestro amigo, pero llevaremos nuestra propia cuerda de seguridad, por si acaso.

Liam clavó varias clavijas en cuyas argollas afianzó la cuerda que luego hizo pasar por los mosquetones de nuestros arneses. Mientras lo hacía, me incliné más de la cuenta y mis pies resbalaron sobre la traicionera gravilla de la pendiente. Por un

momento tuve la certeza de precipitarme al interior del foso, pero la mano firme de Liam me sujetó con fuerza.

—¿Sabes lo que parece esto? —dijo con voz tranquila—. Me recuerda la trampa de la hormiga león, que construye en la arena unos conos resbaladizos desde cuyo vértice acecha sus presas. Cualquier insecto imprudente que se acerque al borde acaba resbalando sin remisión hacia dentro. Entonces, el monstruo clava sus enormes mandíbulas en el cuerpo de su víctima y succiona sus jugos vitales hasta convertirlo en una carcasa seca y vacía... Procura no seguir ese camino, hijo.

Sin añadir palabra se acercó al borde y luego, muy despacio, emprendió el descenso. Cuando ya apenas le asomaba la cabeza, me gritó:

—Ven detrás de mí, pero mantén cuatro o cinco metros de distancia.

—¿Qué hacemos con *Bardi*?

—Lo tendremos que dejar aquí. No podemos hacerlo bajar por esa escala. ¡Vamos! ¡El tiempo apremia!

La proximidad del pozo me produjo un ligero hormigueo en las piernas. El Sol se había oscurecido tanto que fue necesario encender la luz de nuestros cascos. Apenas había bajado un par de peldaños, cuando cometí el error de mirar hacia abajo: la pared del pozo era vertical y se perdía en una negrura que parecía no tener fin. Sólo la luz de Liam se balanceaba allí dentro, tan irreal como un fuego fatuo.

Cada peldaño de la escala nos alejaba del mundo conocido y nos introducía un poco más en la opresiva estrechez de la roca. Pronto quedé a merced de la amarillenta lámpara de mi casco, rodeado por un silencio que sólo quebraba el resoplido de mi trabajosa respiración. El aire húmedo y pesado que entraba y salía de mis pulmones estaba impregnado de un olor extraño y opresivo, y me producía la sensación de que me faltaba oxígeno: la cabeza empezó a darme vueltas. De repente, en medio de un fuerte aleteo, una sombra surgió de la pared y me golpeó la cara. El pánico me hizo soltar la escala en un intento de apartar de mi rostro aquella aparición. El resultado de aquel espaviento fue que perdí mi asidero y me precipité hacia el abismo.

CAPÍTULO 24

EL FONDO DEL ABISMO

La caída se interrumpió de golpe, con un doloroso tirón de la cuerda que me dejó colgado como un peso muerto. Me sentía aturdido, envuelto en una nube de polvo y piedrecillas que desaparecían en el abismo bajo mis pies. Al mirar hacia arriba aún tuve tiempo de ver al culpable de mi situación; allá en lo alto, recortándose sobre el débil círculo de luz, aleteaba la silueta de un ave.

Una mano se posó entonces sobre mi brazo y me hizo proferir un grito de terror: era Liam, que se había situado a mi altura. Ahora intentaba sujetar mi arnés para devolverme a la relativa seguridad de la escala.

—¿Tanta prisa tenías por llegar el primero abajo? —intentó bromear.

—Lo siento. Me pilló desprevenido...

—Te aconsejo que no vuelvas a perder los nervios de esa manera. De no ser por la cuerda de seguridad, ahora estarías muerto. En fin, puedes consolarte pensando que ese pajarraco lleva tanto miedo en el cuerpo como tú.

—No sabía que hubiese aves capaces de anidar en lugares como éste —respondí a la defensiva.

—Yo tampoco. A lo mejor no era un pájaro, sino un murciélago grande. Pero sigamos bajando, que el tiempo apremia.

Las piernas me temblaban y temí que las fuerzas me abandonaran. Sentía mis músculos adormecidos por el agotamiento, y sospeché que pronto dejarían de sostenerme. La diminuta boca del pozo parecía ya tan lejana como inalcanzable, y envidié las alas de aquel pájaro que con tanta facilidad le habían permitido escapar hacia la luz de la vida.

De pronto, un grito de advertencia surgió de las profundidades.

—¡Creo que hemos llegado, aquí hay una plataforma!

Aquellas palabras me insuflaron una nueva dosis de energía que me permitió acelerar la bajada: en un momento, mis pies tropezaron con la superficie dura y resbaladiza de la roca.

—El piso parece seguro —constató Liam, a la vez que liberaba su arnés—. Podemos desengancharnos.

En realidad, no estábamos en el fondo de la sima, sino en una delgada cornisa que descollaba sobre el abismo. En el suelo yacía una losa plana que parecía recién desprendida de la pared, y en el lugar que había ocupado bostezaba una ancha perforación.

—¡Mira, han abierto una puerta!

—Parece una cueva natural —especificó Liam—, y el hecho de que aquí se acabe

la escala sugiere que nuestros amigos han entrado en ella.

—¿Vamos a meternos por ahí?

—Yo entraré primero para echar un vistazo... Tú espera fuera hasta que te llame —ordenó Liam al tiempo que desaparecía por el negro orificio.

Me sentí muy solo en aquella angosta plataforma: hacía frío, y un vientecillo gélido que ascendía por el pozo me obligó a resguardarme en la boca de la cueva. Nada más entrar en ella, me llamó la atención la extrema humedad que empapaba el suelo y las paredes, mientras que mis oídos captaron un sonido grave y amortiguado que surgía de las profundidades y me hizo imaginar un mundo oculto y abisal. No pude evitar que un escalofrío me recorriera el cuerpo de pies a cabeza. Desobedeciendo el mandato de Liam, me adentré unos pasos más antes de detenerme de nuevo. La corriente de aire fluía con la pesadez de una respiración monstruosa, y me imaginé atrapado en el vientre de una bestia gigantesca...

Pensé que no ocurriría nada por avanzar un poco más.

Al principio tuve que mantenerme agachado debido a la escasa altura del túnel, conducto semejante a una víscera retorcida que descendía en suave pendiente hacia las entrañas de la isla. En el suelo proliferaban placas de un musgo esponjoso y resbaladizo, y eso me obligaba a permanecer agarrado a las paredes para no perder el equilibrio. De frente soplaba siempre la misma ligera corriente de aire, y con ella llegaba a mi olfato un tenue olor a pescado podrido. Pronto llegué a un ensanchamiento en donde la galería se bifurcaba, y me quedé perplejo sin saber qué camino tomar. Por fin me decidí por el de la izquierda, pues tenía altura suficiente para permitirme caminar erguido. A los pocos metros, me topé con una extraña inscripción grabada en la pared del túnel.

A pesar de mi urgencia por socorrer a Yraya, me detuve un instante a contemplar aquellos caracteres ennegrecidos por el paso del tiempo y las filtraciones de humedad. Parecían carentes de sentido, pero su estructuración me resultó familiar: ¡Jacques de Vallencourt había estado allí!

La tentación de descifrar aquel nuevo mensaje del marino francés resultaba irresistible; me dije que tal vez escondía alguna clave esencial que debíamos conocer antes de seguir adelante... Ya me disponía a examinarlo de cerca, cuando me percaté de la palidez de la luz de mi casco, cuyo haz se debilitaba por momentos. ¡Tenía que haberle preguntado a Liam cuánto duraban las baterías! Por suerte llevaba mi maravillosa linterna halógena... Palpé con dedos nerviosos la tela del bolsillo, y entonces el corazón me dio otro vuelco: la linterna no estaba. Debió de salir despedida durante mi aparatosa caída provocada por el pájaro.

La terrible pregunta era: ¿cuánto tiempo de luz me quedaba? La sola idea de quedarme a oscuras y vagando sin rumbo por aquel tétrico laberinto me puso la carne de gallina. Ante esa posibilidad, opté por apagarla y encenderla de forma

intermitente, y darme mucha prisa con el descifrado. Bendije la suerte de llevar conmigo mi querida *Juli*, ahora reprogramada para interpretar el código Vigènere. Menos mal que el mensaje era escueto: decía lo que había que hacer para cruzar el puente sin que se derrumbara. Pensé que había merecido la pena perder aquellos minutos, y que por fin era hora de apresurarse para encontrar a Yraya...

Pero apenas había dado unos cuantos pasos cuando noté que la sangre se me helaba en las venas:

Un ejército de formas extrañas me bloqueaba el camino.

Al principio creí que estaban vivas, pero con inmenso alivio comprobé que sólo eran caprichosas figuras que la lava había moldeado al solidificarse. Los contornos atormentados de la piedra sugerían perfiles monstruosos: algunos incluso poseían una inquietante apariencia humana que los asemejaba a un ejército antiguo y petrificado que custodiara el paso. Sentí la apremiante necesidad de localizar a mis amigos, así que aspiré hondo para lanzar al aire una llamada desesperada:

—¡Yraya! ¡Liam! —me desgañité.

Mi voz resonó a sacrílega intromisión en el interior de aquella cámara antiquísima, y pareció como si el lamento de mil voces se elevara de inmediato en protesta por mi injerencia. Tuve que hacer un tremendo esfuerzo para no correr despavorido hacia la salida.

—En realidad se trata del viento —razoné en voz alta.

Un viento obligado a recorrer eternamente aquel insólito mundo esculpido por la lava. Necesité hacer acopio de todo mi valor para atreverme a seguir adelante. El ruido de fondo se percibía con más nitidez: lo componían lejanos rumores de corrientes de agua, mezclados de cuando en cuando con un inquietante susurro parecido a un suspiro. Pero todo quedó sepultado por el fragor de un estruendo que hizo vibrar la roca bajo mis pies. Y luego, un grito desgarrador retumbó en mil ecos entre las paredes de piedra.

Me quedé temblando y sin fuerzas. A pesar de la reverberación y la lejanía, en aquel grito había reconocido la voz de Yraya. Temiendo lo peor, eché a correr hacia la fuente del sonido.

Con el corazón desbocado, proseguí hasta una amplia cámara cuyas paredes abovedadas culminaban en un techo muy alto, casi inalcanzable para la luz ya agonizante de mi casco. El centro de aquel espacio formaba una terraza de piedra alisada que sobresalía sobre un profundo e infranqueable precipicio. Los restos de un puente de madera colgaban destrozados al borde del abismo, y junto a ese mismo borde descansaba un objeto que recogí con manos trémulas: era un pequeño teléfono móvil, y en su costado lucía una vistosa pegatina con la figura de un mago...

Apenas puedo describir la sensación de abatimiento que se apoderó de mí: ahora entendía el ruido y la mezcla de gritos que acababa de escuchar, y supe que la trampa

del puente había funcionado.

Yraya y su captor se habían despeñado sin remisión en el interior de aquel precipicio.

Con lágrimas en los ojos, me tumbé boca abajo y repté despacio hacia el borde para asomar la cabeza y atisbar el interior de la descomunal fosa. Pero en ese momento la lámpara de mi casco se apagó del todo.

Al extinguirse la luz, me retiré instintivamente para no despeñarme yo también. Pero un ruido a mis espaldas me hizo sentir una nueva punzada de terror. Las tinieblas retrocedían ante una nueva luz que se desplazaba desde la parte derecha de la cámara, y tras ella me pareció adivinar una sombra gigantesca que avanzaba recto hacia mí. Apenas pude ahogar un grito de espanto que una voz grave atajó de golpe:

—¿Estás bien, muchacho?

En un instante, Liam se había situado a mi lado y me ayudó a ponerme en pie.

—Estaba completamente perdido en este laberinto —explicó—, cuando me pareció oír un estruendo y gritos de pánico... Intenté guiarme por el sonido para llegar hasta él, pero no me dio tiempo, pues todo cesó muy pronto... ¿Qué es lo que ha pasado?

—La trampa —señalé hacia el puente destruido—. Creo que se han despeñado todos... Ella también.

—¿Estás seguro?

—Encontré el teléfono de... de Yraya —noté que se me quebraba la voz y fui incapaz de contener el río de lágrimas que ahora brotaba de mis ojos—. Estaba ahí... tirado junto al puente...

Apenas podía creer que ya nunca volvería a ver a Yraya.

—¡Vamos, cálmate!

—¡Yo tenía la clave para evitarlo! —grité lleno de rabia—. Pero he llegado demasiado tarde...

—No podemos perder la esperanza —dijo Liam con voz ronca.

Luego se esforzó por tranquilizarme con unas torpes palmadas en la espalda, aunque no pudo disimular el temblor emocionado de sus propias manos. Entonces, una voz surgió de ninguna parte y nos hizo brincar de sorpresa.

CAPÍTULO 25

DESAYUNO EN LA OSCURIDAD

—¡Eh, *ustedes*! ¿Me vais a ayudar a salir? O pensáis quedaros de palique todo el día.

—¡Yraya! —gritamos a coro.

La extraña acústica de la caverna dificultaba la localización del sonido, y nos quedamos perplejos mirando hacia uno y otro lado.

—¿Dónde estás, Yraya? —preguntó Liam.

—¡Aquí, en el agujero! —se apresuró a responder la dueña de aquella voz—. Y si no os dais prisa, no estoy segura de poder resistir mucho.

Nos precipitamos hacia el borde, y el casco de Liam iluminó una escena sobrecogedora: las paredes de la fosa caían en vertical hasta una profundidad que parecía infinita, y un amasijo de tablas mohosas y cuerdas semipodridas colgaba de forma precaria sobre el abismo; allí, justo al final de aquella ruina destrozada que había sido un puente, estaba Yraya. La pobre se sujetaba como podía, con sus manos y sus pies enredados en la maraña de madera astillada.

—¡No te muevas! —ordenó Liam, aunque en tono suave—. ¡Es fundamental que mantengas la calma!

—No os preocupéis —jadeó ella—. Ahora ya sé que estáis aquí y estoy muy tranquila.

—Te vamos a lanzar una cuerda; después de pasarla por debajo de tus brazos, tienes que cerrar el mosquetón... Pero hazlo con muchísimo cuidado, sin soltar nunca las dos manos al mismo tiempo...

—¿No le podemos bajar mi arnés? —sugerí yo.

—Sería muy complicado para ella ajustárselo, ya que no tiene experiencia en material de escalada.

Contuvimos la respiración mientras Yraya procedía según las instrucciones recibidas. Luego, Liam y yo sujetamos con firmeza la cuerda alrededor de nuestra cintura y nos aprestamos a aguantar el tirón que supondría una eventual caída de Yraya. A pesar de la enorme habilidad y sangre fría que ella demostraba, la tensión se hizo difícil de soportar. Después vino una interminable ascensión a la que asistimos con el alma en vilo, hasta que por fin tuvimos a Yraya a salvo junto a nosotros.

Los tres permanecemos abrazados durante un buen rato.

Tras la emoción del rescate, y a pesar de las ganas locas de todos por salir de aquel siniestro subterráneo, Liam insistió en que debíamos descansar un momento:

—Estamos agotados —argumentó—, y nos espera una escalada muy dura hasta la

boca del pozo. Ya sabéis que no hay ninguna otra plataforma en el camino donde podamos descansar.

—Nos quedaremos sin luz —objeté yo.

—Mejor salir de aquí cuanto antes —ratificó Yraya.

Pero el irlandés se mantuvo inflexible:

—Nos sentaremos a reponer fuerzas mientras Yraya nos cuenta lo ocurrido. Y no te preocupes tanto por la luz, Carlos, que tu batería debía de estar mal cargada o defectuosa. Por si acaso, apagaré la mía mientras comemos.

—¿Otra vez? —protesté—. Si acabamos de comer hace un rato.

—Los grandes esfuerzos físicos requieren reponer glucosa y líquidos. ¡A desayunar!

Nunca olvidaré aquel extraño almuerzo en la oscuridad, con el aullido del viento y el lejano gorgoteo de torrenteras invisibles como telón de fondo. Y sobre todo la bonita voz de Yraya, que inundaba nuestra imaginación con las escenas terribles que había protagonizado minutos antes:

—David me mantuvo encerrada en un garaje hasta hoy. Me trajo aquí antes del amanecer y me obligó a bajar con él a la sima. Llevaba consigo el libro de Vallencourt y otro objeto del que no se separaba ni un momento, y trataba esas dos cosas como si fueran lo único importante en este mundo; estaba seguro de poder utilizarlas para romper el sello que condena la entrada al mundo de los *tibicenas*. También me dijo que yo tendría que ayudarle...

—¿Qué aspecto tenía el objeto? —interrumpió Liam.

—Parecía una daga muy antigua, toda negra y brillante. En la empuñadura llevaba esculpida la cabeza de un perro o un lobo...

—¡El *kanjar* de Guayota! —se sorprendió Liam—. Vallencourt lo citaba en su libro, y decía que no fue tallado por manos humanas. ¿Cómo lo conseguiría ese David?

—A mí me parece que David no estaba solo en su empeño —miré con recelo hacia los sombríos recovecos de la roca—. Me temo que una mano poderosa le ha estado ayudando... Pero no te interrumpas, Yraya.

—Al bajar por el túnel que conduce a esta cámara, David se quedó un buen rato mirando unas letras grabadas en la pared. Su comportamiento era extraño; a veces decía cosas sin sentido...

—¿Qué tipo de cosas? —se interesó Liam.

—Hablaba consigo mismo, y en un par de ocasiones te nombró a ti, Carlos.

—¿A mí?

—Sí. Soltaba frases absurdas como: «Carlos, te estás retrasando» o «El tiempo del eclipse se acaba». En un momento dado, se puso a hacer aspavientos teatrales con el *kanjar* ese, y yo sentí miedo porque pensé que me iba a degollar allí mismo. Pero no, se contentó con efectuar extraños dibujos en el aire con la hoja, como si intentara apuñalar a un ser invisible. Al mismo tiempo, recitaba entre dientes una letanía

incoherente...

—No hay duda —opinó Liam—: te necesitaba a ti, Carlos, pero no pudo esperar más.

—Pues me alegro de haber llegado tarde. Y a todo esto, ¿sabe alguien lo que significa la palabra *kanjar*?

—Un *kanjar* es una daga antigua de origen hindú —explicó el irlandés—, aunque también existe en versión africana. Pero no estamos hablando de un *kanjar* cualquiera: a la daga de Guayota o del diablo, Vallencourt le atribuye oscuros poderes mágicos. Parece ser que su empuñadura, que representa una cabeza de perro con las fauces abiertas, fue esculpida a partir de un diamante puro y descomunal.

—Da pena que se haya perdido. Debía de valer una fortuna.

—¿Cómo vino a parar a Gran Canaria?

—Tal vez siempre estuvo aquí —opinó Liam—. Aunque a decir verdad, mi amigo Antonio pensaba lo contrario: aseguraba que el propio Vallencourt la llevaba consigo cuando llegó a esta tierra.

—Me gustaría saber con qué intención la fabricaron —me pregunté en voz alta.

Liam encendió brevemente la luz de su casco, con el resultado de deslumbrarnos a todos. A continuación, añadió:

—El explorador belga Frederik van Gaelens citaba a menudo en sus libros ciertos objetos misteriosos que él denominaba «herramientas abandonadas por los dioses». Según él, serían restos de un pasado anterior a la humanidad y que aún siguen en nuestro planeta. Pero no nos pertenecen.

—Yo le doy la razón —se avino Yraya—. Si de verdad esa daga fue tallada por manos que no son de este mundo, es obvio que no está hecha para que la usemos nosotros.

—Todo eso suena a cuento —apunté.

—¿Y qué es la historia de la humanidad, sino un cuento sin fin? Un cuento que muchas manos han ido escribiendo a lo largo de los siglos...

—Y del que se han perdido varias páginas —señalé yo.

—El caso es que David ha muerto por culpa de esa daga —zanjó Yraya—. Cuando el puente empezó a desmoronarse, él se negó a soltar ese objeto, al que parecía conceder más valor que a su propia vida. Se empeñaba en sujetar el libro y la daga al mismo tiempo... Por eso no pudo agarrarse como lo hice yo, que a duras penas logré trabar mis pies y mis manos entre las tablas.

—El libro también se ha perdido para siempre —se lamentó Liam.

—Lo importante es que Yraya esté viva —acaricié su mano en la oscuridad—. Es asombroso que lo consiguieras. ¿Y qué hiciste luego?

—La única luz que llevábamos había desaparecido con David. Yo me encontré sola y a oscuras, aferrada a las tablas y sin atreverme a escalar por miedo a que se desplomara lo poco que quedaba del puente... Pero al notar que las fuerzas me abandonaban decidí intentarlo a pesar de todo.

—¿Por qué no pediste ayuda?

—Pensé que sería inútil, que nadie oiría mis gritos. Incluso me asusté mucho cuando oí pasos que se acercaban, pues temí que fuera algún compinche de David... O peor aún, el maldito *Cerbero*.

—Siento haberte asustado —bromeé.

—No sabía que ibais a venir a rescatarme. —Me buscó a tientas y me abrazó con fuerza—. Os debo la vida, chicos.

—Ya que lo acabas de nombrar, a mí también me preocupa *Cerbero* —se inquietó Liam—. Me extraña que no lo hayamos visto ni fuera ni dentro de la sima. ¿Estaba con vosotros cuando se hundió el puente?

—No. Por suerte tampoco he visto a ese monstruo... David y yo hemos venido solos en su coche.

Liam y yo mantuvimos un silencio cargado de inquietud.

—Entonces, todas esas huellas que vimos en el camino...

—Quiera Dios que no tengan nada que ver con *Cerbero* y su jauría...

CAPÍTULO 26

LA NOCHE DEL «TIBICENA»

«Apareció Guayota y se apoderó de Magec, El Sol, dejando el cielo a oscuras. Todo fue noche cuando aún era el día. Rogaron entonces a Achamán los guanches, llamándole por sus nombres de Achguoyaxiraxi y Guayagiraxi, El Que Conserva y El Que Sostiene El Mundo. Que tuviera misericordia, que devolviese al día sus luces, que su poder les librase de todo daño, eso suplicaban fervientemente».

SABAS MARTÍN

Ritos y leyendas guanches

Ya un poco más relajados, los tres nos pusimos en marcha a través del conducto que llevaba hacia el pozo vertical de la sima.

—Carlos subirá el primero —dijo Liam— e Yraya la segunda. Yo iré detrás, por si hubiera problemas. Si necesitáis descansar, podéis trabar el mosquetón en uno de los travesaños de la escala y aflojar los músculos. Pero sin soltar la escala en ningún momento.

—Espero que *Bardi* siga ahí arriba, donde lo dejamos. Ya tengo ganas de acariciar a un perro bueno.

—No dudes que ahí estará —afirmó Liam—. Ese animal es lo más noble que he conocido.

Aunque dura, la subida se me hizo más llevadera de lo que había pensado; supongo que gracias al efecto del desayuno y, sobre todo, al placer de tener a Yraya sana y salva con nosotros. Por otra parte, el hecho de saber que nos acercábamos a la salida de aquel tenebroso submundo ponía alas a nuestros pies y a nuestras manos. Sin embargo, había un detalle inquietante que nadie parecía dispuesto a comentar: la abertura que bostezaba sobre nuestras cabezas apenas arrojaba luz al interior de la sima, y eso que estábamos cada vez más cerca de ella. El disco era tan pálido que parecía que en el exterior estuviese oscureciendo. Aquello carecía de sentido, pues hacía tiempo que el fenómeno del eclipse tendría que haber concluido. Al llegar arriba, asomé la cabeza con recelo, y ante mis ojos se desveló un panorama sombrío y lúgubre: el Sol se hallaba reducido a una delgada corona suspendida en la negrura del

firmamento, y la polvareda levantada por un fuerte viento flotaba en la atmósfera como un velo que oscurecía aún más el cielo. El eclipse seguía en su punto culminante, aunque aquello resultaba increíble. Todo parecía indicar que, debido a algún inexplicable engaño de nuestros sentidos, habíamos percibido de manera distorsionada el paso del tiempo. Igual que en la casa abandonada de la misteriosa isla de Liam, reviví la sensación de que los segundos se arrastraban despacio hasta convertirse en minutos o quizá horas, como en una angustiada pesadilla a cámara lenta.

Me arrastré hasta alejarme un par de metros de la boca de la sima, y entonces descubrí que no estaba solo: una figura sombría se mantenía agazapada en el extremo opuesto de la explanada. Intenté gritar para avisar a mis amigos de la situación, pero el aire escapó sin fuerza de mis pulmones: aquélla era la silueta de un perro, pero desde luego no era *Bardi*. Y pronto apareció otro sabueso que vino a colocarse junto al primero, y luego otro y otro.

—¡Dios mío! —exclamó una voz a mi espalda—. ¡Tenemos comité de recepción! Era Yraya, cuya cabeza acababa de aparecer fuera del hoyo.

—¡Y el eclipse no se acaba! —manifesté lleno de terror.

—¿Dónde se habrá metido *Bardi*?

Liam no tardó en unirse a nosotros junto a la cruz de hierro. Los perros sumaban ahora una decena, y formaban un siniestro semicírculo que nos arrinconaba junto al agujero de la sima; los había de varias razas y tamaños, todos callados y atentos a las órdenes de un amo invisible. Estábamos acorralados por la jauría. Al comprobar que no había ningún hueco donde escondernos, se me ocurrió que intentásemos bajar de nuevo a la sima, y así lo sugerí:

—¡Ahí dentro no nos podrán seguir!

—Pero se nos echarán encima antes de que consigamos bajar —objetó Yraya—. Y aunque lo lográramos, no podemos quedarnos para siempre en el pozo...

—Sólo son perros —terció el irlandés—. Tenemos que demostrarles que no les tenemos miedo.

Instintivamente, nos arrimamos unos a otros hasta formar una piña. Con la respiración contenida, yo me repetía una y otra vez la misma pregunta: ¿qué harían los perros, ahora que habían perdido a su amo? A pesar de la cálida compañía de Yraya y Liam, me sentía empequeñecido y desamparado como un niño. Observé por el rabillo del ojo que Liam había enrollado la cazadora en su antebrazo y sacado el viejo revólver, aunque la expresión de su rostro reflejaba poca confianza en la eficacia del arma.

A medida que transcurrían los minutos, el comportamiento de los animales nos dejaba

más perplejos: ninguno ladraba o gruñía. Se limitaban a mirarnos en silencio, poseídos por una espeluznante apatía que helaba la sangre. Su desinteresada actitud se me antojó, sin embargo, tan fingida como la demostrada por *Cerbero* el día de nuestra visita a la casa de Rafael Montesinos: los canes permanecían inmóviles, estáticos como fantasmales gárgolas velludas; pero sus ojos perseguían con atención cada uno de nuestros movimientos, y ese detalle ponía los pelos de punta. Entonces, busqué con aprensión al más temido de entre los perros, pero al parecer *Cerbero* no estaba con ellos.

—¡Esto no me gusta! —susurré al oído de Liam—. Me recuerda la película *Los pájaros*. En cualquier momento se abalanzarán sobre nosotros.

Casualmente, uno de los perros agachó la cabeza con rapidez, como si asintiera. Noté un escalofrío trepar por mi espina dorsal hasta alcanzar los erizados pelillos de la nuca.

—¿Por qué no atacan de una vez? —se impacientó Yraya—. Si esto dura mucho, no lo voy a poder resistir.

—El amo les ha ordenado que nos mantengan a raya —masculló el irlandés—. ¡Nos están reteniendo hasta que él llegue!

—¿Qué amo? —se extrañó Yraya—. Que yo sepa, ese pobre loco se ha despeñado y no volverá a molestar a nadie...

—Quizá ellos no lo saben —me atreví a susurrar—. Están esperando órdenes de un adiestrador que ya no podrá dárselas nunca, porque ha muerto.

—¡Mirad! —Yraya señaló hacia la parte alta del monte—. ¡Está ahí!

Una forma oscura había hecho aparición en lo alto de la pared que bordeaba la sima. Su silueta conocida sólo sirvió para hundirme en un terror aún más intenso.

El viento cargado de partículas me había secado los ojos, y tenía la vista tan borrosa que me resultaba difícil apreciar los detalles del recién llegado; a pesar de ello, tuve la certeza de estar contemplando al ser que más temía en este mundo. Noté que me ahogaba, que mis pulmones necesitaban llenarse urgentemente de aire fresco, pero me había quedado sin respiración:

Cerbero estaba allí.

Y el Oscuro nos saludó con un gruñido que sonaba a burlona carcajada. La jauría se aproximó entonces, estrechando el cerco hasta que pudimos sentir en nuestra piel el cálido aliento de unas bestias que ya habían abandonado su actitud pasiva. Ahora sus fauces entreabiertas permitían apreciar los largos colmillos.

—Siempre hemos estado equivocados —aseguró Liam—. El adiestrador no era David Ramiro.

—¿Insinúas que *Cerbero* es el verdadero amo de la jauría? —se asombró Yraya.

—Me parece que estáis desvariando. —Mi razón se negaba a aceptar semejantes disparates—. Ahora me diréis que David sólo era un miembro más de su manada...

No pude acabar la frase, porque en ese momento la jauría se abalanzó sobre nosotros, y el estampido de un disparo rasgó el aire turbio.

Poseídos por una increíble determinación, los perros se cebaron contra el pobre Liam; en un momento, se vio rodeado de una masa de demonios peludos que parecían intuir que su pistola era el único obstáculo capaz de amenazar su victoria. Yraya y yo quedamos aislados junto al borde de la sima. Tras un instante de incertidumbre, se me ocurrió sacar el piolet de mi mochila y, armado de esta guisa, me apresté a socorrer al irlandés. Pero una sombra surgió de pronto y se interpuso en mi camino: era tan negra que parecía un siniestro brochazo de tinieblas suspendido en el aire polvoriento.

Paralizado por el pánico, sólo pude mantener abiertos los ojos y observar el fantasmagórico espectáculo que se desarrollaba en aquella antesala del infierno. Llegué a tener la sensación de no estar realmente allí, de que todo aquello le estaba ocurriendo a otra persona... Pero el suave contacto del cuerpo de Yraya, de repente apretujada contra mí, me devolvió la consciencia. Retroceder era imposible, pues a nuestras espaldas bostezaba el infame agujero sin fondo. El Oscuro nos había cortado cualquier posible retirada, dejándonos una sola opción: luchar. Dicen que hasta el pánico tiene un límite, y que una vez traspasado éste, cualquier persona puede convertirse en una fiera acorralada y dispuesta a vender cara su vida. Eso es lo que haríamos. Nos defenderíamos por escasas que fueran nuestras posibilidades frente a aquel enemigo diabólico.

El perro negro se aproximaba despacio, recreándose en el terror que nos provocaban esas ardientes ascuas de odio que eran sus pupilas. Ahora estaba tan cerca que incluso podíamos percibir el putrefacto hedor de su aliento, y creí que mi corazón no podría tolerar tanto pavor y dejaría de latir de un momento a otro. Sin apartar de nosotros su mirada infernal, el monstruo replegó los belfos revelando aquellos espeluznantes dientes que habían colmado de terror mis peores pesadillas; unos dientes de entre los cuales escapó un gruñido sordo que se elevó hasta convertirse en lamento agudo y prolongado, semejante al quejido de un recién nacido... Y, sin previo aviso, *Cerbera* atacó.

Yraya emitió un grito y se aferró a mí con fuerza. Yo intenté golpear a la bestia con el piolet, pero mi reacción fue tardía y erré el golpe. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron de manera tan vertiginosa que mi agarrotado cerebro apenas podía asimilarlos: el infame sabueso volaba proyectando sus fauces hacia la garganta de Yraya cuando ella se movió a la velocidad del rayo y recibió al atacante con una violenta patada en el hocico. Casi al mismo tiempo, un pesado proyectil de músculos golpeó el costado del monstruo, derribándolo. Luego, ambos cuerpos rodaron y se confundieron en el polvo, rugiendo y mordiendo con saña.

Bardi había elegido ese momento para atacar, y ahora luchaba por salvar nuestras vidas.

De tanto en tanto, un disparo acompañado por un quejido de perro nos revelaba que Liam seguía vivo y utilizaba su viejo revólver para defenderse. La situación seguía siendo desesperada, a pesar de lo cual mi corazón brincaba de entusiasmo. Miré de arriba abajo a Yraya, cuyos ojos color lava brillaban con determinación a la pálida luz de aquel Sol velado, y comprendí por qué Liam la llamaba «princesita guanche». Los tres estábamos unidos de nuevo, y mi miedo se disipaba con rapidez: noté cómo una fuerza desconocida recorría mis venas, mientras un cálido sentimiento de coraje inundaba todo mi cuerpo... El mango del piolet pareció cobrar vida en mis manos, y aquella mísera herramienta quedó convertida por mi imaginación en un arma capaz de derrotar a cualquier contrincante. Al menos, eso creía yo.

Más densa que antes, la fina polvareda filtraba los detalles de un duelo feroz y primitivo: ambos contendientes se habían separado y exhibían actitudes similares, agazapados como poderosos resortes a punto de descargar su enorme energía contenida: patas flexionadas y prontas para arremeter contra el adversario, orejas replegadas hacia atrás, fauces entreabiertas y belfos retraídos mostrando las potentes dentaduras, listas para clavarse en la garganta del otro. El más bajo era *Bardi*, aunque compensaba su talla inferior con una mayor robustez y potencia. El enemigo era grande. Lanudo. Más negro que la mismísima noche.

Mientras las dos siluetas colosales proseguían su terrible enfrentamiento, Yraya y yo debíamos llegar hasta Liam para poder ayudarlo, pero *Cerbero* y *Bardi* luchaban justo en medio del camino. Así que levanté el piolet con las dos manos y me abalancé hacia mi enemigo más odiado. La bestia debió de barruntar mi intención porque se volvió hacia nosotros con pasmosa celeridad: sus hediondas y babeantes quijadas estaban desencajadas en un bostezo escalofriante, y en sus ojos ardía más que nunca un malévolos fulgor que causaba espanto. Aquella mirada horrible me hizo titubear, pero yo estaba demasiado lanzado como para echarme atrás. Me hallaba casi encima del monstruo cuando descargué el golpe con todas mis fuerzas, justo en el centro del lomo arqueado.

Un aullido espeluznante rasgó el aire polvoriento y se perdió en mil ecos a través de los valles circundantes.

Ciego de rabia y dolor, el animal se revolvió para atacarme, pero *Bardi* supo aprovechar ese descuido para hincar sus poderosos colmillos en la hirsuta garganta. Ambos se revolcaron de nuevo rugiendo y aullando, pero ahora las cosas habían cambiado, y las poderosas mandíbulas de *Bardi* no cedían ni un milímetro la presa que habían logrado en el cuello de su adversario. Trabados de esta guisa rodaron por la traicionera pendiente que conducía a la boca del pozo, y comprendí con horror que

ambos se precipitarían sin remisión al fondo de la sima. Yraya también se había dado cuenta, y los dos nos adelantamos hasta el mismo borde. Por primera vez en mi vida, reaccioné sin pensarlo siquiera: coloqué una mano en la cruz de hierro, y con la otra intenté alcanzar a Yraya, que en su afán por retener a *Bardi* se acercaba peligrosamente al precipicio. Justo en el momento en que mi mano intentaba aferrar el brazo de Yraya, ella se agachó a su vez para sujetar a *Bardi*, pero resbaló y perdió pie. Durante una fracción de segundo, contemplé horrorizado cómo los dos perros se escurrían por el borde de la sima. E Yraya se iba detrás de ellos.

Sin soltar mi mano izquierda de la cruz, me estiré en un último y desesperado esfuerzo: esta vez sentí que mis dedos se cerraban sobre algo cálido y firme. A continuación sobrevino un doloroso tirón que hizo crujir todos mis huesos, y llegué a creer que mis brazos acabarían arrancados de cuajo. Pero aguantaron. La tensión resultaba muy dolorosa, y deseé fervientemente que aquella cruz estuviese bien anclada, pues de ella dependían nuestras vidas.

Empecé a tirar con toda mi alma hasta que, muy poco a poco, Yraya consiguió recobrar pie en el borde de la sima. Pero el esfuerzo no disminuía, ya que en realidad estaba sujetando tres cuerpos: Yraya mantenía agarrado por el collar a *Bardi*, que a su vez tenía que soportar la infame carga de *Cerbero*, colgado de sus fauces.

—¡Suéltalo, *Bardi*! —gritó Yraya.

—¡Por lo que más quieras, *Bardi*! —supliqué al borde del agotamiento—. ¡Déjalo caer, o caeremos todos juntos!

Obediente, *Bardi* separó sus poderosas mandíbulas, y el cuerpo negro de *Cerbero* desapareció en silencio en el interior de la sima.

CAPÍTULO 27

SEGUNDO AMANECER

«Después de aquellas experiencias terribles, temí que la razón me hubiese abandonado para siempre. Pero el sol, la tierra húmeda y el canto de las aves me devolvieron la cordura».

FREDERIK VAN GAELENS
Las profundidades del mar verde

Bardi se impulsó con sus fuertes patas sobre la resbaladiza superficie y trepó como pudo. Tenía el pelo revuelto y cubierto de sangre, pero no parecía herido de gravedad.

—¡Dios mío! —exclamó Yraya—. ¡Liam!

Corrimos hacia el lugar donde nuestro amigo yacía, rodeado por otros cuerpos peludos e inertes. Su ropa estaba hecha jirones y manchada de sangre. Nos temimos lo peor, pero al vernos llegar el gigante abrió los ojos y se sentó con toda naturalidad.

—¡Vaya, chicos, no sabéis cuánto me alegro de veros!

Yraya se precipitó a abrazarle, y entre los dos le ayudamos a ponerse en pie.

—¿De verdad estás bien? —se interesó ella.

—Todavía me cuesta creer que sigo vivo —se palpó todo el cuerpo lleno de asombro—. Al principio pude contenerlos con la pistola, pero pronto se me acabaron las balas y tuve que recargar; esos demonios se me echaron encima y pensé que había llegado el final... Entonces ocurrió algo increíble... Los perros se quedaron quietos y embobados, como si no supieran lo que estaban haciendo. Luego salieron todos corriendo ladera abajo, y en un momento desaparecieron. Por cierto, ¿dónde está *Cerbero*?

Aun cuando la infernal criatura había desaparecido, el simple sonido de su nombre provocaba escalofríos; por fortuna el Sol recuperaba su habitual resplandor y las aves surcaban de nuevo los cielos de un segundo amanecer. Agarrados de la mano, los tres nos encaminamos despacio hacia la sima. El viento había amainado y la atmósfera adquiría poco a poco su habitual transparencia. Bajamos con precaución la pendiente cubierta de piedrecillas hasta llegar a la cruz de hierro.

A la luz de un Sol luminoso y ya sin aquel vendaval cargado de polvo, las laderas del monte habían perdido su aspecto fantasmagórico: ahora sólo eran antiguas piedras volcánicas cubiertas de plantas carnosas. Me resultaba imposible creer que en aquel mismo escenario hubieran podido suceder acontecimientos tan espantosos, y lo achaqué a que la magia maligna de *Cerbero* había desaparecido. Como si leyera mis pensamientos, Liam murmuró para sí:

—La magia reside siempre en nosotros mismos.

Entretanto, Yraya se había asomado al profundo pozo cuyas entrañas albergaban secretos extraños y pavorosos.

—No se ve ni rastro de *Cerbero* —anunció—. Ha debido de caer hasta el mismísimo fondo del pozo, si es que lo tiene.

—Por mí se puede quedar en el infierno —respondí.

Entonces ella vino hacia mí y me rodeó el cuello con sus brazos. Sus labios quedaron a pocos milímetros de los míos, y en aquellos ojos profundos vi brillar una luz que aceleró mi corazón.

—No os cortéis por mí —Liam dio media vuelta y se alejó con paso decidido—. Os espero en la furgoneta.

—Todavía no podré dormir tranquila —dijo Yraya cuando el irlandés se hubo alejado—. No descansaré hasta saber quién adiestró a esos perros...

—¿Crees que *Cerbero* habrá muerto? —pregunté en un susurro.

—Eso nunca lo sabremos... Pero nosotros sí estamos vivos...

Y me lo demostró.

EPÍLOGO

Mantuve la cara pegada al cristal de la ventanilla mientras el avión ganaba velocidad y se elevaba hacia el cielo en ángulo vertiginoso. Ante mis ojos se fueron empequeñeciendo los detalles de esa tierra canaria que nos había cobijado durante casi un mes. Veintiocho días durante los cuales habían sucedido cosas extrañas, tan extrañas que ahora se me antojaban imposibles. Sólo podía aferrarme a los recuerdos que me llevaba conmigo y que nadie podría arrebatarme jamás, como el cariño de Yraya o la amistad de Liam. Tampoco olvidaría la pesadilla de los perros asesinos, ni la figura del enigmático David Ramiro o esa tenebrosa criatura llamada *Cerbero*... Pero en cuanto al significado de todo aquello, supongo que se convertirá en el jeroglífico más complicado al que jamás tenga que enfrentarme.

La atmósfera excepcionalmente límpida de aquella mañana me permitía divisar hasta los mismísimos bordes del horizonte, esa línea inalcanzable donde cielo y mar parecen fundirse en una misma entidad. El suave giro iniciado por el avión hizo descender el ala, descubriendo ante mí un espectáculo que cortaba la respiración: allá abajo, las siete islas desplegaban ante mis ojos sus formas inconfundibles. Después de haberlas estudiado en los mapas de navegación de Liam O'Higgins, pude reconocerlas sin dificultad, alineadas todas ellas como un collar de piedras preciosas sobre la alfombra oscura del océano. Mientras el avión proseguía su interminable virada, me entretuve en nombrarlas a todas, empezando por Lanzarote, la más oriental, que parece prolongarse hacia el suroeste en la alargada silueta de Fuerteventura. Luego la redondeada y suave orografía de Gran Canaria, seguida por la elegante forma de Tenerife, con el majestuoso Teide emergiendo de un cerco de nubes. Después de su pequeña vecina, La Gomera, mis ojos se posaron en la pareja de islas más aventuradas en el Atlántico: La Palma al norte y al sur El Hierro... Pero no pude completar mi repertorio, porque había algo en medio de las dos islas que rompía todos mis esquemas. Me quedé perplejo, con la boca abierta, incapaz de dar crédito a mis ojos; en cuanto pude reaccionar, avisé a mi padre para que también lo viera. Él se mantuvo con el rostro pegado al cristal, sin que ningún gesto ni movimiento delatara sus emociones, hasta que el avión enderezó su trayectoria y la superficie metálica del ala ocultó con su masa impenetrable la misteriosa vista que tanto me había desconcertado.

—¿Lo has visto, verdad? —le pregunté emocionado.

—Lo he visto —asintió con una sonrisa—. Ha sido una panorámica preciosa del archipiélago canario.

—¡La isla! —protesté—. ¿No te has fijado que había una isla de más?

Mi padre arrugó el ceño y permaneció pensativo unos instantes.

—¿Otra isla? La verdad es que no acabo de pillar la broma.

—¡Pero si estaba ahí, entre El Hierro y La Gomera! Has tenido que verla...

Mi padre me observaba sin decir nada, aunque en sus ojos podía leerse el desconcierto que a duras penas intentaba disimular.

—¡Olvídalo, papá! —le dije entonces—. Tienes razón, era una broma.

Pasé el resto del viaje intentando evocar y retener en mi memoria la forma y posición de la pequeña isla, perfectamente visible entre La Palma y El Hierro. Me bastaba cerrar los ojos para que reapareciera con toda claridad en mi recuerdo, alargada, hendida en su centro por un valle verde y frondoso que quedaba encajado entre las dos poderosas formaciones montañosas que remataban sus extremos. Y la nube en forma de herradura, oscuro estandarte ensombreciendo su cielo. Un conjunto de detalles extraños y apenas vislumbrados que me harían soñar despierto durante tantas noches a partir de entonces. Decidí que algún día volvería a ella en compañía de Yraya. Volvería para rebuscar en cada rincón de aquella casa entre cuyas paredes todavía palpitaban resonancias del pasado; también escalaría sus montañas y exploraría el profundo y misterioso valle. No pararía hasta desentrañar el más complejo de los acertijos: el secreto de San Borondón, la isla rodeada de espuma que deja tras ella una larga estela en el océano, como un gigantesco navío navegando entre dos mundos.

La isla que sólo pueden ver aquellos que no la buscan.

NOTAS DEL AUTOR

Los que se sientan intrigados por los códigos secretos pueden entretenerse descifrando el texto de la página 99 mediante una tabla Vigènere y la clave: GRANDCHIEN. La traducción sería la siguiente:

«Las puertas por donde entrarán las fuerzas del mal se abrirán.

Cuando en pleno día venga la noche.

Y la faz luminosa del sol sea velada.

La puerta se encuentra en el lugar llamado la sima de Jinamar.

Y el agujero cae derecho hacia el mundo de Guayota».

BIBLIOGRAFÍA

David Bramwell y Zoë Bramwel: *Flores silvestres de las Islas Canarias*, Editorial Rueda.

David Bramwell y Zoë Bramwel: *Jardines subtropicales*, Editorial Rueda.

Sabas Martín: *Ritos y leyendas guanches*, Miraguano Ediciones.

Francisco Ossorio Acevedo: *Cuentos canarios*, Ediciones La Palma.

Frederik Van Gaelens: *Las profundidades del mar verde (Bruselas 1880)*.

Notas

[1] El lineal A aún no ha sido descifrado en el momento de escribir esta novela. <<

[2] Flor de mayo: *Pericallis webbia*. <<

[3] Vinagrera: *Rumex lunaria*. <<

[4] Guanche: El término «guanche» suele utilizarse para todos los aborígenes canarios, pero en realidad es nombre específico de los aborígenes de Tenerife. A los de Gran Canaria se les llama «antiguos canarios». <<

[5] *Traicté des chiffres et secrètes manières d'escrire*. En francés antiguo, título del libro tal y como se publicó en el año 1586. <<

[6] GPS: Sistema Global de Posicionamiento por Satélite. <<

[7] Cardón: *Euphorbia canariensis*. <<

[8] Chumbera: *Opuntia ficus-indica*. <<

[9] Balillo: *Sonchus leptcephalus*. K. <<